

N O S O T R O S

FILOSOFIA BERGSONIANA Y CATOLICISMO (1)

TODA búsqueda filosófica debe empezar por plantearse el problema del conocimiento. Bergson lo hace en sentido totalmente opuesto al platónico (la Idea degradándose en el hecho) y al aristotélico o conceptual.

Reconoce desde luego que el espíritu enfrente del Universo se siente abrumado no tanto por la infinitud de éste, como por la continua transformación que en él nota y que encuentra analogía a la que en su propio ser advierte.

(1) De las dos más curiosas derivaciones que ha tenido la doctrina de Enrique Bergson, el presente artículo — que forma parte de un libro próximo a publicarse — se refiere a la católica.

Para los no enterados de la otra desviación, la sindicalista, puede ser útil la lectura de los siguientes párrafos de una correspondencia de Ramón Pérez de Ayala publicada en *La Prensa*:

“Las ideas de Bergson han influido, acaso más que las de ningún otro pensador coetáneo, si se exceptúa a Nietzsche, en el pensamiento y en el arte de nuestros días, ya con influencia confesada, ya por elipsis y disimuladamente. Su magisterio se deja sentir hasta en las teorías sociales modernísimas; aludo al sindicalismo, cuyo máximo definidor es Sorel. Un axioma de la doctrina bergsoniana es que la vida, en su impulso de creación continua, no consiente ser disecada en cuadrículas intelectuales; si el intelecto no puede conocer la vida, dedúcese que el intelecto no podrá dar leyes que sometan y encaucen el curso de la vida cuya esencia es la espontaneidad creadora, el ilogismo, la libertad (el análisis que hace Bergson de la libertad, no como acto individual aislado, sino como serie continua de actos, o tendencia íntima de la personalidad a realizarse, condicionalidad de dentro afuera, y no de fuera adentro, es de lo más agudo y perspicuo); el intelecto no puede prevenir, ni menos obligar a la vida a que adopte tales o cuales formas, sino simplemente proporcionar ciertos procedimientos prácticos para el presente como corolario de ciertos conocimientos limitados del pretérito y al servicio de la intuición e impulso vital; el conocimiento intelectual jamás precede, como estímulo, a la actividad creadora, sino que le sigue, a guisa de explicación; a lo sumo podrá movilizar y avivar aquella actividad una intuición profunda, la cual no se

Admite también — y lo ha explicado con claridad de mediodía — que el espíritu humano aún sintiéndose fluir, hálle en la memoria del pasado que quiere hacerse presente, un cierto carácter de permanencia, la necesaria por lo menos para afirmar su propio yo. También concede que este yo no puede dormirse en la contemplación de sí propio y asumir ante el Universo la actitud pasiva de una mera admiración hacia su grandeza; tiene que *vivir*, buscando en aquél lo que siente serle necesario para marchar: tiene que obrar y como la vida individual aún así encaminada a poco andar le volvería a la nada, siendo como él es, eminentemente social, el lenguaje, condición esencial de la convivencia humana, le obliga a buscar en lo que le rodea esas cosas que necesita y que él imagina inmóviles y persistentes: las palabras son la forma (si no son el origen), del pensamiento.

Pero advierte Bergson que aquí surge un fenómeno natural. El hombre, al encontrarse así perfectamente armado para la vida, cree que con esto solo — inteligencia, lenguaje, conceptos — tiene todo lo que le hace falta: no ve de momento que en el mundo hay más. Hay nada menos que el sentimiento, en lo social el religioso, en lo individual el estético: es decir, que sólo confusamente siente que la inteligencia sola no le explica todo el yo, ni tampoco puede explicarle su contrincante, el Universo. La Filosofía ha padecido del mismo mal: los grandes filósofos, desde Grecia, hip-

puede expresar en una idea o sistema de ideas, sino por medio de un símbolo o un mito. Todos estos principios los ha aplicado Sorel en su propaganda revolucionaria. Antes, para incubar y promover una revolución, se acostumbraba presentar al pueblo un trasunto ideal de lo que había de ser sociedad futura, en triunfando la revolución. Marx ha sido el último revolucionario de este tipo intelectual y doctrinario. (Lenin es el simio de Marx). Se tenían también previstos intelectualmente el momento y manera en que había de sobrevenir la revolución. Claro que luego los sucesos jamás se ajustaron a las previsiones. Sorel, a diferencia de sus predecesores en propaganda revolucionaria, no vaticina el momento venidero de la revolución ni su manera precisa; no hace sino acarrear sinnúmero de fragmentos del pasado en un formidable presente vivo, y, juntando imaginativamente, intuitivamente, todas las huelgas habidas, predica la gran huelga general. ¿Qué es la huelga general? ¿Se efectuará verosímilmente? Y el propio Sorel responde: Es un símbolo, un mito; no sabemos si se efectuará, pero, entretanto, cumple su misión motriz de empujar, por medio de la intuición vital, a hacer todos los días un poco de revolución, y a desearla cada día con mayor ardimiento, hasta que, en cierto instante, la evolución se halla consumada por evolución creadora. ¿Y qué ocurrirá entonces? ¿Cómo será la sociedad futura? "Ignorabimus". Esto queda a la espontaneidad de la vida."

notizados por la magia del conceptualismo que tan buenos resultados tenía que dar en la aprehensión *útil* de las cosas, no vieron más que lo que la inteligencia les decía; por otra parte el lenguaje que es el conceptualismo en acción, por lo mismo que de él se valían para expresarse, les aferraba a un procedimiento que a cada nuevo sistema que creaban les había dado más precisión, desde Aristóteles a Kant. No dejaban por esto de sentir que algo se les escapaba de entre las manos y que cuanto más ahondaban, más duras se les hacían las capas geológicas que barrenaban, hasta tocar la roca viva y verse entonces reducidos al trabajo de dar vueltas alrededor del mismo punto y llegar por ejemplo al logicismo puro de un Hegel. (1).

Bergson procedió de un modo más general y tomando la cuestión desde su principio, puso de manifiesto que el concepto puro, es creación de la inteligencia como ésta es parte del espíritu o mejor (no siendo éste divisible en partes), el espíritu mismo indiviso, situado ante la vida y necesitado de obrar. Pero desde que el espíritu tiene un excedente de actividad — la que le queda después de actuar sobre la materia entre la cual se mueve y vive — este excedente que, por de pronto, se satisface en el mundo del sentimiento y del Arte, puede ser aprovechado para buscar la verdadera razón de ser de las cosas que no ha sabido encontrar la inteligencia sola que por lo demás no puede hacerlo, dado su pliegue natural en el sentido de la acción.

No se trata de anti-intelectualismo, sino de co-intelectualismo. En primer lugar, para esta nueva (o superior) empresa de la Filosofía, las conquistas que la ciencia — merced a la inteligencia — ha alcanzado, nos serán tanto más necesarias cuanto mayores sean y por tanto más diferenciadas: no cabe Filosofía sin una sólida base científica; en esto sigue siendo Aristóteles superior a Platón. En segundo lugar la intuición que es el *novum organum*, si para producirse no requiere más (!) que el formidable esfuerzo, la revolución interna que Bergson ha descrito elocuentemente, para expresarse — y aún para el trabajo previo

(1) O a creer que cerrado el ciclo filosófico, era llegado el momento de reducir toda filosofía a la historia de los sistemas. Esto predicán hoy muchos. De ahí a reducirlo a una simple estadística, no hay más que un paso.

de compararla con los resultados intelectuales — necesitará siempre de conceptos, cosa admisible, por forzosa, pero que siempre habrá que tomar por lo que realmente es, una detención del espíritu que por producir inmovilidades, algo distinto del fluir real que es el Universo (y el yo mismo), tiene que tomarse “con beneficio de inventario”, es decir, con la continua rectificación y el perenne nuevo esfuerzo que merece y exige la contemplación total de la Realidad.

Este que es *grosso modo* el sentido de la renovación filosófica que a Bergson se debe, no sería exacto (ya que no lo pretendemos completo) si no llamáramos la atención sobre una especie de *sub product* que de ella se desvió y que consideró primordialmente como objeto único de la nueva doctrina: la demostración de la inanidad del materialismo corriente en general y del spencerismo en particular (ya que H. Spencer pese a su agnosticismo era tan materialista como Haeckel).

Esto que llamamos *sub product*, fué causa determinante de la boga de la nueva doctrina en el mundo católico. El catolicismo, como el espiritualismo en general había estado sufriendo golpe tras golpe de parte del materialismo triunfante. Sólo que, más vigoroso que el común vago sentir idealista, en realidad acobardado y que no sabía más que dar chillidos de miedo (Brunetière y la quiebra de la Ciencia, etc.), adoptó una actitud resuelta, encontrando al rebuscar en su rico tesoro ideológico, nada menos que al Aristóteles cristiano, a Santo Tomás de Aquino, cuyo estudio ya había recomendado León XIII en su Encíclica *AETERNI PATRIS* (1879) y que poco después imponía la Iglesia como doctrina definitiva de su credo filosófico, con lo que se situaba realmente en el siglo IV a. C., pues Santo Tomás fué un “arreglador” de Aristóteles no limitándose a traducirle como lo hiciera ingenuamente el filósofo cordobés Ibn-Roschd, del cual dijo: *Averroes non tam fuit peripateticus quam peripateticae philosophie depravator*, (cuando él, si no la corrompió, la puso a los pies del dogma dejándola en la postura de *ancilla Theologiae*).

El tomismo moderno desde luego encontró muy de su agrado la labor antimaterialista de Bergson y así anduvieron por el mundo no pocos católicos de nota proclamándose discípulos de éste.

Con efecto el enemigo aparente de Bergson era Spencer, que evidentemente quedó muerto y enterrado desde *Evolución creadora*, cuya última página reviste aspecto de definitivo sepelio del apóstol de lo incognoscible (1).

Pero el enemigo real para Bergson era el conceptualismo, es decir la mera inteligencia pretendiendo por sí sola darse el Universo; era Aristóteles y más que éste que al fin y al cabo hizo continuas invasiones a la ciencia física, de su tiempo, los que tomaban su filosofía y la aplicaban al tiempo en que vivían, sin adoptar y probablemente sin saber, la ciencia de su propio tiempo, mal que en el siglo XIII pudo parecer nimio, pero que al querer aplicarse tan falso método en nuestros tiempos, puso de manifiesto la inopia real de un conceptualismo que no hace más que juegos malabares consigo mismo, llegando, eso sí, a resultados ingeniosos y pseudo comprensivos de todo, pero apartándose, cada día más, de la realidad (como hacía quizás la Matemática antes de la válvula de escape del cálculo infinitesimal).

Una filosofía anti (o extra) conceptualista como la de Bergson tenía que poner de manifiesto — aún sin pretenderlo — la pobreza irremediable de la filosofía tomista. Al fin se echó de ver esto en Roma.

Los hermanos Tharaud acaban de explicar el caso (2). Del grupo de pensadores y literatos que Peguy había reunido a principios del siglo en las oficinas de sus famosos *Cahiers de la quinzaine*, uno de aquéllos, Lotte, ex oficial de marina que como tantos otros, no menos bergsonianos, se había sentido “tocado de la gracia”, había fundado en Coutances, donde era profesor, un *Bulletin des professeurs catholiques de l'Université*, que durante algunos años tuvo cierta resonancia. Cuando sucedió lo siguiente: (hablan los Tharaud):

“En los primeros días del verano de 1914 un eclesiástico desconocido llegaba a Coutances y llamaba a la puerta de casa Lotte. Llegaba de Roma. ¿De qué hablaron? Algo se trasluce de la siguiente carta que algunos días después le dirigió Riby que conocía muy bien Italia por haber vivido mu-

(1) Ultimamente (Setiembre) se le ha querido resucitar en una fiesta escolar de una apartada aldea (?) del Chaco argentino. ¿Dónde ha ido a parar la otrora aquí tan bogante ideología spenceriana?

(2) JEROME ET JEAN THARAUD: *Notre cher Péguy*. Paris, 1927. pág. 216 y sig.

cho tiempo en compañía de Maquiavelo, Savonarola y Dante: "¡Viejo musulmán! No te concibo alegando con un diplomático romano. Es igual! "Debes valer mucho cuando un tipo como este sale de Roma y se va hasta "Coutances por el gusto de verte. Ahora te diré que calculo que esos tipos "tienen ya su resolución hecha y que el paso ese no tanto tuvo por objeto "tomar informes sobre Peguy como dirigir una advertencia amistosa: en "el fondo quiso decirte: "Atención, probablemente vamos a vernos obligados a excomulgar a Peguy; de modo que ande Vd. con cuidado, no se so- "lidarice mucho con él, no sea el caso de que tengamos que englobarle en "la condenación." Esta es mi opinión y la cosa es realmente "modo romano" que consiste en aguantar hasta promover una ruptura y luego conservar esta en los límites más necesarios... "Y pocos días después, el 1º de Junio de 1914, las obras de Bergson eran puestas en el *Índice*. La filosofía Bergsoniana que no há mucho los católicos habían acogido tan bien, hoy les llenaba de inquietud por múltiples razones; la principal, que al negar todo valor al trabajo de la inteligencia ejercitándose *in abstracto*, aquella filosofía destruía en su principio la doctrina de Santo Tomás. Reconocían que Bergson había sido útil en su obra desacreditando las concepciones del mundo deterministas y había "desbrozado el terreno". Pero conseguido este resultado había que desbrozarla a ella y en su lugar instalar la filosofía de Santo Tomás."

Peguy preparó para sus *Cahiers de la Quinzaine* una nota brillante que no vió publicar, pues murió en la retirada que precedió a la batalla del Marne (la histórica orden del día de Joffre es del 5 de Setiembre, el mismo día en que caía Peguy cerca de Meane, cuando gritaba a los hombres que mandaba, era teniente: *Tirez, tirez, nom de Dieu!*) Decía la nota a los católicos:

"Primo: Vds. son ingratos cuando tan mal pagan el servicio que Bergson les ha prestado en la lucha contra el materialismo; segundo: Vds. se engañan miserablemente. Pese a Bergson y al mismo Santo Tomás, el materialismo está bien de salud y gobierna el mundo. Y todo es poco en materia de fuerzas espirituales para combatirlo. Imaginar que todo lo que se le quite a Bergson, irá por sí solo a Santo Tomás, es un cálculo insensato. Todo lo que se le quite a Bergson irá como el río va al mar, al materialismo de Spencer. Y nuevamente Santo Tomás no tendrá nada ni a nadie. Y será lo que fué y lo que era veinticinco o treinta años atrás, antes de aparecer Bergson, un gran doctor del pasado, un gran teólogo del pasado, sin dominio en el presente, sin el "mordiente" que es lo que vale, un gran doctor respetado, reverenciado, celebrado, consagrado y enterrado".

¿Cómo tomó Bergson este incidente? Tenía de Peguy el envidiable concepto siguiente:

"Muchas personas me han hecho el honor de escribir sobre mí: aparte de sus elogios inmerecidos, nadie lo ha hecho como Peguy. Este tenía el don maravilloso de saltar más allá de la materialidad de los seres, sobrepasarles y penetrar hasta su alma; así ha llegado a conocer mi más secreto pensamiento, como yo no he llegado a expresarlo, como hubiera deseado expresarlo".

Por esto expresó a Peguy cuán cerca de él se sentía en aquellos momentos... Pero a poco vino la guerra, murió Peguy, Francia hubo de "movilizar" todas sus fuerzas incluso las espirituales y Bergson estuvo en muchos países extranjeros luchando en el terreno de las ideas...

Luego la postración consiguiente al enorme esfuerzo de una vida de labor culminando en el sacrificio que le exigió su patria en peligro, ha detenido en cierto sentido aquel *ímpetu* vital que le animara, el mismo que magistralmente describe como animando al Universo. De los dos libros que ha publicado, uno, *Energie spirituelle* es una colección de ensayos y conferencias, muy notables, pero en parte conocidos y que no constituyen obra orgánica, y el otro, *Simultanéité et duration* en polémica con Einstein, no era muy necesario pues la teoría de éste no va al encuentro de las tesis substancialmente psicológicas del maestro; si bien ha servido para probar el dominio de éste en la Matemática (el mismo que le hizo vacilar hace 40 años al tener que presentar su tesis de agregación entre un tema matemático y el que finalmente eligió dando por resultado el *Essai sur les données immédiates de la conscience* que produjo tanta estupefacción en el mundo sabio).

No creemos que de publicar Bergson otro libro (fuera del segundo tomo de *Energie* que se dice próximo a aparecer, con un contenido parecido al del primero), se ocupe en él de un problema — más o menos el que motiva este artículo — que debe contemplar con indiferencia.

Son los católicos los que se preocupan todavía del asunto. En uno de esos inteligentes reportajes que a Federico Levefre tanta fama han dado y que titula *Une heure avec...* el P. Serrellanges, dominico que pasa por ser uno de los más inteligentes tomistas modernos, dice (1):

"Bergson es un hombre excelente tan modesto y benévolo como espíritu potente. La moda le ha abandonado en parte (2), pero pasado el pe-

(1) *Nouvelles littéraires et scientifiques*. 22, Enero, 1927.

(2) Digamos que afortunadamente. Las damas más o menos norteamericanas y los snobs que llenaban la cátedra del *College de France* donde Bergson explicaba las sutilezas de Plotino, sin entenderlas seguramente, no hicieron daño efectivo al Maestro ni a su doctrina, pero daban a ésta un falso aire de actualidad que a los ojos de la filosofía especial y mantenida por el Estado, según la frase de Schopenhauer, era poco serio. Ahora por suerte los enamorados de estas disciplinas podrán exclamar ¡Al fin, solos!

ligro en la medida que podrá parecer tal, queda el estudio: Bergson no perecerá y estimo que el detenido estudio de su obra puede dar al tomismo magnífico enriquecimiento. Usted mismo ha señalado no ha mucho el gran servicio negativo que el bergsonismo ha prestado al pensamiento contemporáneo y su feliz oposición al cientifismo y al positivismo; enemigos de la Metafísica, pero hay algo mejor. Desbrozado el terreno ya cabe andar por él; ya se trate de la materia, de las relaciones del alma y el cuerpo, de la memoria, de la solidaridad de los fenómenos y seres, de la idea de creación o de contingencia y libertad, las tesis bergsonianas, hasta cuando hay que apartarse de ellas, obligan a quien en nombre de otra doctrina las critique, a profundizarlas en forma que un tomista clarovidente debe apreciar".

¡Siempre el desbrozador de terrenos! El tomismo podrá agradecer (a fior di labro) a Bergson un trabajo que éste seguramente no realizó para preparar el advenimiento de aquél. Pero — y es la conclusión a que queríamos llegar — el bergsonismo al habérselas no con Spencer, ni con el mismo Kant, ni mucho menos con el sumo *Doctor Ecclesiæ*, sino con Aristóteles, lo que creemos que ha dejado definitivamente establecido es que el concepto, la inteligencia, el lenguaje, son cosas hechas en el sentido de la materia y por esto la dominan con el nombre de Ciencia, pero que al lado (en realidad encima, pero entretanto...) (1) de esta faz (más bien fase) del espíritu, éste tiene en la *intuición* un órgano que desde luego puede recoger *eso* que andaba suelto y desperdigado, como no digno de entrar en el coto cerrado intelectual, y que puede también intentar una explicación del Universo más completa que la que nos ha dado el conceptualismo.

Es lo que no advirtieron los católicos bergsonianos, y que en Roma, como hemos visto, tardaron en comprender.

Quizás Roma, creyéndose sólidamente amparada por su resucitado escolasticismo, no quiso ver o desdeñó, el verdadero alcance del bergsonismo: fingió creer que éste debía darse por satisfecho con que se le dieran las gracias por una campaña nada más que anti-materialista. Tratándose de un francés, ya sabía éste que *remercier* equivale a despedir cuando se trata de un sirviente (y al fin su filosofía, como todas, para Roma no tiene más que este carácter, *ancilla Theologiae*), por lo cual se creyó el asunto

(1) El espíritu, la vida proceden con astucia; parten de la materia, la menor posible, (el espermatozoide es poca cosa y todavía no todo él trabaja en la generación) y luego emprenden el vuelo. También en un desvío el móvil siguió algún tiempo por el riel que abandonará al tomar la nueva vía (*Evolución creadora*).

terminado y se pasó a otro. Precisamente el modernismo, también francés, aguardaba su turno y más tarde había de venir el monarquismo de Maurras y Daudet y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos. La Iglesia es eterna, *non prevalebunt...*

Lo que no vió ésta, es que con Bergson el caso era más serio, porque no se había contentado con desbrozar el terreno, sino que enseguida había empezado a edificar casa propia.

Y es que no se trataba de un motín sino de una revolución.

CARLOS MALAGARRIGA.

DIARIO INTIMO

I

Interior

EN esta celda amiga en que cultivo
mis ocios, y en que acecho
la vida en mi interior,
nunca me faltan
ni el mendrugo de paz
ni el dulce sorbo
de silencio.
Medito. ¿En qué? Lo ignoro.
Pero siempre
comparto aquí con mi inquietud
y a solas
el pan y el vino
de la cena ritual.

Y siento como si esta
tenue y sorda alegría,
resignada, sumisa en su inquietud,
que lentamente gana lo más hondo
de mí mismo,
esta tarde
en que nadie ha venido
y en que a nadie esperé,
filtrara lágrimas.

En la penumbra
late el reloj su tedio indiferente,

*sin dolor y sin gozo,
frío, austero, impasible
al momento que ha de venir,
sin pena
por el instante que dejó.*

*¡Quién tuviera la euritmia
igual, isócrona
de tu sombría gravedad,
la gracia
de no llorar la hora
que prendió el infinito
en el recuerdo,
ni esperar sin temor
lo irreparable!*

*Fuerte, profundo bienestar
dilata el ritmo de mi vida.
Ni agita el pensamiento
el ala negra de su afán,
ni araña el torvo anhelo del placer
el muro de su cárcel.
¿Es la esperada beatitud?
¿la paz conmigo mismo
y con el mundo?
Acaso. Pero siento
que esta alegría inútil que me invade
tiene un sabor de lágrimas.*

II

El despoblado

POR la ancha faz del vidrio
entra la tarde
toda su sed cristiana de amor triste
y de enferma piedad.

*¡Qué bien se siente entonces
el latido rural del despoblado
miserable,
que arrastra por los tumbos del camino,
sin rumor, el cansancio
de un hastío sin fin,
y aquel deseo inmóvil
que invade todo el llano
de sujetar la vida
a una sola actitud,
de no surcar la tierra,
de no dar rastro al tiempo,
de no abrir al pasado
una sola esperanza de recuerdo,
ni de marcar con piedra blanca o negra
la jornada del día
siempre apacible, pero siempre idéntica!*

*Los árboles parecen fatigados
en su marcha por la vieja avenida.
Taciturnos y silenciosos, cargan
su peso, y aunque unidos
por el mismo dolor, todos se ignoran,
y siguen solitarios por la senda.
Ni una sola mirada,
ni una sola sonrisa los acerca.
La misma tierra olvida que es su madre
y que los nutre.
Y hasta el arroyo, que al pasar refresca
la aridez de sus plantas, nada sabe
del íntimo secreto de sus penas.*

*Y esta sed contenida de amor triste
y de piedad enferma
que invade el despoblado,
con la noche
lentamente penetra en mi interior
y cierro las ventanas de mi celda.*

III

La colina

OTRA vez, ya forzado a descender,
he vuelto la mirada al camino.

*No fué largo el sendero,
ni penosa la marcha,
ni la ascensión fué dura. Pero siento
aquí, en el corazón, la gran fatiga
de las luengas jornadas, el anhelo
de pegar a la tierra compasiva
la cabeza cansada,
el deseo profundo de dormir
la dulce noche
de un infinito sueño.*

*Surge la mancha escueta de los troncos
allá abajo.
Sin hojas ya y sin ramas, son los árboles
una reminiscencia dolorosa
de la vida.*

*Lo verde en tantas horas
de floración inútil se ha cansado
de sonreír.
¡Qué sorda paz,
qué intacta soledad
hay en toda esta enorme
tristeza de las cosas
que dejaron de ser y nadie nombra!*

*Comenzaré a bajar. Será esta tarde
o esta noche, quizá. Tal vez mañana.*

*Pero pronto. Borrándose,
irán en el confín
la choza abandonada,
el charco que fué arroyo, el tronco estéril,
la colina lejana
que duerme tras el viejo campanario,
y la blanca cruz
que me tiende sus brazos con un gesto
no sé si de piedad o de esperanza.*

*Después será un crepúsculo muy largo.
Y el olvido.
La calma sin deseo,
la quietud de un reposo
sin dolor ya y sin lágrimas.
No golpeará la vida sobre el frágil
cristal de un sueño, ni la débil malla
de una ilusión desgarrará el dorado
encaje de sus hilos en la zarza.*

*Y el sol saldrá otra vez. Pero el silencio
agotará su luz dentro del alma.*

ALBERTO URETA.

Lima, 1927.

EL DOCUMENTO JOSE M. BLANCO (1)

EL señor Blanco denuncia en el N° 218 de NOSOTROS como el resultado de una grave IGNORANCIA mía y de mala fe, la advertencia que hice, en esta misma revista (núm. 216), sobre dos citas bíblicas del padre Corominas en su conferencia titulada *Los hermanos del Señor*. Eran dos citas falsas y por ello dije:

“El padre Corominas, urgido por la avidez de hallar argumentos para el dogma, siquiera contra la verdad evidente de las Escrituras, ha cometido, de esta suerte, un delito tres veces grave: como hombre ha burlado la buena fé de sus oyentes y lectores; como maestro, poniendo a sus palabras máscara de investigación y de estudio, ha hecho lección de engaño; y como ministro de religión ha injuriado a Jesús que dijo: Yo soy la Verdad.”

Me ratifico íntegramente en estas palabras, pero demostraré que el delito del padre Corominas es una inocencia comparado con la urdimbre que ha tejido el señor Blanco para defenderle y acusarme. Para ello, y como quiera que él cuenta con que el lector no tiene por delante las cartas mías, transcribo, por lo que toca a la primera de las dos citas, lo que dijo el padre Corominas, lo que escribí yo y lo que escribió el señor Blanco.

Texto del padre Corominas:

“En el sentir de San Jerónimo y de todos los exégetas católicos, la frase del Evangelista, “José no conoció a María hasta que hubo dado a

(1) Esta lectura será escasamente útil si no se le pone una atención especial y si durante ella no vuelve a leerse detenidamente cada pasaje de transcripción cuando en el curso de la demostración así lo reclamo.

Posiblemente no tiene precedentes esta exigencia mía. Pero tampoco los tiene el documento que aquí examino. Efectivamente: la carta publicada por el S. J. señor Blanco es tan falsa por su espíritu como por el mal y sinuoso empleo que hace de cada cita. El éxito de su dialéctica se cifra en los extremos a que llega la desenvoltura de su audacia. Se cifra, con esto, en un mínimo de confianza por parte del lector. Este debe resignarse ahora a una lectura por momentos penosa, quizá, pero que luego tendrá para él una compensación muy instructiva: haber palpado un fondo de falsedad espiritual que no podría proporcionarle ningún otro documento, dentro ni fuera de la Iglesia.

luz", sólo significa, que la concepción virginal de Jesucristo fué obra del Espíritu Santo, sin afirmar nada en absoluto, de cuanto aconteció después. En efecto, recorramos las Sagradas Letras y veremos que en muchos pasajes tal es sentido de la partícula "hasta que".

Tomemos un ejemplo de Isaías, cap. 46, v. 4. Hablando Dios de su propia eternidad, así dice a los de la casa de Israel y de Jacob: "Yo soy, yo soy hasta que envejecáis"; donde veremos que a la letra, Dios dice que existirá hasta el momento en que lleguen a la senectud los de la casa de Jacob y de Israel. Pregunto: ¿Dejará Dios de existir luego de llegados a la vejez aquellos judíos?

Texto mío, (omitiendo la versión latina del pasaje bíblico):

Ahora bien: léase los pasajes "completos" del capítulo 46 de Isaías y del capítulo XV de la epístola de San Pablo, que corresponden a las dos citas del padre Corominas, y se verá que dichos pasajes las desautorizan en absoluto. Más aún: que corroboran, precisamente, que en la Biblia la preposición "hasta" no cambia por ninguna otra su significación propia.

Transcribo aquí los pasajes pertinentes, tomándolos, para excluir sospechas de parcialidad, de la Vulgata Latina, tal como la hizo publicar el Papa Urbano VIII, cuando asimismo ordenó que fuese recibida como versión única e invariable; y la traducción, netamente católica, que de ella hizo el obispo Scio de San Miguel en el siglo XVIII.

Texto del pasaje según la versión del obispo Scio de San Miguel: (vers. 3 y 4, Cap. 46 de Isaías).

3 Escuchadme, casa de Jacob, y todo el residuo de la casa de Israel, vosotros a quien yo llevo en mi seno, y traigo en mi matriz.

4 Hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas yo os traeré: yo os hice, y yo os llevaré: yo os traeré, y salvaré.

Como se ve, carecería de sentido el fragmentito de frase compuesto por el padre Corominas, si éste no hubiese introducido, bonitamente, entre las palabras sueltas, un verbo que no existe en el pasaje bíblico: el verbo "ser"; y si no nos ocultara en su cita las siguientes palabras absolutamente necesarias a la idea del profeta: "traeré", "hice", "llevaré", "salvaré". La cita, pues, es tranquilamente falsa.

Texto del señor Blanco:

El P. Corominas y S. Jerónimo, al señalar modos de hablar, análogos al de S. Mateo, no recurren precisamente a la Vulgata ni a la traducción de Scio, sino a la versión de los Setenta, en la cual se lee: (Is. 46, 4) *Egô, eimi kai eos an catagerásete, egô eimi: anéjomai umôn*, etc.: "Yo soy, y hasta que envejecáis yo soy". No ha sido, pues, el P. Corominas el que ha introducido bonitamente entre las palabras sueltas el verbo *ser*, sino que fueron los Setenta, que mucho antes de la venida de Cristo, interpretaron así los códices originales que poseían. Por otra parte, la interpretación de los Setenta, autorizaría a suplir ese verbo en el texto de la Vulgata, ya que el "ego ipse" dicho enfáticamente en la versión latina, lo presupone. Si Leumann hubiera conocido la versión de los Setenta, tal vez hubiera sido más benigno en juzgar a su supuesto adversario.

El delito del padre Corominas no disminuye aún si nos atuviéramos exclusivamente a la versión griega de los Setenta, al pasaje íntegro de los Setenta, no al también maliciosamente re-

cortado, con increíble reincidencia, por el señor Blanco. Pero antes de comprobarlo, conviene que el lector sepa, si no lo sabe, que la versión griega de los Setenta fué sustituida por la Iglesia de Roma, como texto bíblico indiscutible, para el Antiguo Testamento, por la Vulgata Latina, traducción hecha por San Jerónimo directamente del original hebreo. Y que esta traducción fué ordenada en vista de las tergiversaciones y cambios interesados que abundaban en los manuscritos de las traducciones más corrientes en aquella época.

Ahora bien: para legitimar mi acusación al padre Corominas, bastaría el hecho de que él remite al lector a la Biblia, que en su original hebreo, y en la Vulgata, y en las traducciones católicas y en cualquier moderna traducción desmienten la veracidad de su cita. Según la sinuosa argucia del señor Blanco, los lectores del padre Corominas debíamos adivinar que en esa cita él nos remitía mentalmente a la traducción griega de los Setenta, que nadie lee, o debíamos tener en la memoria, íntegra, esta traducción griega, para advertir la procedencia de esa cita. Esto al menos parece que exige de mí cuando dice: "Si Leumann hubiese conocido la versión de los Setenta hubiera sido más benigno en juzgar a su supuesto adversario".

Pero es el caso de que si a ella nos hubiese remitido el padre Corominas, la falsedad de su referencia no sería menos grave. Si él no introdujo la palabra "soy", le atribuyó un alcance que se desmiente si se lee toda la frase, es decir, no recortada maliciosamente como lo ha hecho él, y como la mutila el señor Blanco con una audacia tanto más incalificable cuanto yo apelé claramente, para fundar mi denuncia, a los pasajes "completos" de las dos citas bíblicas. El padre Corominas desgaja de la frase griega estas pocas palabras: "Yo soy, yo soy hasta que envejezcáis", componiendo de esta suerte algo que no corresponde, así aislado, a ninguna idea, una especie de oración ambigua, de sentido obscuro y pueril. Por su parte el señor Blanco, aunque mi acusación al padre Corominas radicaba también en la ocultación de las palabras "traeré", "hice", "llevaré" y "salvaré", incluídas en la frase de la Vulgata, finge olvidarlo y no tiene la elemental honradez de, siquiera atendiendo a esa protesta mía, transcribir de la versión griega la frase completa,

es decir, la frase con su sentido. No lo ha hecho para poder engañar al lector, esperando que éste hubiera olvidado que yo apelé a la frase íntegra. No lo ha hecho porque a él como al padre Corominas, la frase íntegra lo desmentía. Así, pues, el señor Blanco ha procedido aquí en forma exactamente equivalente a la agachada del ave negra que en los Tribunales mutila el testimonio de un testigo adverso cuando éste se ha retirado del despacho judicial. Para contradecir mi acusación había que recordar sus términos y su sentido.

Pero el lector seguirá mejor los meandros de esta falsedad maliciosa cuando, después de volver a leer atentamente el párrafo transcripto del señor Blanco, fijándose también en cómo hace la puntuación de la cita griega, examina luego el texto fiel que doy aquí, y la traducción castellana, del pasaje de los Setenta; cuyo sentido, por otra parte, coincide perfectamente con el original hebreo y con la Vulgata si no se toma de él un fragmento absurdamente recortado.

Texto griego:

“Egó, eimi, kai eos an Katageráste, egó eimi egó anekomai umón, egó epoiesá, kai egó analepsomai, kai soso umas”.

Traducción literal:

“Yo soy, y hasta que seáis enteramente viejos, yo soy, yo os sostendré, yo os hice, yo os despediré y volveré a tomar, y os salvaré”.

Es decir, “hasta” recobra su significación propia.

Podemos dejar de lado, porque no interesa a los fines de esta carta, considerar el valor que tiene la elección que hizo el traductor griego de la expresión “Yo soy” para decir lo que en la Vulgata y en todas las traducciones conocidas resulta “Yo mismo”. (Mi antiguo profesor de Griego en la Facultad de Letras, el sabio profesor Dr. Francisco Capello, me dice que se trata de una exclamación enérgica para afirmar enfáticamente algo, y de esta suerte en ningún caso, ni en el pedazo de frase maliciosamente recortado podría entenderse por “yo existo”; es una equivalencia del pleonismo enfático de la traducción latina “Yo mismo”). Porque cualquiera sea la interpretación que quepa aquí, lo cierto es que no afecta a la categoría del engaño que en-

cierra el párrafo del señor Blanco. Ha de notarse que el señor Blanco no sólo transcribe recortada la frase del texto griego, sino que pone dos puntos entre las palabras “eimi” y “anéjomai”; que en el mismo texto griego añade dos palabras a las del recorte, pero dos palabras que no incluye, como por lo menos hubiera sido lógico, en las palabras de la traducción española que en seguida transcribe; que por la presentación tipográfica que hace de las palabras griegas y de sus correspondientes españolas, da la impresión de que realmente en el segundo “yo soy” termina la idea; y que de este modo impide al lector advertir la relación evidente que el profeta establece, ya desde el versículo anterior, entre Dios protector de Israel y la idea de cómo y hasta qué extremos llegará esta protección. La ocultación de la idea esencial del pasaje y esa astuta presentación gráfica concurren, muy evidentemente, a seducir al lector por el engaño. Pero el lector tiene ahora, para apreciar el mal juego, los elementos de juicio necesarios aunque no sepa griego.

En cuanto a la segunda cita engañosa del padre Corominas, la referente al texto de San Pablo, también es una inocencia el delito de este padre comparado con los escamoteos, la malicia y la chicana que despliega el señor Blanco. No lo diría yo si no fuese a probarlo en seguida con documento claro. También aquí empieza él por contar con que el lector no tiene por delante, para confrontar, lo que dijo el padre Corominas, lo que reza transcrita en su integridad el pasaje bíblico que invoca, y los términos de mi acusación concreta.

Copio las tres cosas volviendo a recomendar al lector que las lea atentamente para luego advertir con más facilidad lo retorcido de la falsedad del señor Blanco y para evitar que éste, que se escurre como una anguila entre las dificultades insalvables, le haga perder el hilo distrayéndole del verdadero asunto.

Texto del padre Corominas:

“Como de la frase de Dios “Yo existiré *hasta que* envejecáis” no se puede concluir que Dios dejará de existir luego de llegados a la vejez aquellos judíos, tampoco tenemos derecho de inferir de aquella frase “José no la conoció hasta que hubo dado a luz”, que él conociera a María después del nacimiento de Jesucristo. ¿Y no nos dice San Pablo, en su carta primera a los Corintios, cap. XV, v. 25, que “conviene que Jesucristo reine, *hasta que* coloque a los enemigos suyos debajo de sus pies?”

Texto del pasaje bíblico en la traducción del obispo católico Scio, que transcribí en seguida de la versión que da la Vulgata:

24 Luego será el fin; cuando *hubiere* (Cristo) *entregado el reino al Dios* y al Padre, cuando hubiere destruido todo principado y potestad, y virtud.

25 Porque es necesario *que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies.*

26 Y la enemiga muerte será destruida la postrera: Porque todas las cosas sujetó debajo de los pies de él. Y cuando dice:

27 Todo está sujeto a él, si se exceptúa sin duda aquel, que sometió a él todas las cosas.

28 Y cuando todo le estuviere sujeto; aun el *mismo Hijo estará sometido a aquel*, que sometió a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

Lo que yo escribí comentando:

He transcripto los cinco versículos para que se pueda apreciar todo el artificio y la premeditación que implica la cita del padre Corominas. Aun maliciosamente aislada, la frase que él recorta de su contexto dejaría en absoluto subsistente la significación lógica de la preposición "hasta". Porque el "Cristo" es Jesús en su carácter de Mesías o de Redentor; cuando su obra redentora concluya, terminará naturalmente su carácter de tal.

En la transcripción del pasaje bíblico he subrayado, esta vez, las tres frases que se ha visto, no porque sea necesario para advertir la relación absoluta que San Pablo establece entre ellas y por consiguiente la justicia de mi acusación contra el padre Corominas, sino para que luego se pueda apreciar los extremos que toca la malicia del señor Blanco. Adviértase que cualquier cosa podría discutirse aquí, hasta la teología de San Pablo y el ajuste de ella con otros pasajes bíblicos, pero no la claridad de su pensamiento. Adviértase asimismo que el delito del padre Corominas, su cita engañosa, subsistiría, aún esta vez, aunque cupiera otra interpretación que la evidente en los versículos transcriptos, puesto que nadie ha de dudar que el versículo 24 y el 28 se relacionan directamente con el aisladamente citado por el padre Corominas. Es decir, podría pretenderse el absurdo de que San Pablo al decir: "cuando (el Cristo) hubiere entregado el reino", haya tenido la intención de decir cualquier otra cosa; y podría pretenderse que cuando dice, en el versículo 28, que "el Hijo estará sometido" a Dios, tampoco fué su intención decir lo que con sus palabras dice; y que habiendo Cristo "entregado" su reino de Salvador, de Mesías, sin embargo

“conservará” su reino de Mesías, en el pensamiento de San Pablo; pero ni aún después de admitir todas estas inadmisibles suposiciones sería posible creer que el padre Corominas procedió limpiamente citando el versículo 25 desencajado de su contexto. Por cierto que mi carta justiciera no consideró, ni por lo tanto discutió, la argumentación del padre Corominas sobre la significación de la preposición “hasta”; me concreté a dejar constancia de su delito en las citas engañosas.

Así, el señor Blanco, sin lavar la falta del padre Corominas, sólo consigue cometer la suya peor. Y la suya voy a presentarla aquí, examinándola como se examina en un cadáver los caracteres de la afección que mató al enfermo. Ya verá el lector que no exagero. Transcribiré íntegra la argumentación que formula en carácter de defensa de dicho padre. Cuanto más detenidamente la lea el lector, cuanto más examine cada frase, más claramente apreciará las pequeñas confusiones a que induce al lector desprevenido y la finura con que, plegando a través de citas y más citas el sentido de las expresiones de San Pablo en diferentes epístolas, procura hacer creer que el apóstol no quiso decir lo que sus palabras significan.

Texto del señor Blanco:

Pero si el P. Corominas no cometió “el triple delito” en la citación del texto de Isaías, tampoco ha mistificado, como pretende Leumann, al citar, con S. Jerónimo, a S. Pablo en el cap. 15 de la primera epístola a los Corintios. Los versos anteriores y posteriores al 25, transcritos por Leumann, no hacen más que explicarnos, en la teología de S. Pablo, la dependencia que el Hijo, en cuanto hombre, tiene del Padre. La subordinación del reino “Deo et Patri” (verso 24) no supone, precisamente, la cesación del reino del Hijo, sino la subordinación de todas las cosas a Dios, (verso 28) al cual el Hijo, que como persona es consubstancial con el Padre, es inferior en cuanto lleva unida hipostáticamente la naturaleza humana.

Si Leumann, al copiar el texto de la Vulgata y la versión de Scio, se hubiera tomado la molestia de consultar los lugares paralelos que se citan al pie, no habría dado por absoluta la interpretación con que trata de confundir de falsía al P. Corominas “dando falso testimonio contra él”. El verso 25 “conviene que Cristo reine *hasta* que ponga a sus enemigos debajo de sus pies” que está en litigio, contiene una verdadera alusión al Salmo 109 v. 1, en que David dice proféticamente por boca de Dios: “Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis, *donec* ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum”: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra, *hasta* que ponga a tus enemigos como escabel a tus pies”. Que las palabras del Salmo se refieren a Cristo, nos lo atestigua El mismo en S. Mateo XXII, 42-44, en S. Marcos XII, 36 y 37 y en S. Lucas XX, 41

al 44. Y S. Pablo, a los Hebreos, nos lo repite en el cap. I v. 13, para demostrar la superioridad de Cristo sobre los ángeles.

Pues bien: En la misma epístola a los Hebreos, cap. X, versos 12 y 13, nos dice S. Pablo, que ese *reinar* de que nos habla en la primera a los Corintios, c. XV v. 25, y que no es otra cosa que el *estar sentado a la diestra del Padre*, con que el salmo aludido por él nos expresa el mismo pensamiento, será eterno. Dice así: "Hic autem, unam pro peccatis offerens hostiam, *in sempiternum sedet in dextera Dei*, de cetero expectans, donec ponantur inimici ejus scabellum pedum ejus". "Mas éste (Cristo), habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, está sentado *para siempre* a la diestra de Dios, esperando lo que resta, hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies". Si, pues, ha de reinar o ha de estar sentado a la diestra del Padre, que para S. Pablo viene a significar lo mismo, *hasta que*, el Padre ponga a sus enemigos por escabel de sus pies, y por otra parte, ha de estar sentado *para siempre* a la diestra de Dios, ¿n qué se funda Leumann para afirmar que ese reinado ha de tener fin? No basta afirmar, es menester dar la razón de lo que se afirma.

Que Cristo es rey, se lo confesó El a Pilatos (S. Juan XVIII, 36-37) pero su reino no es de este mundo. Con todo, su reino será eterno, como se lo asegura el ángel a la Virgen (Lucas I, 31, 33). "He aquí, que concebías y darás a luz un hijo y lo llamarás Jesús. Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y *reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin*". Y en la posesión de ese reino, que como a Dios se le debe desde toda la eternidad, entró según S. Marcos (XVI, 19) cuando subido a los cielos, *se sentó a la diestra de Dios*.

Para descubrir la serie de agachadas contenidas aquí, debemos ir por partes. En el primer párrafo se dicen estas palabras: "Los versos anteriores y posteriores al 25, transcritos por Leumann, no hacen más que explicarnos, en la teología de San Pablo, la dependencia que el Hijo, en cuanto hombre, tiene del Padre". Pero precisamente yo los transcribí, para que se vea que en la teología de San Pablo y especialmente en este pasaje el Hijo depende del Padre, y que mantiene un reino que ha de "*entregar*" al Padre, como está escrito en el versículo 24. Lo cierto es, asimismo, que yo hice expresamente, en mi acusación al padre Corominas, como puede leerse más arriba, la conocida definición teológica del Cristo: el Hijo Redentor enviado por Dios. Porque así se comprende que el Cristo, cumplida su misión, *entregue* a Dios su reino. Sin embargo, el señor Blanco sugiere, con su simulación de aclaración, que yo he transcripto inútilmente los versículos anteriores y posteriores al 25, y que no son necesarios para apreciar con exactitud lo que en este último versículo se lee; su pretendida aclaración finge enseñar lo que ya dije yo. Pero oculta la idea concreta del versículo: que el Cristo "*entregará*" su reino. Para el caso interesaba esto último.

En seguida esta agachada se supera con otra increíble: en la anterior contó con que el lector haya olvidado los términos empleados por mí y lo concreto del texto bíblico. En esta nueva cuenta con que el lector, aun cuando verifique el texto del pasaje bíblico, entre por la confusión que él, Blanco, establece adrede entre los verbos “entregar” y “subordinar”. Pero como nadie podría pensar que “subordinar” equivale a “entregar”, es evidente que el señor Blanco emplea el verbo “subordinar” falseando solapadamente lo escrito en el versículo 24. Si el señor Blanco no hubiese realizado este “cambiao”, su argumentación aparecería manifiestamente con el absurdo que implica, pues así rezaría: “La entrega del reino, por el Hijo, al Dios y al Padre, no supone precisamente la cesación del reino del Hijo”.

Tanto lo supone, en el razonamiento de San Pablo, que sólo supondría otra cosa si al verbo “entregar” se le vaciara de su precisa significación para atribuirle otra antojadiza, como han hecho con la preposición “hasta”. Entregar un reino, excluye la posibilidad de seguir reinando con ese reinar.

Pero las agachadas se repiten aun sin salirnos del primer párrafo. En efecto: para dejar creer que según el texto de San Pablo el Cristo seguirá reinando eternamente, no sólo cubre con una exacta consideración sobre la teología del apóstol, que ya hice yo, la idea expresa de que el Cristo entregará su reino al Dios y al Padre, sino que procura asimismo que el lector no advierta, en el texto de San Pablo, que éste habla de una situación presente y de una situación futura: en la presente el Cristo reina, en la futura entregará su reino al Padre. Reléase el párrafo del señor Blanco y se notará con qué maña distrae al lector del establecimiento neto que hace San Pablo de esas dos situaciones del Cristo. En seguida reléase los versículos 24 y 25, cuya idea clarísima es que el Cristo (el Redentor, el Mesías, el Salvador), reina, que este reino lo entregará al Padre una vez cumplida su misión de rey, pero que es necesario que él siga reinando hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies.

Sigamos examinando, aun en el mismo párrafo, las ocultaciones y los “cambiazos”. En este sentido colma toda medida la audacia con que, después de inducir al lector a considerar que el

apóstol sólo quiere, en el versículo 24, referirse a una especie de subordinación sin consecuencias del reino del Cristo al Padre, una subordinación que no cambiará la situación del Redentor, procura cubrir con la enunciación de otra idea teológica de San Pablo la significación precisa del versículo 28. Pero aquí hay la agravante de que esta propia idea teológica lo está desmintiendo. Para que el lector no eche de ver que la idea citada por increíble audacia de agachada lo está desmintiendo, y que él mismo se está desmintiendo, realiza un escamoteo cuyo juego completo sólo descubre la lectura atenta. Léase, confrontando con el texto bíblico, la última parte del párrafo: "La subordinación del reino "Deo et Patri", (verso 24) no supone, precisamente, la cesación del reino del Hijo, sino la subordinación de todas las cosas a Dios, (verso 28) al cual el Hijo, que como persona es consubstancial con el Padre, es inferior en cuanto lleva unida hipostáticamente la naturaleza humana".

Al decir aquí el señor Blanco que el Hijo es inferior al Padre en cuanto a la parte que lleva de naturaleza humana, de acuerdo con la teología de San Pablo, distrae al lector de lo que acaba de decir; disimula la enormidad anticristiana y en todo sentido absurda que implica considerar que la entrega del reino al Dios y al Padre (subordinación dijo él), tiene la misma significación que la subordinación de todas las demás cosas a Dios. En el juego sinuoso de su dialéctica le convino por un momento arrojar a Jesús al montón de todas las cosas, pero procurando que no lo advierta el lector.

San Pablo, naturalmente, hizo un claro distingo entre "todas las cosas" y el Cristo. Con este distingo "aún el mismo Hijo" estará sometido a Dios. Pero no solamente desmiente así al señor Blanco su propia cita, sino que su propia anticristiana y absurda declaración lo desmentiría también, si se la admitiera como verdad. Porque si el Redentor dependiera de Dios así como cualquier otra cosa, no se concibe que pudiera haber reinado nunca.

Ningún escrúpulo, como se ve, da detenido al señor Blanco para producir con este párrafo la impresión de que yo acusé por ignorancia y mala fé al padre Corominas. Para apreciar todo el carácter de esa última agachada basta advertir la exactitud

con que San Pablo, en los mismos versículos, explica que el Cristo, encargado de salvar a los hombres y reinar como Salvador, sujetará todas las cosas, hasta que, terminada su misión, entregará su reino a Dios; es decir, "es necesario que él reine hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies".

Sería vergonzoso emplear espacio para poner en evidencia los juegos de escamoteo de este sacerdote jesuita, si aquí no se tratara de un caso realmente sin precedentes, y que puede relacionarse íntimamente con la evolución del mal que está vaciando de todo su antiguo sentido místico a la Iglesia Católica. En las reyertas escolásticas de la Edad Media, las tupidas dialécticas sobre cualquier aspecto de un artículo de dogma o proyectado dogma, las sutilezas finísimas y las imaginaciones alumbradas por el candor de los Santos Padres, ponían un espíritu religioso que excluía completamente cualquier mezquina torpeza, y hasta la sombra de cualquier villanía. La inteligencia prolija nunca se hermanaba con el espíritu taimado ni con la hipocresía curialesca. Hasta el insulto al hereje era franco, y a veces animado por un bello dolor. Los monjes que al traducir o copiar el texto de las Escrituras interesadamente lo cambiaban, hacían esto para arreglarlo a lo que ardientemente creían la verdad, o para evitar que sobre el apoyo de la frase auténtica creciera una idea adversa al dogma santo, o muchas veces guiados por una piadosa autosugestión. Predominaba cierta nobleza en el estilo eclesiástico, que hoy es abyecto, y cierta hermosura de humildad, aun sin llegar a las grandes almas como Santo Tomás, que en la "Summa theologia", consternado ante las censuras que hace San Crisóstomo de la madre de Jesús, dice turbado por el conflicto entre su respeto al santo y su piedad por María: "En este pasaje Crisóstomo se ha excedido". (Summa theologia, III, 27, 4 ad 3). Hasta las épocas subsiguientes el razonamiento romano conservó dignidad, los libros de Bossuet asumen una elevación admirable, y en las disputas al protestantismo los escritores católicos más vehementes nunca ultrapasaron los límites del simple odio y de la argucia alimentada por la escolástica de los siglos ingenuos. Hoy la ausencia de sinceridad y de piedad viva ha rebajado este razonamiento, (allí donde no hay una simple copia de lo que escribieron los santos padres), a una chicana ñoña, y a interpretacio-

nes de textos bíblicos que si en un tiempo podían aducirse como argumento, ahora resulta una mera ineptitud alzarlos contra las investigaciones realizadas por la filología y el examen histórico. Sin embargo, la chata, monótona, pequeña dialéctica eclesiástica de nuestros días no había producido una pieza semejante a la del señor Blanco. De ahí la conveniencia de examinarla como síntoma inusitado del mal que mata a la Iglesia Romana, cada vez más ajena a Jesús. Los tres párrafos que siguen al ya considerado, continúan la urdimbre de falsedad. La tarea de deshacerla es de simple paciencia. Para facilitarla a los lectores que tengan poca o ninguna información en asuntos bíblicos, les aconsejaré tomar en cuenta lo siguiente: a) en el original hebreo y en todas las traducciones que no son netamente católicas, el primer versículo del salmo 109 no reza así: “hasta que ponga a tus enemigos como escabel a tus pies”, sino “en tanto pongo a tus enemigos, etc.”; b) San Pablo no dice, en la epístola de los Hebreos, capítulo I, vers. 12 y 13, ni en parte alguna, que sea lo mismo el reinar de que nos habla en la epístola a los Corintios y el estar sentado a la diestra de Dios; es una confusión, de dos ideas diversas, establecida por el escamoteo del señor Blanco, y éste procura hacer pasar la legitimidad de tal confusión, citando la traducción latina de San Jerónimo, la Vulgata, en el versículo 12 de la epístola a los Hebreos, traducción que tampoco está de acuerdo con el original hebreo; (la mayor fidelidad de las otras traducciones la puede comprobar el lector hasta sin necesidad de mayores consultas: bastará que lea, no sólo los versículos 12 y 13 de dicha epístola, sino además el versículo siguiente, 14, que completa la idea de los anteriores y evidencia que la coma que la Vulgata pone en “hostiam”, debe ir en “sempiternum”, puesto que se correlaciona, en absoluto, la idea de *un sólo sacrificio para siempre* con la de *hacer a los santificados perfectos para siempre*); c) las palabras que Lucas atribuye al ángel Gabriel en el coloquio con la Virgen no comprometen la teología de San Pablo, que al hablar del reinar de Jesucristo no habla de un reino en la casa de Jacob; ese pasaje de San Lucas podrá o no considerarse una simple contradicción con el pensamiento de San Pablo, como una de las muchas divergencias que se han señalado entre los diversos libros del Nuevo Testamento, pero en ningún caso autoriza a ver en

lo escrito por San Pablo un pensamiento teológico diverso del evidente, y menos, por este camino grotescamente sinuoso, atribuirle un empleo absurdo de la preposición "hasta"; d) las divergencias y ciertas razones de orden histórico y teológico han servido a algunos investigadores para pretender que el primitivo Evangelio no contenía nada referente al nacimiento de Jesús en Belén y a las circunstancias maravillosas que lo acompañan en los libros de Mateo y Lucas: se atienen a Marcos y a Juan, cuyos libros ni siquiera aluden al nacimiento del Cristo.

Estos elementos de juicio bastan para que el tejido y los nudos de los tres párrafos se deshagan con el examen de cualquier lector. Pero como quiera que aquí sólo procuro estudiar un prototipo de falsedad eclesiástica, llamo la atención sobre todo hacia el párrafo segundo, en cuanto su lectura detenida permite contemplar el juego de que se vale el señor Blanco para deslizarse, en el concepto teológico de San Pablo sobre el reinar del Cristo, la idea de su asiento a la diestra de Dios, haciendo de ambas ideas una sola. Y también por la manera taimada en que trae, al final del párrafo, su pregunta: "¿en qué se funda Leumann para afirmar que ese reinado ha de tener fin?" Llega a ese término de párrafo, encandilando con citas y razonamientos intrincados al lector, contando con que éste haya olvidado la única afirmación mía a propósito de la cita del padre Corominas: la afirmación de que su cita deformaba mentirosamente el pensamiento de San Pablo. Para instrucción de las víctimas del padre Corominas transcribí todo el pasaje aludido, donde no yo, por cierto, sino San Pablo, habla de que el Cristo "entregará el reino al Dios y al Padre". Pero el señor Blanco arriba a la audacia de preguntarme lo que en todo caso había de preguntar al apóstol, si con la teología del apóstol no estuviere de acuerdo.

Vamos a sus otras falsedades.

Una, primeramente, la menos grave, pero que se relaciona todavía con la preposición "hasta". Comparada con sus falsedades gruesas, ésta parece simple ocultación o chicana. Dice el señor Blanco: "Y si Leumann quiere ampliar las citas, puede leer en el Génesis XIII, vv. 6 y 7, donde se dice: "Y pasados cuarenta días, abriendo Noé la ventana de la arca soltó el cuervo: el cual salió y no volvió, "hasta que" (donec) las aguas se secaron so-

bre la tierra". ¿Cómo probaría Leumann que el cuervo volvió, después que las aguas se secaron?"

Nada hay que probar aquí, puesto que, sin recurrir al original hebreo, el lector puede leer, en la traducción anotada de la Vulgata, lo que en una nota el traductor obispo Scio de San Miguel advierte lealmente con las siguientes palabras: "El texto hebreo: "Y salió saliendo y tornando; donde faltando la negación que se lee en la Vulgata, parece que se dice lo contrario."

Al señor Blanco le falta la elemental honradez que allí demostró el obispo de San Miguel, al reconocer que el texto hebreo del cual está traducido el pasaje de la Vulgata no corresponde a esta. Es evidente que la preposición "hasta", hecha la advertencia, recobra su significación lógica. El contexto, por otra parte, de todo el pasaje referente a la salida del cuervo, de la paloma luego, y de las aguas que van descendiendo poco a poco, devuelven toda su verdad y gracia a la imagen bíblica del cuervo que, puesto en libertad, y no encontrando donde refugiarse fuera del arca, está saliendo y tornando hasta que las aguas se secan sobre la tierra.

Aquí resulta el caso, pues, de un testigo que declara en contra del ave negra que lo citó.

El señor Blanco funda algunas de sus farsas sobre el relato que hice, en la primera carta, de mi diálogo con el padre Clavell. Se toma de estas palabras mías:

Pero de pronto advertí — esta vez fué mío el asombro — que el padre Clavell no conocía los Evangelios y que en cierta manera no los había leído nunca. Hice tan curioso descubrimiento cuando le cité aquel doloroso episodio, referido por San Marcos, en que la madre y los hermanos de Jesús le persiguen, inquietos, y procuran apartarle de su peligrosa predicación, suponiéndolo trastornado. "Y como esto oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: está fuera de sí". (Marc. III-31). Pasaje cuya explicación única se apoya con la insistencia en la persecución, relatada más adelante en el mismo capítulo, de la siguiente manera: "Vienen después sus hermanos y su madre, y estando fuera enviaron a él, llamándole.

"Y la gente estaba sentada alrededor de él, y le dijeron: He aquí, tu madre y tus hermanos te buscan fuera.

"Y él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?

"Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos".

El padre Clavell me declaró, muy sinceramente, que desconocía dicho pasaje, (el del versículo 31) que no tenía memoria de haberlo leído nunca. Lo buscamos, sin hallarlo, y él se habrá quedado cavilando sobre la posible veracidad de mi cita.

Antes de transcribir el texto del señor Blanco, es necesaria una advertencia: la Dirección de Nosotros hizo una aclaración confesando que yo había numerado bien el versículo 21, y que apareció como 31 por equivocada enmienda hecha en pruebas por uno de los directores de la revista. Pero véase y estúdiase, en el párrafo que sigue, del señor Blanco, la misma túpida vegetación de engaño que ofrecían los ejemplos anteriores:

El P. Clavell no pudo haber oído nunca ni leído en S. Marcos que la Virgen pretendiera detener a Jesús porque lo juzgara fuera de sí, porque eso no lo dice el evangelista, y por eso las búsquedas de Leumann ante el P. Clavell fueron infructuosas. ¿Cómo habían de encontrar en el verso 31 lo que allí no se hallaba? Pero Leumann no lo encontró en el despacho del P. Clavell ni el suyo, pues en la carta abierta sigue atribuyendo al verso 31 lo que se encuentra en el 21 pretendiendo hacer un híbrido maridaje de esos versos que en el texto evangélico están separados. Con un poco de sinceridad, se hubiera admirado menos de la ignorancia del P. Clavell y algo más de la suya.

Y bien: nada sería que el señor Blanco me atribuyera mala fé, por el error de número, nada sería su farsa, sino una más. Pero apenas se reflexiona en la composición del párrafo, las agachadas brotan trabadas. Reléanse más arriba los términos en que yo refiero mi cita al padre Clavell. Desde luego resulta perfectamente absurdo suponer que yo ni nadie, después de buscar infructuosamente, *en el versículo 31*, las palabras invocadas del evangelista, se las hubiera seguido atribuyendo, en carta pública, como contenidas en ese mismo versículo 31. Sobre la suposición de este desvarío, con el que nada podía yo ganar, y todo perder, establece su acusación el señor Blanco. Pero después de utilizar la errónea aplicación del número 31, como fracaso mío y perfecta vindicación del padre Clavell, recurre a lo mismo para también atribuirme la intención de hacer "un híbrido maridaje" entre los versículos 21 y 31. No sólo hubiera sido esta tentativa un desvarío igual al anterior, sino que mis propias palabras excluían, para el lector, la posibilidad de tal maridaje; puesto que yo digo textualmente en lo transcripto, refiriéndome a las palabras del versículo 21 mal numerado: "Pasaje cuya explicación única se apoya con la insistencia en la persecución, relatada más adelante en el mismo capítulo, etc.". A cualquier adversario con un hilo de honradez adentro le hubieran bastado estas claras palabras mías para no urdir la trama de mi supuesta e inconducente per-

versidad. El señor Blanco las echa a un lado, las escamotea, contando con que las olvidó el lector.

Una farsa más en el mismo pasaje: simula el señor Blanco asombrarse ante la novedad de las cosas que veo en el capítulo tercero de San Marcos, dando al lector la impresión de que es un desvarío de novelista. Pero es el caso que no hay moderno e independiente autor de exégesis evangélica que no acepte o discuta que la madre y los hermanos de Jesús son los que vienen para prenderlo, y que no acepte o discuta la relación entre ese pasaje y el final del capítulo tercero (1). En lo de ocultar una verdad concreta sólo hubiera hecho algo asimilable al delito del padre Corominas. Pero lo que aquí confirma lo inusitado del caso en los usos de la chicana eclesiástica, y el síntoma de un nuevo proceso de descomposición, de muerte en la existencia actual de la Iglesia Romana, es el escamoteo hecho en las narices del lector, petulantemente, del lector que, si no está informado, puede informarse, del lector que habrá olvidado el texto de mis cartas pero que tal vez las tenga a mano y confronte, aunque en el último párrafo examinado ni siquiera necesita haber leído dichas cartas para sorprender una parte del mal juego.

La falsedad no está solamente en la serie concreta. Está en el tono de la pieza, en los matices y en cada línea. Toda ella parece un residuo, un estado de coma. Después de analizarla se queda uno con las manos que se pegan, y con un mayor deseo de limpieza.

Es inútil que yo haya advertido, expresamente, que mis razones sobre el fondo ideológico de mi cuento *La madre de Jesús* las daría en un próximo libro. Inútil, asimismo, que sobre la conferencia del padre Corominas, (reproducción de argumentos desautorizados por la investigación, hace tiempo), me haya limitado, en pocas líneas, a señalar un engaño burdo, y que mi diálogo con el padre Clavell no lo haya publicado como un alegato exegético. El señor Blanco, sin embargo, sugiere con sinuosa insistencia que él ataca una verdadera exposición de razones, de

(1) La interpretación mía, de dichos pasajes, no difiere para nada de la que hacen los grandes doctores eclesiásticos, en los primeros siglos, al comentarlos censurando la conducta de María. Así lo demostrará mi libro *La Iglesia y el Hombre*, que aparecerá en noviembre próximo.

todas las razones que yo pudiera abrigar contra los dogmas católicos relativos a la Virgen. Hace creer que invento fantásticamente. Y tomando esta pretendida invención le aplica un razonamiento no suyo, sino escrito y repetido muchas veces contra la evidencia de los textos bíblicos. Tales simulaciones ante lo que él señala como descubrimientos de novelista, denuncian el mismo gesto de agachada, el mismo ademán subrepticio de quien está escondiendo algo. Téngase en cuenta, para ver que no cargo la mano, que en la primera de mis cartas, refiriéndome al diálogo con el padre Clavell, aludí a los famosos doctores de la Iglesia cuya opinión no se acuerda con los dogmas en cuestión, y a las investigaciones de estos últimos tiempos. Y que luego cité al gran Alfred Loisy, "quien — dije — arrostrando en la Iglesia, como sacerdote católico, la ira de los Papas, ha desmenuzado, por honradez de historiador, las fábulas referentes a esa virginidad perpetua". El señor Blanco se hizo aquí el sordo para poder practicar su farsa y sus aspavientos sobre mis imaginaciones de novelista. De acuerdo con estas imaginaciones, he aquí lo que, por cuanto directamente se relacione con los repetidos razonamientos eclesiásticos del señor Blanco sobre los hermanos de Jesús, escribe Loisy en *Les Evangiles synoptiques*", tomo I.

"Los hermanos (de Jesús), dice, eran cuatro, y se llamaban Jacobo, José, Simón y Judas. Se desconoce los nombres de las hermanas y su número; pero necesariamente debieron ser por lo menos dos. Los nombres de los hermanos, siendo muy comunes, dieron lugar a identificaciones contestables y hasta falseadas. Ninguno de los hermanos que vinieron a buscar al Salvador para conducirlo por la fuerza a Nazareth, puede ser incluido entre los doce apóstoles, y no parece menester multiplicar estos hermanos, en manera de formar dos grupos, el uno creyente y el otro incrédulo. Toda la familia de Jesús permaneció fuera del movimiento evangélico, y Jesús mismo lo hace comprender así", (pág. 725).

Y más adelante, en el mismo capítulo, y después de considerar la hipótesis de Orígenes, según la cual los hermanos de Jesús serían medio hermanos, hijos de José en matrimonio anterior:

“Otra hipótesis, que entró en la tradición latina, fué imaginada por San Jerónimo. Fundándose en la relación de los nombres para identificar a los hermanos del señor con los apóstoles, y alegando el sentido amplio de la palabra “hermano” en hebreo, el doctor de Bethlehem pretendió que los hermanos del Señor no eran más que sus “primos”, hijos de María de Clopas, quien, según el cuarto Evangelio, habría sido hermana de María, madre de Jesús.

“Nadie antes de San Jerónimo habría supuesto que los textos de los Evangelios pudiesen acomodarse a una interpretación tan elástica. Fácilmente se concibe que durante tres siglos se haya leído los Sinópticos sin imaginar que los evangelistas, al escribir: “Su madre y sus hermanos vinieron”, habían querido decir: “Su madre y sus *primos* vinieron”, como si fuese lo más natural que María estuviese acompañada por sus sobrinos; y no debe sorprender que el gran Orígenes, examinando la palabra: “Aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”, no haya sospechado que Jesús hubiese podido, en esta ocasión, y querido decir: “ese es mi primo, y mi prima, y mi madre”. “Hermano y hermana no pueden designar aquí un grado cualquiera de parentesco, o bien sería preciso decir lo mismo con respecto a “madre”, que, si sólomente se tratase de posibilidad abstracta, podría significar “abuela”. No por ser más cómoda que la precedente desde el punto de vista apologético, resulta menos insostenible la conjetura de San Jerónimo”, (pág. 727).

Y en una llamada, considerando la argumentación de San Jerónimo, dice: “San Jerónimo no advierte que todos sus asertos son gratuitos, y que, si Orígenes sólo podía citar el testimonio de los apócrifos, él ni siquiera tiene este recurso. Identifica arbitrariamente a Jacobo hermano del Señor con el apóstol Jacobo de Alfeo; supone gratuitamente que María de Jacobo (Marc. XVI, 1) es la madre de este Jacobo y de los otros hermanos del Señor; identifica no menos gratuitamente a esta María a la hermana de la madre del Cristo, María de Clopas”.

El capítulo entero se refiere a la familia de Jesús, demuestra que el versículo 21 del capítulo III de San Marcos explica las palabras amargas de Jesús al final del mismo, aunque haya

un pasaje "enclavado", como él dice, entre ese versículo y el 31 y siguientes, y añade "que es evidente que María, en la diligencia que le atribuye el evangelista, ignora el origen y la misión sobrenatural de su hijo".

Por cierto los pasajes transcritos de Loisy se apoyan en un contexto de doctrina y también en investigaciones de famosos exégetas alemanes laicos. Pero mi transcripción sólo quiere dar un elemento de juicio para que se aprecie hasta qué punto llega la falsedad del señor Blanco en lo que se refiere a mi ficción, a mi original "patraña literaria".

Examen análogo podría hacer de su simulado enojo por mi exégesis "a base de ironías". Pero ya estoy harto del cadáver.

La figura del abate Loisy me ha distraído hacia un bello horizonte cristiano. Creo que es el mejor de todos los hombres que han escrito, en estos últimos tiempos, sobre Jesús. Es un anciano humilde, sin duda un santo. Con su sabiduría y su potencia de escritor hubiera dominado la fama del mundo. El modernismo católico se agitó en torno suyo, en los comienzos del siglo, buscando un caudillo. Ni siquiera miró él hacia esa tentación. Su vida estaba en el estudio profundo, honrado hasta la pureza absoluta, hasta la verdad que pedía el Cristo, del maravilloso Evangelio. Había aplicado a este estudio los métodos seguros de la Filología. Fuera de su meditación y de su soledad enseñaba en una cátedra religiosa y confesaba a las monjas de un convento, en Neuilly. Publicaba libros en la prosa límpida y fuerte de los grandes escritores franceses. Desde 1893 empezaron a caer sobre él las condenaciones eclesiásticas. Las aceptaba, no se resistía al mal, pero seguía amando la verdad y escribiendo por ella. Fué arrojado de su cátedra en el Instituto Católico de París. Sus superiores le obligaron a suprimir una revista que él editaba. El arzobispo de París, cardenal Richard, fué desde entonces su sombra negra. Hizo que el Vaticano condenara, en 1899, su libro *La Religión de Israel*. Pero León XIII nunca pasó de poner en el Index sus libros, o dejarlo hacer por los exégetas de Roma. El cardenal Richard fulminó contra él

una nueva condenación, pero tanto era el respeto que el abate Loisy, por lo inmaculado de su inteligencia y de su alma, inspiraba al alto clero, que dicha condenación sólo fué firmada por diez de los ochenta obispos franceses. Loisy quería quedarse en la Iglesia y en ella seguir cultivando el árbol nuevo, libertar al Cristo del sedimento que le habían dejado los siglos malos. Una nueva condenación, esta vez de Pío X, fué también aceptada por él, pero no pudo apartar su conciencia de la Escritura. Su actitud parecía decir, con las palabras mismas de Jesús: "Seguid mis lecciones, porque soy dulce y humilde de corazón".

Siguió escribiendo, hasta que en 1908 le sobrevino la excomunión del Santo Oficio. Fué a raíz de aparecer *Les Evangiles Synoptiques*. Cuando se ha leído este libro desinteresado de cualquier motivo terreno, y en cuya inmensa extensión no hay una página que no sea hermosa, límpida, ingenuamente sabia, y una sola oración de examen crítico que no denuncie al explorador sereno de la realidad evangélica, y cuando al mismo tiempo se considera que los fundamentos de su lección profunda, excavada en la roca, no han sido conmovidos por la furia de Roma, entonces una consolación íntima prevalece sobre cualquier sentimiento de indignación justiciera: es la idea de que, como el error lleva consigo su principio de muerte, un día la memoria de este humilde, que en la soledad de un retiro manso sigue cultivando la nueva planta del Cristo, estará infinitamente más alta que Pío X. Es el precursor de una religión poderosamente viva.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

LA NUEVA ESTETICA DE LA LUJURIA

Del Divino Marqués a D'Annunzio

¿PUEDE la sensualidad pura inspirar las creaciones del arte? Negarlo sería desconocer una serie infinita de obras descriptivas y plásticas que a despecho de todas las éticas convencionales han logrado imponerse a la admiración de los siglos. Y al decir sensualidad o lujuria hacemos abstracción de lo simplemente pornográfico que es lo obsceno trivial o rebuscado, sin ningún soplo de esa belleza que hace disculpar los más graves errores.

Si recordamos lo que el erotismo inspiró al arte a través del tiempo notaremos diferencias básicas, capitales, apoyadas en un concepto muy a menudo antagónico de las cosas. Consideremos una de las mediocres copias pictóricas que Pompeya nos ha dejado y comparémosla con algo moderno, nuestro, un grabado de Rops, por ejemplo y midamos la distancia. Del mismo modo pongamos frente a frente la *Lysistrata* o el *Satiricón* y una de esas novelas en las que el alma contemporánea ha destilado sus sutiles venenos. Hallaremos en las creaciones clásicas una sensualidad sana, no en el sentido fisiológico, pues más de una aberración las ensombrece, sino como hecho íntimo; hay en ellas un *superavit* de vida, actividad de un pueblo joven que evoca gallardamente el placer de los sentidos. Nada de malsano, alambicado y artificioso en esas obras; sólo el goce inmediato, algo que recuerda las tendencias, ingenuas y groseras al mismo tiempo, de la adolescencia.

La sensualidad antigua no conoce conflictos; Platón mismo empezó por idealizar al cuerpo, considerándolo como el primer paso para la ascensión espiritual, lo que siglos más tarde Plotino

hacía resaltar diciendo que “aquellos hombres que se han elevado de la belleza terrestre a la reminiscencia de la Belleza primera no quieren amar la belleza mortal más que como una imagen de la otra”. (1) Y sin recurrir a estos vuelos místicos, circunscribiéndonos a las cosas comunes de la vida antigua notaremos que la honestidad, el recato, la decencia no nacen entonces del horror al pecado, el desdén de la carne, sino de un principio de ética social, el equilibrio de la familia considerada como base de la agrupación colectiva, molestanda y herida por los arrebatos individuales. La ética pagana es sobre todo social, toma al ser como parte del todo, elemento de la ciudad que a la ciudad se debe, como lo muestra el notable caso del suicidio mismo reglamentado por el Areópago. No encontramos allí ese íntimo aislamiento que pone al hombre frente a su Dios, ética singular que amalgama la humanidad con el más desenfrenado orgullo, aconseja al creyente que sólo en sí mismo puede hallar su perdición o su gloria, olvidando el medio en que vive, definiéndolo como la única realidad concreta frente a la humanidad abstracta.

Para sentir la lujuria en sí misma era menester que el cristianismo individualizara la noción de pecado, hiciera del hombre un mundo, un microcosmos concreto, poniendo en pugna sus instintos, sus pasiones, sus ideas. El complejo sexual, tan rico, tan importante fué desdeñado, aborrecido, convertido en el Mal mismo, bajo la directa inspiración de Satán. Y el arte reveló un conflicto íntimo, trágico en las numerosas tentaciones donde se materializaba hasta el realismo más crudo el concepto cristiano. La sensualidad fué desde entonces el torbellino del Infierno dantesco. *la bufera infernal che mai non resta* o la lluvia de fuego que cae sin cesar sobre los adictos al amor socrático; la pena trascendental simbolizaba en el divino Poema el carácter mismo de la culpa.

La literatura moderna recogió este principio. Aun entre los rebeldes, los indiferentes, los escépticos, la noción medioeval dejó su huella profunda. El alma enferma del Marqués de Sade, a pesar de su rabioso ateísmo, glorificó el Mal cristiano. Exaltó la lujuria mórbida en un paroxismo de alienado. Si bien como documento artístico su obra, exageración monstruosa y sensual del

(1) PLOTINO: *Enneades*. Trad. fr. V-3.

“roman noir” de Walpole, Anna Radcliffe y Lewis (1) es mediocre, vale la pena considerarla a fondo para ver reflejada en ella, sobre una base moral cristiana, la nueva estética de la lujuria. Aquella imaginación truculenta, que se satisface en lo horrible y busca el amor humano en la perversión, la violencia y la muerte, es la de un psicópata dominado por sus malas tendencias; pero puede ser también la de un asceta del desierto, con la única diferencia de que éste aborrecería lo que aquel ensalza. Y como ya lo hizo notar Zola (2), hay en esto un cristianismo al revés; se vilipendia y niega a Dios, se ensalza al Diablo como en los sábados medievales, manteniendo las grandes líneas del concepto fundamental. Al vínculo puro, al ideal dantesco y petrarquesco que representa la faz optimista del amor cristiano, se opone la atracción maldita por la Mujer maestra de males, experta en todas las artes de Satán. A la castidad glorificada, hecha símbolo en la Virgen celeste, sucede el desenfreno genésico, la adoración del Vicio, materializado casi, en pugna con la aborrecida virtud. Estos principios son los que el Divino Marqués acepta y echa con ellos las bases de sus monstruosas creaciones. Los crímenes y la sensualidad patológica de Julieta concurren a caracterizar la figura de la Mujer diabólica por la que el mal vino al mundo. La sensualidad completamente libre que aplaude recuerda — abstracción hecha de su imaginación mórbida — las audacias de algunos reformadores modernos, satánicos inconscientes dentro de su anticristianismo de revolucionarios. (3) ¿El tipo de Eugenia, pintado por Alejandra Kollontay no es el fiel trasunto de las ideas mismas del Marqués de Sade?

Puede decirse del autor de Justina lo que se dijo de su contemporáneo, el creador del extraño, sutil y desorbitado *Monsieur Nicolas*: Tiene genio; pero no tiene gusto. Hay realmente un chispazo genial en Sade; pero confuso y perdido en un caos de locura que le valió su “inmortalidad erostrática”, como la llamó

(1) Véase sobre estos autores, *Le roman Terrifiant*, de A. M. KILLEN.

(2) E. ZOLA: *Etudes antiques*.

(3) Recordemos sobre esto las palabras de Prudhon: “Dios es el mal. Ven, pues, a mí, Lucifer, Satán, quienquiera que seas, el demonio que la fe de mis padres oponía a Dios y a la Iglesia!” Cit. L. STODDARD; *La rebeldía contra la civilización*. Tr. esp. V.

Eulenburg (1). Y en su gesto satánico hallamos una de las primeras manifestaciones del individualismo romántico llevado a sus últimas consecuencias, el reto a la sociedad, el reto a la naturaleza misma. La lujuria, considerada como algo afrentoso y temible, según el concepto cristiano, es tomada en sus caracteres más cínicos y atroces, incorporada a un cósmico sistema del Mal y levantada con un gesto de rebelión por un enfermo genialoide.

A través del satanismo romántico la nueva estética sensual penetra en todo el siglo XIX y llega hasta nosotros. Cristianos sin creencia, rebeldes como Mirbeau o hedonistas como D'Annunzio observan frente al amor y las manifestaciones eróticas la actitud de un sacerdote de la Misa negra que se inclina ante Lucifer por odio a Cristo. Desaparecen los motivos dogmáticos; pero el espíritu persiste. Y este espíritu, tan contrario a la sensualidad natural y pagana, acabada y nítida como una estatua de Praxíteles o un Idilio de Teócrito, se sumerge en los violentos contrastes de luz y de sombra de un cuadro del Caravaggio. Algunos, como Barbey d'Aurevilly y Baudelaire, mantienen el concepto inicial del pecado para hacer resaltar el satanismo, juego literario en apariencia; pero que arranca de las intimidades de su psiquis:

Il n'est pas une fibre en tout mon corps tremblant
qui ne crie: O mon cher Belzébut, je t'adore!

exclama el autor de *Las flores del Mal*.

Otros entonan la canción de un falso paganismo; pero en la lujuria aceptada y glorificada siguen viendo el mal, la lucha de sexos, la celada tendida por la omnipotencia sensual de la Mujer. Y bajo semblanzas modernas y libres la Mujer se identifica con Eva que perdió a Adán, la Hembra eterna que hizo vacilar la entereza de los santos del Desierto. Para Mirbeau es un ser excesivo, casi simbólico, matriz de la vida y de la muerte, fuerza de creación y de destrucción. El alma rebelde y exasperada del evocador de *El jardín de los suplicios* ha otorgado un cariz romántico a la vieja idea cristiana. Y el amor, complejo psicofisiológico común, se trueca en motivo de contraste, se resuelve en la dominación diabólica de la Hembra.

(1) Cit. Dr. EUGENIO RUELLEN: *El marqués de Sade*. Trad. esp.

Inspirándose en Baudelaire y Barbey d'Aureville, el extraño Felicien Rops nos ha dejado en sus aguafuertes la visión de la nueva estética de la lujuria. (1) Los grabados con que ilustró *Las Diabólicas* y la evocación plástica y terrible del genio del Mal en *Las Satánicas* hacen de él un maestro del moderno erotismo, saturado de mórbidas reminiscencias medioevales. Y este concepto llega a revelarse también con original evidencia en una litografía de Otto Greiner: *El Diablo* que muestra la mujer al pueblo, reproducida por Bredt en su *Bruch der Versechungen*.

Esta mezcla de deseo y de miedo a la mujer, esta misoginia cruel y dolorosa alcanza en D'Annunzio su consagración artística más perfecta. Perfecta en cuanto a la forma, pues de su fondo bien podrían hablar Rachilde y Lorrain, estos sutiles evocadores de la Venus negra. El cántico pagano de *Laus vitae* recuerda bajo las semblanzas de la meretriz de Pirgo a Helena de los blancos brazos que no es la de Homero ni la de Goethe, sino Eva misma, Ennoia y Prunikos, como en el poema cristiano de Flaubert. Y para mostrar cuán falso es el helenismo d'Annunziano baste comparar la *Fedra* de Eurípides, pobre mujer víctima de las rivalidades divinas de Afrodita, con la nueva *Fedra* violenta y bárbara en cuyas venas corre la sangre de la lujuriosa Pasifae y del padre bestial, verdadera Fredegunda griega que casi adquiere el carácter de un símbolo. Ella recuerda a todas las criaturas de D'Annunzio, desde Basiliola hasta Augizia, criada convertida en dueña por su erotismo dominador, que no vacila ante el delito. La fatalidad del deseo hace a los hombres esclavos de esta mujer; su carne atrae, excita, enferma, como la de la impúdica esposa de Episcopo o la de Basiliola encendiendo y burlando el deseo de las turbas:

Tutta, dalla mia nuca al mio tallone
mi divorano i vostri occhi selvaggi.

Y nada ha escrito D'Annunzio que pueda compararse a ese episodio magnífico en que la hija de Faledro humilla con arte incomparable el orgullo de Marco Gratico. ¿Recordáis aquellas palabras, tan simples; pero tan graves :

(1) Sobre Rops ver ANDRÉ FONTAINAS: *Rops*.

.....Sú, cùrvati.
Non avere onta.....

Los hombres caen así, luchando contra la tiranía sensual que los aplasta y quiebra su entereza y su vanidad, desde Jorge Aurispa, que se salva por el suicidio, hasta el mismo Grático que busca su redención en la Nave simbólica. Mal la mujer, mal el amor, una atmósfera grave y turbia pesa sobre los héroes de D'Annunzio.

Cuando este gran artífice que, a semejanza de Puschkin, todo lo asimiló, haciendo suyas las ajenas tendencias, pintó en Mila de Codra a una Magdalena salvada por el amor puro, una Katiuschka romántica, olvidó su personalidad propia, sensual y concreta para hacerse místico y platónico. Pero pronto recobra su imperio la nueva estética de la lujuria y desde *La fiaccola sotto il moggio* hasta *Forse che sí, forse che no* domina en un *crescendo* continuo, alcanzando en esta última obra el *acmé* de perversión refinada. Hasta en el *Martirio di San Sebastiano*, este pretendido misterio, el *leit motiv* sensual irrumpe alrededor del Santo que más bien parece un efebo afeminado. Amor griego, sadismo, crotismo místico, todo esto se aúna en un complejo extraño, mezcla de desviaciones paganas y de conceptos cristianos levantándose sobre la base de un amor hecho de sacrificios, de violencia y de sangre.

En las creaciones del admirable poeta no falta tampoco el sadismo propiamente dicho que se satisface con las mutilaciones y la humillación del ser amado. Toda la *Gioconda* gira en torno de las manos tronchadas de la mujer, dando un interés dramático y palpitante a la horrible visión del *Poema paradisiaco*:

Nel sogno immobilmente eretta vive
l'atroce donna da le mani mozze.
E innanzi a lei rosseggianno due pozze
di sangue e le mani entro ancora vive
sonvi, neppure d'una stilla sozze.

Genuinos arrebatos sádicos se vislumbran también en *Il fuoco*, la más personal y autopsicológica de sus novelas (I). Y esto no es todo. Sadismo puede denominarse en él lo que sólo tiene apariencias de incesto. Humilla la santidad del nombre de hermana

(I) C. Rossi: *Psicologia collettiva morbosa*. II.

para gozar el perverso deleite de esta afrenta y exaltar de tal modo su sensualidad enfermiza.

Hay en el alma de D'Annunzio un fondo primitivo y bárbaro, oculto bajo la magnificencia única de su estilo; lo brutal y violento lo ha atraído siempre desde *Terra vergine* y *Le novelle della Pescara*, donde el mal es crudo como el sol de los Abruzos (1). La influencia francesa ha servido para refinarlo y otorgar a su sentido del mal una sutileza cristiana, demoníaca y mórbida, sin las rebeliones espirituales que son como llamas en las tinieblas del Infierno de Baudelaire. No hay en el italiano verdaderas protestas de los complejos más altos, pues no merecen este nombre el disgusto puramente físico o el sentimiento de indignación por el orgullo lastimado.

¡Qué distancia media entre el divino Marqués, sus extravagancias, su cúmulo de horrores, sus discursos sofisticos calcados sobre la filosofía del siglo XVIII y el profundo sentido de la armonía, el ritmo interior del admirable artífice de *La Nave*! Sin embargo, hay entre ambos un genuino parentesco espiritual; uno inició, el otro llevó a su más perfecta expresión la nueva estética de la lujuria. También D'Annunzio creó, con mayor ponderación artística que el marqués de Sade y mucho más de acuerdo con la realidad, tipos de mujeres nobles y amores elevados, hasta místicos; pero "con crueldad perspicaz indagó siempre, aún en la mujer más amada e idealizada, en Helena Muti como en María Ferres, los indicios secretos de corrupción" (2). Y Sighele resume sus impresiones diciendo que el Imaginífico "nunca describe ni canta la pureza de un idilio o la santidad de una unión fecunda; es el artífice maravilloso que pinta con todos los colores de una riquísima paleta el paulatino nacimiento o el llamear impetuoso de una pasión inmoral y anormal; goza al enturbiar la clara fuente del instinto sexual con la sangre de un delito o de un suicidio, o con el veneno de un pensamiento impuro" (3). Y esto se debe al inconsciente satanismo que a su espíritu voluptuoso muestra el amor como un pecado y la mujer como maestra del Mal.

(1) Su estética de la lujuria se vislumbra también en su amor a la guerra como hecho físico, doloroso y brutal.

(2) G. ZALDUMBIDE: *La evolución de Gabriel D'Annunzio*. 9.

(3) S. SIGHELE: *Letteratura tragica*. I.

Todos sus Superhombres, imágenes de sí mismo, verdaderos Dolmancés moderados, gozan en los perversos refinamientos de sus impresiones sexuales y sólo los redime una extraordinaria admiración por la belleza que es lo único realmente pagano y lo más puro y noble que hay en sus almas.

HERNANI MANDOLINI.

TURGENEFF Y LA EDUCACION

A Edmundo Guibourg.

CUANDO se trata de literatura rusa y se aquilatan los esfuerzos persistentes que entrañan sus afanes de función social, es Turgeneff uno de los autores a quienes menos se considera. No se olvida, por cierto, sus primeras novelas, que tanta resonancia y eficacia tuvieron, como columnas considerables de un período de incontenibles exigencias de perfeccionamiento, ni se deja de rendir el merecido tributo que se debe a *Padres e hijos*, como obra valiente, definidora de ansiedades. Se mencionan también esas otras que reflejan en sus páginas caracteres notables de seres sin voluntad, o, por el contrario, domeñados por excesivos impulsos de acción y que representan acabadamente, en sus vidas contradictorias, el alma de la Rusia aletargada por el zarismo, pero sacudida en parte por los espasmos de la rebelión.

No obstante esa formidable labor Turgeneff no merece, o mejor dicho, no ha obtenido, una clasificación más consistente de sus valores. Basta referirse a él para que el elogio converja hacia su prosa y para que el afán de la salmodia acicalada lo convierta poco menos que sólo en un estilista, cuyo mayor mérito radica en su riqueza de expresión. Tal vez por el afán de encontrar valores divergentes en la literatura rusa se lo ha hecho la antítesis de los valientes pensadores, encarnizados en una lucha de enjundia, posponiéndolo, inadvertidamente desde luego, a quienes no tuvieron acaso tan honda preocupación por el sentido de la vida y de las cosas, y menos tan vasta influencia por el mismo triunfo de la belleza de sus páginas. Aquí mismo, entre nosotros, Castiñeiras, que con tanta inteligencia y amor nos ha mostrado el panorama de la literatura rusa, nos dice: "Turgeneff también supo acusar". (*El alma de Rusia*).

También supo acusar. Si Castiñeiras se hubiera referido a Gorki o a cualquier otro escritor ruso, habría escrito sencillamente: "Gorki supo acusar". ¿Por qué entonces intercaló ese *también*, por qué ese distingo injusto?

Turgeneff, como casi todos los escritores de Rusia, no se mostró ajeno al movimiento que ensombrecía el cielo de su patria y su pluma supo recoger el latido de aquel pueblo, que condensaba en su sufrimiento y en sus sacrificios, la aurora de la cercana redención. Pero también, entre las muchas sugerencias de su obra hay una valiente prédica de otro orden, encubierta en novelas de suave sugestión amorosa. El problema educacional lo preocupaba, y en tal forma, que en varias de sus novelas sintetizó su pensamiento, en una u otra forma, ya tratado al pasar, con dulzura, o con rasgos enérgicos y certeros como en *El nido de hidalgos*.

Puede notarse fácilmente en Turgeneff una particularidad que es de suponerse no se debe exclusivamente a la casualidad. Sus novelas se desenvuelven en altos círculos, generalmente aristocráticos, y, no obstante, sus personajes que más se avienen a nuestro corazón no pertenecen a esos centros. O bien luchan contra ellos o giran a su alrededor, llevados por diversas circunstancias, pero sin dejarse asimilar. Y no sólo existe ese contraste entre las diversas jerarquías que señala la sociedad, sino que entre los mismos personajes que nos son más gratos, los que encarnan la nobleza, la honradez y el amor, en sus sentimientos más serenos y profundos, se advierte fácilmente una similitud de educación. Los que pertenecen a los altos círculos, los mismos que frecuentó Turgeneff en su vida cortesana, se destacan por su educación brillante, en su exterior, pero falta de raíces íntimas. Por el contrario los demás revelan un sentimiento o una capacidad de sentir que los eleva sobre su natural condición. Así en Nejdánoff (*Tierras Virgenes*) su pasión revolucionaria, así en Bazaroff (*Padres e hijos*) su utopismo nihilista, así en Rudin (*Demetrio Rudin*) sus sueños y esperanzas, y así también en los protagonistas de *Humo*, *El nido de hidalgos*, *Fausto*, etc., todos aferrados a un sentimiento noble.

Por lo general, la especialización o la profundidad de una pasión, creencia o pensamiento, — que nos hace recordar a "la

idea transformada en sentimiento", de que nos habla Dostoievsky en *Un adolescente* — dan a los héroes de Turgeneff una idiosincrasia tan precisa y una responsabilidad tan austera, que sus actos pueden parangonarse sin menoscabo, por su pureza y elevación, con los de quienes han estilizado su espíritu con una cultura y disciplina general, pero sin reservar una gran dosis de amor a un objeto determinado.

El nido de hidalgos es, como dijimos anteriormente, el más concienzudo esfuerzo en ese sentido. El autor, que en casi todas sus novelas se detiene en la infancia y educación de sus héroes, en ésta lo hace extensa y deliberadamente de importancia primigenia. Obsérvese como la educación de Lisa está explicada, no al principio sino en el capítulo XXXIV, cuando la novela está en pleno nudo; Lisa ha aparecido en páginas anteriores y la explicación exige un verdadero paréntesis que retarda la acción del proceso novelesco.

Lisa pertenece a una casta de hidalgos rusos, cuyos antepasados han vivido siempre en el interior del país. Creada en un ambiente poco propicio al desarrollo de las afecciones fáciles, su educación ha sido descuidada. Tiene, no obstante, amor al piano, y, a pesar de carecer de verdadero talento, su estudio y dedicación la han hecho, sino una artista, una virtuosa del instrumento. Toda su inteligencia y su pasión las dedica al piano, como más tarde a su amor. Como antítesis de ella, Bárbara, la hija de un general retirado, es un producto genuino de la cortesanía urbana. Su educación es brillante: toca el piano, dibuja, canta, domina varios idiomas, y, en fin, tiene esos atributos imprescindibles para desenvolverse con desenfado en la alta sociedad, en la que está destinada a actuar. Pero también, así como la volubilidad de su educación, sin una afección sincera y terminante, su temperamento, aleccionado para todas las frivolidades, carece de reflexión y de capacidad de arraigo. Con su hermosura física y esa belleza externa y deslumbrante, consigue un marido ideal para mujeres de su condición: un oso, hijodalgo provinciano, sin dobleces, confiado, estudioso y rico, sobre todo esto, rico. Ella lo arrastra a su mundo y aun cuando él no se deja asimilar por el deslumbrón de la bambalina social, la sigue en sus correrías, mientras Bárbara, librada por la entereza y la bondad de su marido a

la responsabilidad de sus propios actos, encuentra en un petimetre cualquiera, inútil y fatuo, un cómplice elegante para la traición. Descubierto el engaño, Lavretzky, el esposo de Bárbara, impone la separación y mientras ella sigue por los países de Occidente sus correrías de mujer atrayente, hermosa y libre, él regresa a su patria y en ésta se refugia en su terruño. Entonces el drama se agrava para Lavretzky. La similitud de dos almas de temperamentos intensos y nobles y de gran capacidad para el amor no puede menos que encender, primero una simpatía inmediata entre Lavretzky y Lisa, y después una pasión correspondida en ambos. Pasaremos por alto diversas incidencias, que no se avienen con el objeto de nuestro artículo, y recordaremos que el regreso de Bárbara a Rusia, cuando Lavretzky la creía muerta y por lo mismo se sentía libre, trae a los enamorados la noción exacta de sus situaciones y la imposibilidad de un amor sano y puro, sin restricciones y culpas.

Actúa también, sin parte directa en el drama, pero con especial importancia para la aclaración de la idea del autor, otro personaje. Es Panchine, un funcionario público, accidentalmente en la misma localidad, que reúne similares condiciones que Bárbara. Es Panchine, cortejante de Lisa, ambicioso y muy pagado de sí mismo. Su educación vasta y amplia, en todo lo que abarca de extensión, le permite sentarse al piano, cantar, hablar de política, montar a caballo, organizar fiestas y dibujar con facilidad, aun cuando siempre traza el mismo paisaje. Fuera de su amor propio dolido, Panchine no se desespera cuando Lisa le da una rotunda negativa. El y Bárbara se han comprendido. En el lejano interior de la Rusia, fuera de todo círculo mundano, la mujer llegada de occidente y que tiene un pasado, como lo exalta Oscar Wilde, y el funcionario que tiene un porvenir se adivinan desde el primer momento y el flirt asoma entre ellos con toda despreocupación y elegancia, con alardes de frivolidad y vanidad.

La tragedia, en tanto, se ha cernido despiadadamente sobre Lisa y Lavretzky, los seres sinceros, nobles, capaces del amor y el sacrificio; los seres que no han diluido sus ansias y sus sentimientos en una educación amplia, plácida y sin fondo, como esas lagunas de aguas verdosas, que se encuentran en las llanuras que no quiebran lomas ni hondonadas.

Hay aún otro personaje que parece trazado también deliberadamente, para aseverar más el objetivo que nosotros creemos ver en *El nido de hidalgos*. Es Lemm, el profesor de piano de Lisa. Amargado, con el terrible fardo del fracaso sobre su corazón, Lemm, un músico alemán, ha llegado a Rusia, donde debe dar lecciones para ganarse la vida. De su educación poco sabemos, pero su alma sí se nos abre generosamente como una flor fructificada por aquélla. Y es que toda su vida la música ha sido su principal compañera. Y su nobleza, su generosidad, su capacidad de amor — está *secretamente*, así lo cree él, enamorado de Lisa — y la austeridad de su vida, nos la explicamos fácilmente cuando recordamos que es músico, nada más que músico, es decir, que tiene una afección especial en su corazón: el anhelo definido de la perfección en su arte.

*

* *

Vemos, pues, en la novela de Turgeneff, que hombres y mujeres se buscan según su educación y costumbres. Parecería ello superfluo señalarlo y aun adjudicarle un sentido profundo, sino tuviera otro más recóndito pero no menos vigoroso. Es que hay más. La afinidad espiritual no se diferencia solamente en la atracción recíproca, sino también en la substancia de ésta. Mientras Bárbara y Panchine son capaces de la traición y de la farsa, Lavretzky y Lisa, atados a la inflexibilidad de sus deberes, se mantienen irreductibles sobre la pasión y aun sobre el despecho y el deseo de venganza, que no asoma en ellos.

Pero todavía hay más. La atracción encierra un alcance distinto en ellos. En uno es puramente el oropel común, la educación similar, la reciprocidad de sentimientos vanales, el deseo de complacerse, de encontrarse y aislarse como seres escogidos, y, en fin, el egoísmo, la vanidad. En los otros, en cambio, existe la ternura, la nobleza, el desprendimiento, el amor intenso y puro.

Plantéase en esa forma un arduo problema, de carácter meramente educacional primero y de un sentido más profundo después. En efecto, ¿cómo debemos educarnos? La multiplicidad de conocimientos aguza la sensibilidad, eleva la confianza en nos-

otros mismos y despierta la inteligencia, pero adormece la espontaneidad y, sobre todo, la noción de lo único, de lo recto, del deber. La limitación de la cultura empequeñece el horizonte, singulariza nuestra capacidad receptiva y expone nuestra inocencia a todas las eventualidades de la vida, pero suprime en cambio lo ficticio, anula la tentación y mantiene vivo lo que hay en nosotros de entereza, de rectitud y de ardor amoroso, que es el sentimiento más noble de la vida. Pero he aquí lo grave: los primeros son felices, los otros no.

No puede achacarse a la educación todas las culpas o satisfacciones que la vida nos depara, pero es indudable que ella nos da en gran parte el pincel, con que, a través de los años, vamos trazando el panorama de nuestra vida. Los sufrimientos, los desencuentros, las alegrías y toda esa amalgama de sensaciones que nos brinda la existencia, modelan en nosotros idiosincrasias siempre renovadas y caracteres, de diverso matiz, que se desfiguran y tornan a delinear con nuevos contornos. Es indudable entonces que somos como la adversidad o la suerte quieren que seamos pero, no obstante, debemos reconocer que la resistencia y la modalidad que presentamos a las eventualidades, ya sean suscitadas por el azar o nuestros actos, están sustentados por la educación. La educación, pues, no puede hacernos buenos o malos, pero nos da una mayor capacidad para lo bueno o lo malo. Dice Amiel en su *Diario Intimo* que "como los fabricantes de oro de la edad media, el alma no encuentra en el crisol de la experiencia sino el oro que ella ha vertido en él."

Tal vez sea un poco excesivo su enunciado. Por tara hereditaria podemos tener una inclinación en uno u otro sentido pero no definitiva. Digamos entonces que nacemos para ser buenos o malos, que la educación nos inclina al bien o al mal y que la vida nos hace, finalmente, buenos o malos. La vida, pues, nos modela en definitiva, pero no sin luchar previamente con el oro del alma, en fuerte aleación con el oro de nuestro razonamiento cerebral.

Hoy en día el mundo está lleno de Bárbaras y Panchines. Los Lavretzky, y sobre todo, los Lemm, abundan poco. La historia nos enseña, con su secular sabiduría, que un Leonardo o un Miguel Angel son seres de excepción. Por lo demás, hasta la figura más grande de la humanidad, la que irradió la luz imperecedera

de su dulzura y misericordia, murió en una cruz por inhábil y terco. No obstante las Bárbaras y los Panchine todo lo van hollando con su tropel siempre acrecentado. Hora a hora la humanidad marcha más y más hacia la especialización. Sin embargo, la educación es cada vez más ecléctica y más vacía. Nos referimos, desde luego, a la educación de la niñez y de la adolescencia.

*

* *

Estas cosas me las sugiere una carta que he leído y que encierra un significado grave. Un ilustre señor, conocido en todo el país como un intelectual destacado y cuya obra es del dominio público, ha escrito a un amigo de Londres, pidiéndole le consiga un pupillaje para su hijo. Le advierte que desea un establecimiento donde se enseñe especialmente "cultura física y hábitos sociales." He ahí un Panchine en perspectiva. Es indudable que el niño hablará el francés, aprenderá en Londres, si no lo sabe ya, el inglés, y aún, tal vez, el italiano. No dudo que conocerá un poco de latín y acaso también el abecedario griego. Si a ésto se le agrega un poco de dibujo y algunos conocimientos de música, tenemos al prototipo de la cultura de salón. En una palabra, de ese niño podemos decir como La Bruyère de Egesipo: "Sirve para todo, según dicen sus amigos, lo cual significa que no tiene más capacidad para una cosa que para otra; o, en otros términos, que no sirve para nada."

¿Qué puede esperarse de seres preparados exclusivamente para la vida fácil? Dejando a un lado el mal que hacen a la sociedad al anularle uno de sus valores, podemos preguntar todavía si al mismo *favorecido* por esa *refinada* educación se le hace un favor al prepararlo tan débilmente para la vida. Se le dotará, sin duda, de condiciones generales para gozar de todas las pequeñas satisfacciones de la existencia. Pero, la poca hondura que por fuerza debe señalar la amplitud de esa predisposición ¿puede valer más que una rusticidad generosa e impresionable o el dominio especial de un solo arte?

No hemos de ir hacia adelante. El propósito de este artículo es exclusivamente el de señalar esa lección que con tanta exqui-

sitez ha diluído Turgeneff en una de sus novelas más hermosas. Pero si es necesario que alguna respuesta demos a las preguntas que nos ha sugerido el asunto, digamos que por nuestra parte preferimos en nuestro corazón, a pesar del tumulto cotidiano, multiforme y tentador, un Lemm aferrado a una afección profunda y un Lavretzky capaz de un sentimiento hondo.

CARLOS GARAT.

SEÑOR!

LA hora más serena de mi vida
resérvala, Señor, para el final;
para cuando mi espíritu despidá
su envoltura mortal.

*Porque temo que el ánimo deserte,
me traicione al final de la tragedia
y me trueque en ridícula comedia
el acto serio y digno de la muerte.*

*Temo, Señor, que si el Dolor apremia
la vil materia con su cruel mandoble,
el postrer pensamiento sea innoble,
la última palabra una blasfemia.*

*Quiero apagar mi vida suavemente,
como se apaga el eco de un sonido...
e inclinarme hacia Ti, serenamente,
como si fuérame a quedar dormido...*

*Sereno el corazón, clara la mente,
sin temor, sobresalto ni impaciencia;
cumplir ese acto último a conciencia,
cual se cumple un deber sencillamente.*

*...Y caer en el Reino de lo Ignoto,
"del que jamás tornó ningún viajero",
cual si hubiera estado antes... y de nuevo
a él tornara de un viaje muy remoto...*

*Y ser allí como una vaga idea,
un recuerdo borroso de otra vida,
una pálida sombra diluida
en el Misterio que fecunda y crea.*

JUAN BURGHI.

CUENTOS Y POEMAS

EL REY CIEGO

EL rey Alabir enceguecía. Los vampiros que tejen la noche que perdura giraban, cada vez más numerosos, alrededor de sus ojos.

Los servidores, consternados, entornaban las grandes puertas de bronce del palacio, a medida que la luz huía de los ojos del rey:

—Señor, no es que encegueces, es que la penumbra invade tu palacio.

Su amor tembloroso tejía esa pobre mentira sobre la desdicha del rey Alabir.

Pero el monarca enceguecía. La luz se apartaba de sus ojos, como se aleja del mundo cuando la noche vuelve hacia él su mirada de sueño.

En un semiver de penumbra, adquirirían para el rey distancias de cosas del recuerdo las personas y los objetos que lo rodeaban:

¿Qué mirada de amor era ésa que recordaba cuando la reina estaba a su lado? ¿En qué rincón de su pasado vivía la memoria de un cetro de oro como ése que oprimían sus manos, de un tesoro fabuloso como el que guardaban sus arcas?

Rico era, y poderoso, el rey de Baamapur. Rico en tesoros y en inmensas tierras, y poderoso en ejércitos. Sus elefantes de guerra parecían enarbolar el espanto de las trompas erguidas. Mas sólo una cosa, entre todas, consiguió alegrar siempre el corazón del monarca: la belleza del mundo, la gracia ingenua de las cosas, el encanto que tienen las montañas y los ríos, las colinas y los valles, cuando sobre ellos danza la luz con los pies desnudos.

Y así entró un día el rey Alabir en la noche que perdura, vivo de deseos y de anhelos, ansioso de las mil cosas con que la vida tienta a la ambiciosa imaginación.

Cerráronse con sordo estrépito las puertas de bronce del palacio. Los centinelas de las torres golpearon rudamente sus escudos de guerra, con un estruendo que hizo vibrar las murallas, y por todo el reino de Baamapur corrió un solo grito angustiado:

—¡El rey Alabir está ciego! ¡El rey Alabir no verá más la luz del sol!

El clamor de las gentes por la ceguera del rey puso crespones de luto en las alegrías del reino, y llegó, con el tiempo, hasta la ciudad lejana donde Drustaal, el trovador, regia como un dios el río armonioso de su canto.

Por tres días enmudeció el divino cantor, y la belleza del mundo comenzó a amustiar, como una flor sin riego. Pero en la alborada del cuarto día Drustaal cantó, de pie ante el sol naciente, una canción ebria de esperanzada alegría.

Con el laúd al hombro y el secreto de su alegría encerrado en su corazón de artista, el trovador tomó el camino de la capital del reino.

Bajo el riego de armonía de su canto, la belleza de las cosas era una flor mañanera.

Con la ceguera del rey había cerrado la noche para las alegrías del reino de Baamapur.

Sólo en guerras y en cruentos ejercicios se complacía ahora el rey, cuyo mayor gozo fuera otrora la contemplación de las cosas bellas que dan alegría. Todos los placeres se le envenaron con la tiniebla que le inundaba el alma.

Para no oír el canto de los pájaros y el rumor de los arroyos, hacía redoblar los atambores de guerra, y, montado en su elefante de combate, marchaba al frente de los ejércitos, asolando los países vecinos, que sometía a su dominio.

Grande, más que nunca, era la prosperidad del reino, y, más que nunca, grande, inmensa era la desdicha en el corazón del monarca ciego.

Su dolor lo hizo entrar hondamente en el amor de la reina y en el placer amargo de sentirse poderoso y rico.

Pero Drustaal, el trovador, ha llegado ante el palacio real.

He aquí que Alemo, el viejo ayo, llega hasta donde su señor, y le dice:

—Señor, Drustaal, el glorioso cantor, quiere verte.

En la sala inmensa, las vastas paredes cubiertas de panoramas y de trofeos de guerra, está el rey en su trono. De pie, a su lado, Krúntal, el viejo guerrero, jefe de los ejércitos, hace guardia a su señor.

El nombre glorioso del poeta ha llenado de claridad la vasta sala y ha ensanchado las almas sombrías del rey ciego y del atezado guerrero.

Sólo un gesto, y las pesadas puertas de bronce se han abierto ante el hombre que llega con el laúd a la espalda.

Avanza Drustaal, con la alegría de su alma sencilla iluminándole los ojos, y dice:

—Señor, Drustaal, el trovador, no sabe hablar. Su medio de expresión es siempre el canto: Escuchad.

Y Drustaal cantó. Con voz educada por el fragor de las cascadas y el gorjear de los pájaros y el rumor de las hojas, el trovador cantó la balada de La Doncella del Luminoso Reír.

Al compás de su laúd volvió a decir la vieja leyenda, venida del fondo de los bosques donde moran los búfalos salvajes.

Era la historia de la doncella de juventud eterna, a quien llamaban Idael en su dulce lenguaje los hombres del otro confín del reino. La voz varonil del aeda dijo sus prodigiosos prestigios. Dijo de su voz, que poblaba las almas de maravillosos recuerdos; alabó su mirada, que iluminaba de sueños las vidas más sombrías; refirió el encanto de sus gestos, que despertaban el anhelo de una armonía infinita, y cantó su sonrisa milagrosa, su sonrisa de luz, que devolvía a los ciegos la vista perdida.

Arrastrado por el río de su canto, Drustaal siguió evocando, llevado ahora por su propia imaginación. Surgían de su canto los bosques lejanos, donde se ocultan los búfalos salvajes, se erguían las montañas, se ahondaban los valles en cuyo seno nace un rumor de jóvenes ríos, y se tendían hasta el infinito las quietas praderas. Y por sobre el paisaje de encantamiento que su

canto creaba, iba Idael, como la razón de armonía de toda aquella belleza; y no había allí otra luz que la luz de su sonrisa, que daba vista a los ciegos.

Mientras duró el canto todos hubieran jurado que no existían allí paredes ni palacio alguno. Sentíanse todos como disueltos en la belleza evocada, hechos una sola armonía con la armonía de las cosas.

Calló el trovador. No había muerto aún la vibración de la última nota, y ya Krúntal, vuelto hacia el rey ciego, dijo:

—Señor, nosotros traeremos a Idael para que devuelva la luz a tus ojos.

Dijo, y su estentórea voz de guerrero hizo vibrar los muros del palacio, donde la sombra agigantaba las enormes alas de su casco de hierro.

El nuevo día vió ponerse en marcha a aquéllos que iban en busca de la doncella de que hablaba la leyenda.

Delante de todos iba Krúntal, con una llama azul de esperanza en los ojos, que tantas muecas de agonía contemplaran sin parpadear. A su lado, Drustaal, el trovador, le indicaba la ruta que conduce hacia la selva de los búfalos salvajes, ruta marcada a través de todo el país por las florecillas silvestres de sus canciones.

Seguían los guerreros y los servidores, en interminable fila, y, cerrando la marcha, el elefante de labrados colmillos y rico atalaje, que debía conducir a Idael hasta el palacio del rey Alabir.

La caravana cruzó llanuras, vadeó ríos y escaló montañas, sin que nada detuviera el vuelo de hierro de las alas del casco de Krúntal, que iban hendiendo la distancia, como un anhelo. Y llegaron a la región de los bosques vírgenes, de las inmensas selvas donde nace el silencio y donde pacen en manadas los búfalos salvajes.

Allí se detuvo la caravana; y el día se borraba lentamente, en una desgana de no ser noche todavía. Acamparon los hombres, y, en torno a la hoguera en que se asaban las reses recién

muertas, se agruparon en silencio, con un anticipo de noche en las almas cansadas.

Templó Drustaal su viejo laúd, y, con voz en que la noche ya venida ponía sugerencias de sortilegio, cantó tres canciones que hasta entonces no le oyera nadie.

Fué primero la canción de los ríos y de los lagos, la invocación de las aguas que corren por la tierra y de las que contemplan, inmóviles, la soledad del cielo. El canto tenía frescura de linfa, líquidas claridades y ondulaciones fugitivas; murmuraba como los ríos y se aquietaba como el espejo calmo de los lagos. Sus acentos parecían abrazar la tierra y penetrarla toda y embeber las ciegas raíces y mostrarse al sol en las flores y en las hojas. Sus palabras, que eran a veces meros balbuceos, gluglutear de agüitas cristalinas entre guijarros, se encrespaban por momentos, como correntadas impetuosas que se despeñaran, y deshicierán su rabia en espuma irisada... Y todos sintieron en su corazón que el agua sería favorable a la empresa emprendida.

Y fué después la canción de las montañas, que conquistan en el azul, para sí solas, un gran pedazo de cielo. El canto de Drustaal se altiveció como un guerrero que asalta una fortaleza. Sus ásperos acentos tenían la rudeza de la piedra que no cede jamás la altura conquistada. Con palabras grávidas dijo el esfuerzo de gloria de todo lo que asciende, embebiéndose de luz, de aire y de cielo, y cantó el elogio de las cumbres, donde el viento, enloquecido en huracán, ruge y aúlla y se mesa las barbas de nieve, como un dios delirante. A lo largo de su canto se tendió la tierra, sumisa a los pies de las montañas, que lo ignoran todo, fuera de sí mismas... Y los hombres tuvieron en su corazón la certeza de que también las montañas les serían propicias.

Y fué, por último, la canción de las selvas, cuna del primer misterio que sobrecogió el corazón del hombre. Drustaal invocó a los dioses olvidados de las primeras creencias; y su voz tenía penumbras de selva donde nunca penetró la luz del sol. Dijo el silencio de las soledades umbrosas, la quietud mística de los calveros, rodeados de árboles, callados como monjes, y recordó el fragor de mar lejano que tienen las frondas cuando pasea por ellos el viento su locura errante. De pie junto a la hoguera, Drustaal cantaba, arrebatado, y de su canto surgía la selva eterna,

madre del hombre, con sus innumerables brazos alzados al cielo y sus raíces hundidas en la tierra que la ama. El bosque se animó en el canto del hombre, como un dios de otros tiempos, ceñido de cortezas y coronado de hojas... Y en el corazón de todos alumbró la certidumbre de que la selva también les sería propicia.

Calló Drustaal, y los guerreros, de pie, lanzaron en coro un grito de júbilo, que erizó de ecos el silencio del bosque. La llama de la hoguera les ensangrentaba los rostros barbudos y arrojaba sus inmensas sombras hacia la llanura, donde la noche, agazapada, los estaba acechando.

El galope de un caballo violentamente sofrenado crepitó en el vestíbulo del palacio y estremeció los ecos dormidos de la mansión real.

Ante el mensajero cubierto de polvo y bronceado por el sol, se abrieron las puertas de la sala del trono.

—Señor — dijo el hombre, jadeante por la emoción y la larga carrera — a un día de viaje viene Idael, custodiada y servida por los hombres que llevan tus armas.

Mil ansiedades mudas pendían de sus labios.

Y el joven guerrero refirió con palabras sobrias cómo, después de la triple invocación de Drustaal, se lanzaron todos hacia el corazón de la selva. Por su relato pasó la ansiedad de las primeras búsquedas infructuosas y el tesón de los guerreros, alentados por el trovador en la sobrecogedora soledad de la selva habitada por búfalos salvajes. Y su palabra se iluminó para decir la alegría de resurrección de la mañana en que ante sus ojos apareció Idael, inaccesible a toda descripción y a toda alabanza.

Fué aquélla una jornada de júbilo en la capital del reino de Baamapur.

El rey sentía arder en su pecho la impaciencia de sus años mozos, cuando salió, al día siguiente, al encuentro de la comitiva.

Aun no se veía uno solo de los hombres del cortejo, y ya llegaba hasta el rey y su gente, desde más allá de la colina de los panteones, el canto coreado de los guerreros. Sus rudas voces se

agrupaban en torno de la voz sabia de Drustaal, como los carneros alrededor del pastor que los guía.

Llegó a lo alto de la colina el elefante de Idael, y una mansa claridad de amanecer encantó las cosas ya atardecidas. A medida que descendía la comitiva, íbase la claridad hacia el valle, como cuando asoma el sol por encima de un monte, y el día va llegando poco a poco a todas las cosas.

Cuando Idael estuvo ante Alabir, el rey vió su elefante de labrados colmillos, vió su blanca vestidura, vió su rostro sonriente y bello; por sus ojos volvió a entrar el milagro de belleza del mundo. Entonces el monarca prorrumpió en un grito inmenso, que toda su gente coreó con júbilo de locura; lanzaron los elefantes su clarinada de desafío, golpearon los guerreros en sus escudos, y el estruendo, rodando de colina en colina, se tendió a lo largo del desierto, como una fiera ululante. Hubo en las lejanas arenas una fuga brusca de leones, con las hirsutas melenas al viento, y la noche que llegaba enarcó en el horizonte su felino lomo de pantera.

El júbilo estaba en todos los corazones. Ese día hubieran jurado todos que acababan de conseguir lo que habían largamente anhelado. Nunca los cantos de Drustaal fueron tan inspirados; nunca la belleza había estado en ellos tan de su grado, y jamás los sueños de gloria de Krúntal empujaron su vuelo tan hacia lo alto.

Los días pasaron, como agua que salta de guijarro en guijarro, y cada uno de ellos fué testigo de la dicha del rey Alabir. El monarca volvió a gozar de la fiesta del mundo. Su espíritu celebraba la belleza de todo lo creado y ensanchaba indefinidamente sus propios límites con la conquista de nuevos aspectos del universo, de insospechadas realidades, que a diario se le ofrecían. Tenía conciencia de estar siempre en camino de conquistar algo nuevo, y eso era para él la felicidad.

A veces hablaban, Idael y el rey, en esas horas de la tarde que están más llenas de vida que las otras, porque con sus ojos entornados miran al alma. Y éste podría ser uno de sus diálogos:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? — pregunta el rey.

—Soy Idael, ya lo sabes. Estoy siempre donde se me busca con el corazón.

—Háblame de tí.

—¿Qué podría decirte? Se dice que nací con el primer hombre, y que moriré con el último.

—¿Eres eterna?

—Como la alegría y el dolor en el corazón del hombre.

—¿Dónde vives?

—Donde quiera. En todas partes es para mí la vida una heroica alegría, un anhelo esforzado de conquista, un dolor que se supera...

Calla el rey un largo rato. Sus ojos van hacia donde el desierto acecha, en aleve actitud, la belleza de la tierra. Vuelve su mirada a posarse en las columnas de la sala de mármol verde en que ambos se encuentran como en el fondo de un estanque, y dice entonces el rey, con voz como de quien habla en sueños:

—Todo tiene a tu lado sabor de pureza. Tu presencia me hace descubrir en mí insospechadas riquezas. La vista que tú me has dado no es la que antes tuve. Hay ahora en mis ojos una tan pura fruición de belleza!

—Tuya es, y no mía, esa virtud de tus ojos — replica ella.

—Pero por ti me vino. Por ti me vino, y canta en mi alma una alegría que quisiera ver alguna vez en ti.

—Ah, rey, yo he pasado ya la linde de todas las alegrías!

El rey sonríe serenamente, mirando el ancho pedazo de mundo que arranca de la puerta de su palacio. Idael sonríe también, y en su sonrisa los ojos del rey beben luz, como beben cielo las gacelas en los estanques quietos de la tarde. Pero en el corazón de Alabir levanta la cabeza ambigua otro sentimiento: la complacencia de pensar que su reino está próspero y rico, que los tributos de sus vasallos serán cuantiosos y que podrá hacer ricos presentes a la reina, su consorte.

En aquel vasto palacio lleno de riquezas, Idael sólo hallaba solaz y contento junto a Drustaal, el rústico trovador. Cerrando los ojos, escuchaba las cántigas del poeta agreste, y por su alma volvía a pasar la belleza incontaminada que a veces florece en la tierra; era entonces en su espíritu una apetencia de

vastedad y de silencio, un deseo de naturaleza y de libertad, que nada podría calmar.

Otras veces placíale compartir los sueños de grandeza de Krúntal. El viejo guerrero revivía ante sus ojos el panorama de su ambición de gloria y hacía desfilar el cortejo de los trofeos conquistados por su esfuerzo. Un perfume de países exóticos pasaba entonces por el alma de Ideal, y, mirando las alas del casco de hierro del guerrero, pensaba qué hermoso sería tenerlas así, para volar lejos, lejos, donde la libertad se diese como un fruto cotidiano.

El ambiente mustio del palacio oprimía el alma de Idael; y llegó así, aguas abajo del tiempo, un día en que la doncella fué ante el rey que veía por virtud de su sonrisa, y le dijo:

—Señor, quiero abandonar tu palacio y tu reino.

El corazón del rey se encogió como el del hombre que oye pasar la muerte.

—No — dijo —; tú eres mi vida y más que mi amor.

—Pero tú no eres mi vida, ni eres mi amor.

—¿Qué quieres tú de mí?

—Nada. Yo soy esa persona que no pide nada y a quien se le da todo.

—Pero ¿qué podría darte?

—La libertad.

—No! No me pidas eso! Cualquier tesoro mío podría darte; pero dejarte ir, no.

—De nada me sirven tus tesoros, rey. Déjame partir.

—No. Aunque sea por la violencia te retendré. No quiero volver a sumirme en la larga noche que me ensombreció el alma.

En este punto, la tristeza apenumbó el rostro de Idael.

—Cómo! — dijo el rey — ¿Llega la noche ya?

—La noche llega para tí, rey Alabir, solamente para tí.

—Es que tú?... Y tu sonrisa, tu sonrisa de claridad?

—Mi sonrisa es flor que no volverá a abrirse entre los sombríos muros de tu palacio, rey Alabir.

—No, no. Dime qué deberé hacer para ver nuevamente!

—Abandónalo todo, y sígueme por los vastos caminos de la tierra.

—¿Y mi reino, mis riquezas, mi esposa y mis hijos?

—Abandónalo todo, y sígueme. Es la última palabra que oirás de mí.

Todas las plegarias y todos los ruegos imaginables cayeron de hinojos ante la doncella traída de la lejana selva. El reino entero clamaba por su permanencia en el país de Baamapur.

También Drustaal y Krúntal quisieron rogarle que no se fuera; pero ella los miró en los ojos, y ambos callaron, como si hubieran comprendido algo.

Es ya el día en que Idael abandonará el palacio del rey Alabir, del rey que ha vuelto a entrar en el cubil de su ceguera.

Ya se adelanta ella, para decir su palabra de adiós, que pondrá entre su persona y el rey una distancia de eternidad. Calza sandalias de viaje, porque ha rehusado el elefante de los labrados colmillos. Y llega ante el rey, bella y sencilla, como la mañana que en ese momento se viene empinando por sobre las colinas.

—Señor — dice — yo pertenezco a la vastedad del mundo. Todo lo bello y lo libre me arrastran en pos de sí. Me voy con la mañana. Mírala corretear por las colinas y los valles; mira el cielo renacer a su renovada y siempre nueva belleza...

He aquí que Idael ha sonreído, y la luz de su sonrisa ha llegado a los ojos del rey. Y el rey Alabir, asomado a la ventana de su palacio, ve la mañana, como si fuera la primera del mundo. Una gran claridad dora distancias ondulantes, que se pierden más allá del desierto. Leves brumas levantan sus velos de lo hondo de los valles, y suben hacia el cielo, que está azul y muy hondo. La tierra se llena de flores y de cantos, y los caminos tienen en cada recodo la promesa de una maravillosa aventura. Inconscientemente, Drustaal se ha puesto a cantar a media voz.

—Mi reino y mi vida por toda esta belleza! — prorrumpe el rey — Idael irá contigo!

En el rostro de la doncella la sonrisa es más luminosa que el sol de la mañana.

Las dunas que van a morir junto al mar semejan un campamento de dromedarios. La luz del sol tiende sobre ellas un velo ondulado y leve. Y las olas del mar se quiebran incesantemente contra la costa, sin acertar con la canción que bulle en su rumor.

A la sombra de un bosquecillo la comitiva ha hecho alto. El rey Alabir tiene en los ojos perplejas distancias. Su alma está sedienta de un camino que le afirme una definitiva verdad. Idael mira al mar, y sonríe, y no se sabe si es de su sonrisa o del sol, que se desmenuza en la distancia de agua y cielo, la claridad de aleluya que hay en el paisaje.

Un rumor de pasos interrumpe la quietud de las dunas que rumian su soledad gibosa. Y llega Krúntal con sus guerreros, y llega Alemo, y llegan cien personas más, allegadas al rey y a su palacio.

Hay un temblor de indignada emoción en la arenga que Krúntal dirige a su señor. Evocada por su palabra de hierro, se yergue ante el mar la gloria guerrera del reino, que en adelante será escarnecida por todos, si el rey abandona a su pueblo. Bajo las alas del casco, el rostro del guerrero es más duro que su reproche.

Lloran tiernas añoranzas de tiempos felices y ya idos en las palabras con que Alemo eslabona la cadena que quisiera ceñir en torno de su señor, para retenerlo. Su acento plañidero dice el abandono del palacio, donde vaga la reina dolorida, arrastrando de estancia en estancia el dolor de su soledad. El ayo encuentra en su corazón sencillas palabras que dan la emoción de ternura familiar de las caricias infantiles. Su acento evoca toda una vida ya hecha, que reclama derechos de perduración. Y el rey siente en su corazón la pesadumbre de cosa muerta de todo su pasado.

Los cortesanos hablan también. Hablan del pueblo que reclama a su rey; de la prosperidad del reino; de las riquezas acumuladas; del esplendor de la corte. Hablan, sugieren, evocan, y el monarca siente que el alma se le hace pesada, como si fuera un alma de árbol, asida a la tierra por irrompibles raíces.

Llegada la hora de reanudar la marcha, el rey se levanta y dice: (Es el rey quien habla, pero él juraría que de sus labios brota una voz agena).

—Idael, mis sandalias no dejarán sus huellas junto a las tuyas en los nuevos caminos. Debo quedarme. Era un sueño muy hermoso ir a tu lado; pero antes de conocerte realicé muchas cosas, y el hombre es un dios que se esclaviza a sus obras. Vete ya, y déjame seguirte con la vista que tú me prestas, hasta que la distancia te reclame para sí sola.

La sonrisa de Idael se entristeció, como un sol de otoño. Miró ella en su derredor, y sus ojos se detuvieron en Drustaal, el trovador campesino.

—Tú irás conmigo — le dijo.

Drustaal se inclinó ante el mar eternamente rumoroso, se inclinó ante su señor, el rey, y dijo:

—Yo iré con ella. Drustaal, el trovador, es la ráfaga musical que no tiene arraigo. Muchas cosas realicé en mi vida, pero todas nacieron con alas, y ninguna es rémora de mi vivir, siempre renovado. Por la grandeza del mar, que vió nacer al hombre sobre la tierra, y que sobre ella lo verá morir, juro que la acompañaré hasta que la última de mis canciones se lleve el postrer latido de mi corazón.

Por el camino que serpea entre dunas, bordeando el mar, van Idael y el viejo Drustaal. El viento enmarañado del mar dispersa en la distancia la canción del trovador y las notas de su viejo laúd.

El rey y su gente los miran alejarse. El silencio ahonda en el corazón de todos la ausencia que comienza. La distancia que crece pone ya en el alma del rey simientes de nostalgia.

Empequeñeciéndose, se alejan las siluetas de los dos viajeros. Cae la tarde. Ya suben ellos la senda de la colina, que pone una giba en el horizonte. La última luz del sol sube con ellos. El rey mira, palpitante de ansiedad el corazón. Su vista decrece, anochece, como el día. Ellos suben, suben la colina, y la luz sube con ellos. Ya llegan a la cima, pequeños y oscuros; ya están en la cumbre, y se destacan como estatuas sobre el cielo de la tarde. La última luz del sol está con ellos. Ya traspusieron lo alto de la colina. Con ellos se fué de la tierra el último rayo de sol, y con ellos se fué de los ojos del rey la última claridad.

Alabir, rey de Baamapur, siente llegar a su corazón la noche que perdura, la noche sin estrellas, que ya jamás abandonará.

Y el silencio se llena del rumor afanoso del mar, que hace una eternidad, busca inútilmente la canción desmenuzada en sus bulliciosas aguas.

LA INSIDIA

Fastidiado y de mal humor, Claudio Morales entró en el Bar, con el propósito de tomar una taza de café y de estar un momento sentado, a solas, en el aislamiento fácil del bullicio que allí reinaba.

Pero su propósito fracasó, por lo menos en lo que se refiere al aislamiento, porque al entrar se encontró con quien menos se esperaba y con quien menos hubiera deseado encontrarse en ese momento: Con Pedro Ecurra, "ese badulaque de Pedrito". como él lo llamaba, desde que la molestia que su presencia le causaba se le había hecho completamente insufrible.

Me revientan — había dicho Claudio, refiriéndose a Pedrito — su eterna sonrisa burlona, su mirada inútilmente zahorí y la suficiencia ridícula con que trata de imponer, con tontos desplantes, sus pretendidas concepciones filosóficas.

Pedrito solía tener, en efecto, ocurrencias curiosas, y no exentas de ingenio, después de todo. Cierta vez entró con Claudio en un negocio cualquiera; al instante se acercó a ellos un vendedor:

—¿Qué desea, señor?

Y Pedrito, con aire doctoral, como desde una cátedra:

—¿Conque qué deseo, eh? ¿Sabe, Vd., amigo, lo que pregunta? ¿Ignora, acaso, que el saber lo que se desea es quizás el problema filosófico más arduo que pueda concebirse? ¿Y aunque yo supiera lo que deseo, y se lo dijera, sería usted capaz de satisfacer mis deseos? ¿Es que se cree usted todopoderoso?

Y, ante el asombro y el fastidio del dependiente y la rabia sorda de Claudio, terminó con el mismo énfasis:

—Evítese esa pregunta, mi amigo, y espere que yo le diga lo que quiero de usted; y si puede darme lo que le pida, considérese dichoso, porque le habré permitido desempeñar la función divina de corresponder a los deseos de un mortal.

Y terminó la tirada con un "Así hablaba Pedrito Ezcurra", que parecía destinado a provocar delirantes aplausos, pero que aquella vez cayó en un silencio erizado de fastidio.

Ese era el hombre con quien tropezó el malhumor de Claudio Morales, con el mismo placer con que en la calle damos a veces un involuntario puntapié en una piedra saliente.

Pedrito estaba en vena aquella tarde, y sus ojillos zahoríes recorrían, inquietos, las personas y las cosas, como buscando motivo para una de sus parrafadas de costumbre. Pronto reparó en la cara mohina de Claudio, y empezó a pincharle:

—Qué te pasa, Claudio? ¿Te has tragado la vinagrera?

—Por favor, Pedrito, no me molestes, que hartito fastidiado estoy ya!

—Vamos a ver, qué te ha pasado?

—Nada, hombre; tonterías de esas que lo revientan a uno cuando menos se lo espera.

—Ah, ya comprendo, tú has sido víctima de la insidia de la Fatalidad.

—¿De la... Qué?

—De la insidia de la Fatalidad, querido.

—Bah, bah, me vas a salir ahora con uno de tus acostumbrados disparates? Te aseguro, en bien de tu tranquilidad, que no estoy para eso, eh!

Pedrito, con los ojos brillantes de alegría por haber hallado motivo para dar a luz una de sus filosofadas de costumbre, se acomodó en la silla y, sin hacer caso de la amenaza implícita en la observación de su amigo, comenzó la perorata:

—Pero, Claudio, tú ignoras lo que es la insidia de la Fatalidad? Cómo se ve que vives sin observar, sin reflexionar lo que pasa a tu alrededor! Dime, no has observado cómo la desgracia lo golpea a uno siempre del modo más inesperado, pero mediando en todo caso una circunstancia, al parecer secundaria, que uno mismo ha creado o contribuido a crear? Es la Fatalidad, que, con sinuosa falsedad de serpiente, se te acerca y te dice al oído:

"¿Por qué no subes a esa pared tan alta? Se debe contemplar un hermoso paisaje desde allí!" Tú subes, caes y te rompes una pierna o el cuello. Y otras veces: ¿Por qué no le apuntas a tu amigo con ese revólver descargado? No es más que una broma

divertida". Tú apuntas, aprietas el gatillo y matas a tu amigo con la única bala que había en el tambor. A veces la broma es más pesada: "¿Por qué no cortejas a esa chica que pasa? — te dice ella. Es bonita y graciosa; os divertiréis mucho". Lo haces; ella te acepta, y a los pocos meses, te casas; tienes suegra, hijos... Uf!

Pedrito, ya lanzado, hablaba en voz alta y con grandes gestos. Algunos vecinos de mesa escuchaban la perorata. El más atento de los espectadores, era un hombrecito de bigote gris y gruesos lentes, que hacía constantes gestos de aprobación con la cabeza. Algunas risas discretas comentaron la gracia zurda de la "salida" de Pedrito.

Este continuó, siempre dueño de sí:

La Fatalidad, querido, es como las mujeres astutas, que viven de nuestras debilidades. Nos conoce nuestro lado flaco, sabe la tontería infantil que hay en el fondo de todo hombre, y lleva arteramente el ataque en forma de broma inocente, para hacer terminar a menudo en batalla sangrienta lo que empezó siendo un combate de soldaditos de plomo.

—Sí, Claudio amigo, sí, la insidia sonriente de la fatalidad nos cerca por todas partes, y es deber de elemental filosofía...

Claudio ya no podía más: Fastidiado desde un principio por la charla importuna del amigo, se había olvidado de echar azúcar en la taza, y desde hacía un rato revolvía inútilmente el café, ya frío e imposible de tomar. Algo, sin embargo, en la bizarra exposición de Pedrito, lo había interesado, pues en realidad se ajustaba al desgraciado asunto que lo traía mohino: esa pérdida de dos mil pesos, apostados tontamente, por un capricho estúpido. Pero nunca hubiera dado la razón al botarate de Pedrito, y menos delante de ese vejete ridículo, que parecía morirse por tomar parte en la conversación, y que no apartaba los ojos de él.

Prefirió, pues, levantarse sin tomar su café, amargo y frío, plantar al filósofo que empezaba a dar al asunto proporciones trascendentales, y echarse a la calle, ansioso de libertad.

Esperó un momento el tranvía, y después, cambiando de parecer, y como todavía fuera temprano, tomó, calle abajo, rumbo a su casa.

—Disculpe, señor — lo detuvo una voz cortés.

Se volvió, furioso, como para mandar al diablo al importuno,

y se encontró con el vejete del café, que lo miraba, sonriente y disculpándose.

—¿Qué desea, señor? — le preguntó Claudio con brusquedad.

—Hablar con usted algunas palabras, señor — respondió el hombrecito, sonriendo, más que con los labios, con los ojillos que le brillaban tras los lentes.

—No tengo deseos de hablar, señor, disculpe.

—Oh, sí, señor, sí, comprendo su fastidio. Si antes de haber estado yo en el manicomio alguien me hubiera hablado como su amigo le habló a usted, yo también me hubiera fastidiado; pero ahora, no.

La voz del hombrecito era suave y clara; parecía modular cuidadosamente las palabras, y cuando se refirió al manicomio, lo hizo sin variar la entonación de la voz, con toda naturalidad.

Pero, señor, protestó Claudio — qué tengo yo que ver con usted, con sus asuntos ni con el manicomio? O es que se propone usted demostrarme que estoy loco yo, o que lo está usted, o que lo está el zanahoria de Pedrito, o que lo estamos los tres? Me parece que lo último será lo cierto, si continuamos así.

—No — respondió suavemente el viejo — yo quisiera demostrarle solamente que ciertas fuerzas misteriosas juegan...

—Bah, bah — lo interrumpió Claudio — Vd. también? La insidia de la casualidad, del acaso o de qué sé yo qué, no es eso?

—...juegan, decía, un papel ignorado, inesperado, imprevisible en nuestra vida — continuó, imperturbable, el hombrecito.

Se había parado ante Claudio, y fijado en los ojos de éste la fría claridad de sus ojillos miopes, mientras una leve sonrisa, entre burlona y compasiva, que molestaba e irritaba al mismo tiempo, le entreabría los labios. Observándole así, de cerca, descubrió Claudio que el extraño vejete tenía un tic en el lado izquierdo de la boca, que le hacía exhibir unos largos dientes, negros y muy separados.

Con una repentina familiaridad, el hombrecito tomó a Claudio del brazo:

—Venga — le dijo — Vd. parece no tener apuro: yo no tengo ninguno: Le contaré algo que quizás le interese.

Con sombría resignación, Claudio se dispuso a escuchar.

—Vd. cree — comenzó el vejete — que yo tenía alguna necesidad de fingir un ataque de locura? Que iba a ganar algo con eso? No, señor, ni tenía necesidad alguna de hacerlo ni ganaba nada haciéndolo; pero lo hice, sin embargo. ¿Por qué? Ahí, está el quid! Lo hice por eso, por la maquinación del acaso, por la insidia de lo fortuito, de la Fatalidad, de lo que Vd. quiera.

—Cuando le hablé de la cosa a mi amigo Larsen, él me quiso disuadir, diciéndome que me deejara de tonterías, y asegurándome que no me prestaría su concurso para algo semejante. Yo insistí, explicándole que quería dar una broma a mi hermana Elena y a mi cuñado, su esposo, para vengarme de todo lo que ellos me fastidiaban haciendo chistes sobre mi tranquilidad imperturbable, mi calma, mi “pachorra indecente”, como ellos la llamaban.

Pero todo eso no era más que la apariencia de razonamiento, la lógica absurda de que se valía aquella fuerza secreta, para inducirme a hacer lo que yo debía necesariamente hacer: ¿Por qué? Eso es lo que ni yo ni nadie podrá saber. Me escucha, joven?

Claudio hizo que sí con la cabeza, y siguió en silencio, escuchando casi a pesar suyo el relato del extraño vejete, que se le había adherido al flanco como un absceso.

—Mi amigo Larsen se convenció al fin — prosiguió el hombrecito, sonriendo parcialmente, gracias al tic que le hacía entreabrir el labio superior — y yo puse en práctica mi plan. El éxito resultó extraordinario y fué mucho más allá de lo que yo había imaginado. Cuando finjé el ataque, hubo un desconcierto enorme en la casa: Mi hermana se desmayó y mi cuñado no sabía qué hacer ni a cuál de los dos atender. Finalmente, ayudado por Larsen y por los vecinos, me maniató como mejor pudo y me encerró en una habitación, mientras se hacía llamar al médico.

—Al principio me dije: Bueno, daré por terminada la cosa en cuanto el médico llegue, para no llevar adelante esta broma pesada, que ha tenido peor efecto del que yo me propusiera conseguir. Pero cuando llegó el médico, un hombre con grandes ínfulas y completamente tonto, el diablo capcioso que tramó todo aquéllo, me tentó a seguir la farsa, para gozar del desconcierto del pobre galeno de campaña. Debí desempeñar muy bien mi pa-

pel, porque el mismo Larsen que estaba en el secreto de todo, me miraba con una expresión extraña, entre dubitativa y angustiada. Y es que, créame, amigo, es más difícil demostrar cordura que poseerla. Para ser tenidos por cuerdos, debemos sujetarnos a una enorme cantidad de formulismos, prácticas convencionales y actitudes preestablecidas, realmente fastidiosos, mientras que para parecer locos, basta con dejar que por un momento se relajen un poco esas ligaduras; es decir, basta con poner en lo que se dice y en lo que se hace, cierta desusada sinceridad...

Disculpe la digresión, joven, pero se trata de un tema que me entusiasma, por razones que Vd. encontrará explicables.

Como le decía, decidí llevar adelante la farsa, a pesar de los gestos desesperados que, a escondidas de los demás, me hacía Larsen, para que diera fin a la escena, que ya se tornaba desagradable. El mal viento que en aquel día soplaba sobre mi vida, me hacía gozar con la desolación de mis parientes, con la perplejidad inquieta de Larsen y con la grotesca actitud de hombre de ciencia con que el pobre médico se aplicaba a descubrir en mí los signos de la demencia que, a su juicio, necesariamente debía existir, para justificar todo lo ocurrido.

—Un momento, joven, un momento aún — dijo el vejete viendo que Claudio daba señales de impaciencia. — Seré breve para no impacientarlo.

El médico quedó convencido de que yo estaba loco y se resolvió que al día siguiente me mandarían al manicomio. Por la noche, fué Larsen a verme, instándome a que diera término al equívoco, para tranquilidad de todos, él inclusive. Pero yo me mantuve firme. ¿Comprende Vd.? Quería ver el manicomio; saber lo que era una noche pasada en una celda, en medio de un silencio estremecido de alaridos. En fin, una estupidez, ¿verdad? Sí, yo me había empeñado aquella vez en una estupidez como ninguna.

Abrevio: Me llevaron a la casa de salud. Como llegara tarde, no me revisaron de inmediato, y me destinaron a una celda donde había de pasar la noche. Ah, joven amigo, no le deseo una primera noche de manicomio! Las demás, no importa, ¿sabe? Uno se acostumbra. ¡Pero la primera! ¿Se imagina usted el silencio crispado de dedos rígidos que le resbalan lentamente por

todo el cuerpo? ¿La sombra hecha estremecimientos furtivos que pasan como quejidos táctiles? ¿Concibe Vd. la suma total de horrores misteriosos que pueden gotear espanto en su espíritu durante toda una noche de soledad?

La voz del viejo se había hecho ronca; su hablar era febril, precipitado, y el tic nervioso le descubría la dentadura en un gesto semisalvaje. Claudio tuvo una vaga aprensión, pero siguió escuchando, sin decir nada.

—Salí del horror de aquella noche — prosiguió el otro — curado por completo de mi deseo de continuar la broma; decidido a poner las cosas en claro, recurriendo a Larsen, si era preciso, y deseando en el alma salir de allí cuanto antes.

¡Ah, pero yo no había contado con aquéllo, con la acechanza solapada de lo fortuito! Y sin embargo, todo había sido cumplido en silencio, ¿sabe?, delicadamente, con limpieza. ¿Usted ha visto cómo derriban en el campo a los animales? ¿Ha visto cómo una inofensiva armada de lazo, volteada en el aire, cae blandamente ante el animal que pasa corriendo, justamente, exactamente donde es preciso; luego, un leve tirón, y la carrera libre y suelta se convierte en una caída brutal? Usted ha visto eso, ¿no? Bueno, algo así había hecho el acaso conmigo, matando a mi amigo Larsen la misma noche en que se ponía en viaje para el hospicio. ¿Comprende? Todo muy sencillo; una cosa vulgar: La noche, al volver de la estación, era muy oscura; los caballos se asustan; una zanja; un vuelco, y mi amigo Larsen queda con la cabeza rota. Y mi secreto, el secreo de mi estupidez y de mi salud, enterrado con él!

Yo lo supe de un modo brutal, inesperado. Verá:

Por la mañana grité con impaciencia que me sacaran de la celda, que me llevaran a la revisión médica. Rezongando y con muchas precauciones, el guardián y un enfermero me llevaron a la sala de curación. Vino el médico. Le pedí que hiciera salir a los demás, y, una vez solos, le referí todo, tal como había sido, citándole, en abono de mi veracidad, el testimonio de Larsen, y pidiéndole disculpas por el fastidio que hubiera podido ocasionarle.

Mientras yo hablaba, el médico me estuvo observando con una mirada que me turbaba, y que me hacía balbucir de un mo-

do que me extrañó a mí mismo. Sin decidir nada, me hizo instalar en una salita vecina, donde esperé durante varias horas. Volvió por fin el médico, y de ex abrupto, me disparó la noticia: Su amigo Larsen ha muerto anoche.

Yo me reí. ¿Usted comprende esto? Me reí con una risa lastimosa, cobarde, híbrida de convencimiento y de desconfianza!: Si lo que se me decía era mentira, vaya, se trataba de una contrabroma que era preciso festejar, a pesar de todo; y si era cierto... Ah, si era cierto, habría que reír también, pero con otra risa, ¿sabe? Con una risa en que se fuera desmenuzando todo lo que en mí había de más para responder a las modalidades de la vida de allí adentro.

Y vinieron las pruebas concluyentes, el convencimiento, y entonces, la risa se me ahondó en el rostro, se entrelazó a los músculos y me dejó esta mueca en la boca, que usted creará sin duda un tic nervioso. No hay tal tic, mi amigo; no es otra cosa que la risa amistosa y cordial con que yo celebro constantemente la broma mejor que me jugó el acaso en un momento de buen humor; es la risa con que enterré cinco años de manicomio, hasta que un día conseguí escaparme, dejando en mi celda, en lugar mío, el cadáver de un guardián.

Pero esto ya no le interesa, joven, ¿verdad? No, no es interesante. Y, además, no quiero seguir abusando de su paciencia, ya que le he contado todo lo que creía necesario.

—Servidor de Usted, señor...

Y, tras una breve reverencia, cruzada verticalmente por el brillo equívoco de sus ojillos, el hombrecito tomó una calle transversal, y desapareció.

Claudio lo dejó marchar, sin atinar a decir ni a hacer nada. Finalmente, se encogió de hombros, y se encaminó a su casa, protestando dentro de sí mismo:

—¡Maldita suerte la mía! Pierdo dos mil pesos en una apuesta idiota, y, como si eso fuera poco, todavía tengo que aguantar a estos dos tipos del infierno! ¿Es que andarán sueltos todos los locos en Buenos Aires?

POEMAS EN PROSA

Todavía me queda de ti tu ausencia, palpitante y viva; corazón de pájaro. Aún arde en la postrera tarde de tu recuerdo un rescoldo de sol.

Buscando la costa de ti se yergue y salta el loco oleaje de mi ansiedad de siempre.

Aún para mis ojos te estás yendo, por el camino mío, que te vió partir. El vacío de mis manos se llena de caricias ausentes, que están y ya se han ido.

Aún eres para mí el recuerdo de esa aventura en que con gusto se perdería el alma. Pero sé que hay un recodo, tras del cual morirá todo lo tuyo que en mí ha quedado. Serás entonces, para mi vida, la costa muerta del lejano país, adonde no se vuelve.

★

★ ★

De los muelles de la noche parten los barcos huidizos del olvido. Abajo, el tiempo es un agua negra, que azota las maderas carcomidas. Hacia arriba, un gesto vacío puebla de nada el vacío.

Las olas vienen, se encaraman, caen. Saben que es inútil, pero vuelven. Una espuma de palabras de nadie, sin voz ni sentido, salpica la costa muerta de la noche.

En el faro del alma se estrellan, en revuelo de gaviotas ciegas, las ideas locas que el día repudió. Siento que el vacío se ahonda! Y el último barco parte!

Asido al muelle viscoso de la noche, quedo yo, perro al pie de su amo, aullando mi espanto hacia la eterna sombra. En las aguas del tiempo ríela la estela negra del último barco.

*
* *

A qué mentirme tantas cosas, que ni yo mismo creo! Te busco, eso es lo cierto! Te busco, como siempre, donde tú no estás: En mi camino, que no conseguí hacer definitivamente tuyo.

Me embriaga en la noche el licor de tu recuerdo. De mi cuerpo se desprende y huye la suavidad de tu cuerpo. La irredimible aspereza de mi vivir de hombre se intrinca en maleza en mi corazón.

Cavador infatigable, voy excavando en mí la tierra de tu recuerdo. Y no sé qué quedará de mi alma cuando haya terminado.

Me duele saber que no renaceré ya más en mi nombre, dicho por ti, con esa realidad prodigiosa que tus labios me daban.

Tendré que desandar en mi amor el camino de ti. Tendré que regresar leguas de sentimientos, con la pesadumbre de saber que el punto de partida ha muerto en mí!

*
* *

No quiero escuchar la voz serena de la tarde, que me dice cómo eras.

Mi olvido quisiera hacerse un inmenso mar, para que su oleaje te borrara de mí. Mi cielo te huye, estrella sin brillo, de una noche inexorable y larga.

Triste dulzura de tu recuerdo, que no sabe cómo engañar mi soledad! Pensar en ti es melancólico como un viaje.

Estás de pie en medio del recuerdo, y todo el paisaje de mi vida gira alrededor de ti.

La tarde de invierno deshoja por tu ausencia un vuelo de pájaros errantes. Yo te busco a tientas en la hora en sombras, camino que mi alma ansía recorrer, como antes.

HÉCTOR I. EANDI.

POEMAS DE UN VIAJE

MI VIDA

Es un constante terminar de fiesta,
la falsa alarma de un incendio, y luego,
en la noche apagada de tristeza
volver a casa, por los pasos muertos.
Un reír y un llorar, siempre a destiempo,
un desatar de besos anudados;
mi juventud es esto:
ir apretando arena entre las manos...

BAILARINA

BAILARINA,
mi corazón es un tablado
para la danza de tus labios.
Ven a dar saltos de carcajadas
y con el filo de tu sonrisa,
corta el nudo apretado
de cada seriedad...
Bailarina, tu risa
danzará como nunca
en la tabla floja de mis latidos.

TARDE CON MAUPASSANT

EN el parque Monceau
voy a pasar la tarde;
el sol ha prometido
decirme lo que sabe,
de torvos nubarrones
que han estado al alcance

*de mi blasfemia de hombre
que ama soleados parques.
¡Tantos días sin sol
me han puesto triste y grave,
voy a buscar un árbol,
seré como las aves!
El sol ha descolgado
del invierno el ropaje
y promete una historia
larga como la tarde.*

*En el parque Monceau
se yergue entre follaje,
de Maupassant la testa
enhiesta, dulce y grave.*

*¡Mañana, sol anémico
me dirás lo que sabes,
Maupassant va a decirme
lo que no dijo a nadie!*

EL BOSTEZO

El bostezo es el hijo musical del hastío,
pasa abriendo sus oes, por un mundo vacío.
Mientras rompe caminos cerrados de tristeza,
gira en trágica noria, su madre, la Pereza.
Blando cantar de siesta y suspensivos puntos
en la carta que habla "de un dolor de estar juntos".
Levantar somnoliento de la mano cansada,
diapasón y batuta dirigiendo la nada.
Pobres gritos de auxilio de la vida que pasa
por los puentes colgantes, hechos de luz escasa.
Los brazos estirados, alargan la añoranza,
es un pájaro inhábil, volando la Esperanza...
En el lecho estirado, sorbo el sueño y sonrío.
¡El bostezo es el hijo musical del hastío!

ENRIQUE AMORÍM.

París, abril 1927.

LOS JUDIOS Y "EL FANTASMA COMUNISTA"

EN el artículo *El fantasma comunista* aparecido en el núm. 217 de la revista NOSOTROS, el lector ecuánime e imparcial es sorprendido por una serie de conceptos, afirmaciones y apreciaciones, un tanto antojadizas y arbitrarias, cuya calificación adecuada causa cierta dificultad al autor de estas líneas, quien se ve impulsado a suponer y hasta a creer que la fuente inspiradora del artículo en cuestión, no ha sido otra que el tristemente célebre volumen del conocido industrial y antisemita yanqui Henry Ford, *El judío internacional*. Si el chauvinismo que aflora un tanto en el artículo que nos ocupa, es un defecto hasta cierto punto perdonable, porque, al fin y al cabo, es un exagerado amor hacia la patria, amor ciego, el antisemitismo de que el autor de *El fantasma comunista* hace alarde a voz en cuello, es un crimen de lesa sociedad, pues estriba única y exclusivamente en el odio encarnizado, más ciego que el amor del chauvinista.

Mi propósito es indicar algunas de las contradicciones e inexactitudes en que ha incurrido el autor, como también algunas cosas absolutamente falsas, y esto voy a ir haciendo aproximadamente en el orden que ha seguido el autor del artículo, Antonio Argerich.

Para éste, todo hombre que piensa distintamente de él, es necesariamente judío: lo es Finot, Engels, Kérenski, y ni que hablar, Lenin, sindicado como tal, unas cuantas veces en el transcurso del artículo. Como el famoso "cherchez la femme", "buscad al judío" fué siempre el lema de los reaccionarios más empedernidos, más sanguinarios en la Rusia de los zares; esta fué la divisa de los organizadores, *ad honorem* y a sueldo, de los

“pogroms”, y lamento afirmarlo, el articulista no está muy lejos de este modo de pensar.

“Lenin fué atraído por Marx y Engels. Asimismo, estos últimos por David Ricardo, todos ellos judíos”, dice Argerich en la pág. 367. En cuanto a Marx y Ricardo, conformes; pero lo de Engels y Lenin, permítame el señor Argerich, es falso: Lenin, al que conocí personalmente, era *eslavo*, muy eslavo; Engels, y no lo ignorará el autor, era *germano*. La deducción la dejaremos para luego, y seguiremos.

El autor oyó al padre de una muchacha judía decir: “Prefiero ver a mi hija muerta antes de que se case con uno que no sea judío.”

Yo puedo citarle muchísimos casos de matrimonios mixtos entre judíos y cristianos, con el beneplácito de los padres, acá y en Rusia, y sobre todo, un caso muy elocuente aquí, en Rosario de Santa Fe, de un padre, bien judío, que dijo en mi presencia y en presencia de la hija de él: “un *Goy* (no judío) *cualquiera* es “preferible a un judío polaco *cualquiera*, y yo prefiero mil veces “que mi hija se case con un goy *changador, carrero*, antes que con “un judío polaco”. Puedo nombrar a esta familia, y nótese que se trata de gente acomodada, y que la hija a la sazón ya era bachiller.

¿Por qué compara el autor a los judíos con un enjambre que vaga y se dispersa sin posarse? Paréceme que, desde su *expulsión* (léase: vagar forzoso) de España en el siglo XV de la era vulgar, no vagan más, puesto que la emigración a ambas Américas no es vagar; en el caso contrario vaga toda Europa, menos los Lapones y los Esquimales.

“Después de plasmadas las ciudades, aparecen como buhoneros. En el judío se ha estancado la iniciativa”. (ibid.) Un argentino como es el autor, no debe ignorar que los primeros judíos que aparecieron en la República Argentina, eran *colonos y no buhoneros*, que poblaron Mauricio y Carlos Casares en la provincia de Buenos Aires, Clara y Basavilbaso en Entre Ríos, Palacios y Moisesville en Santa Fe y otras. En cuanto a lo segundo, baste citar a la casa cerealista Dreyfus, para ver lo poco substanciosa que es esta afirmación y las que le siguen. Le echa en cara al judío que “se ha restringido al volverse exclusivamente hombre

práctico"; y el inglés y el yankee, arios, ¿quiénes más prácticos que ellos? Pero, como son arios, su practicismo no es un defecto, ¿verdad?

En cambio, sigue el autor: "carece de facultades artísticas". ¿Omite intencionalmente, o realmente ignora los nombres de los judíos Mendelsohn-Bartholdy, Halevy, Meyerbeer, Anton y Nicolás Rubinstein, Saint-Saens en la música; los nombres de Min-kovski, Levitán y Pasternák en la pintura, y del gran Antokolski en la escultura? (De paso, el cristiano Bizet casó con la hija de Halevy un poco después del año 1857, lo que desmiente aun más el hecho aislado de que hace mención el autor). Las frases que siguen: "Su cerebración es la del tasador, su lábaro íntimo es el pagaré", son, a más de infundadas, dictadas por el odio enseñado por aquellos verdaderos enemigos de la humanidad, que con el indudable "lábaro": "Ad majorem Dei gloriam" en la diestra, quemaban en piras y atormentaban en las cárceles del Tribunal del "santo oficio", a los herejes y otros, cuyo único crimen consistía en ser judíos.

Pero a Argerich no le interesan "los agravios de que se queja" el judío, y le contesta "imputet sibi". Claro, la culpa es de ellos; su esclavitud en Egipto, su cautiverio en Babilonia, su conquista por los Romanos, los innumerables autos de fe en que fueron inmoladas familias enteras, merced a la misericordia de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Inquisición; su posterior expulsión de España, la creación del ghetto, los pogroms y las mentiras infames de Henry Ford, al que empieza a seguir en pos Antonio Argerich. ¿Por qué? Porque "no pedían prole para el ganado, ni lluvia para los campos, vida larga y sana para la familia" (pág. 36). Abrimos el Deuteronomio, cap. XXVIII, versículos 11-12, y leemos:

"Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, y en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, en el país que juró Jehová a tus padres que te había de dar. Abrirte ha Jehová su buen depósito, el cielo, para dar lluvia a tu tierra a su tiempo, y para bendecir toda obra de tus manos". Otro hecho: hasta ahora, hasta hoy en día, en la oración diaria judía figura una frase — loor a Jehová, por "hacer bajar el rocío" durante la estación estival, y por "hacer soplar el viento y bajar la lluvia",

en los días invernales, cosa que dista mucho de implorar riquezas en metálico. Ignorando esto, se explica que Argerich diga en la misma página: "Ya estaba modelado para la usura", pues ignora también otro lugar de la biblia (Exodo XXI; versículo 25-26):

"Si dieses a mi pueblo dinero prestado, al pobre que está contigo, no te portarás con él como logrero, ni le impondrás usura. Si tomares en prenda el vestido de tu prójimo, a la puesta del sol se lo devolverás."

Cuanto a la cita "y prestarás a muchas gentes, y tú no tomarás prestado" que viene a ser el final del vers. 12, cap. XXVIII del Deuteronomio, citado por mí antes, y no del XXIII, como él la trae en esa página en que trastrueca alegremente capítulos y versículos, no indica precisamente lo que el autor en vano se empeña en demostrar; sino que es una consecuencia lógica, natural, de la abundancia, bendición de Jehová. Claro: el que tiene abundancia, no necesita créditos, más bien, los otorga. ¿No han concedido créditos los EE. UU. de Norte América casi a todas las naciones europeas durante la guerra? ¿Y todas estas naciones, inclusive los EE. UU., son arias!

Pero sigamos. Un dato geográfico sobre un río que tenía arenas auríferas, es tomado como una obsesión judía del oro. Esto no es sino malicia, y por esta razón no hablaré más sobre el punto. Lo que sí vale la pena de considerarse, son las siguientes palabras: "Jehová creó al hombre a su imagen, y nació Shylok sobre las doradas ondas del río Pisón". Probablemente, el *Avaro* de Molière, *El caballero avaro* del ruso Púschkin (*eslavo*) y *Plúschkin* del ucraniano Gógol (*eslavo*), no entrarán en la voltea, puesto que en dichas obras se trata de personajes arios. Pero el judío Shylok sí, y esto que el noble genio del inmortal Shakespeare lo obliga, debido a lo dramático del asunto, a defender o vengar el honor de la hija, como puede, pagando tributo a la época. Tampoco Sara es *inducida* por Abraham al degradante comercio, sino que es *tomada* por Abimelech (Génesis, XX, vers. 2), de modo que el patriarca Abraham *no* "trafica con su compañera", como se le antoja a Argerich. Pero éste se olvida u omite intencionalmente que otros dos semitas, hijos de Jacob, Simeón y Leví, fueron capaces de pasar por las armas a todos los varones de Hamor y Sichem, por la ofensa inferida por éste

a la hermana de ellos, Dinah: ¿"Había él de tratar a nuestra hermana como a una ramera?" (Génesis, XXXIV, vers. 31). ¿En qué se diferencia, pues, en esencia, este hecho, de la guerra Troyana? En ambas partes hubo astucia, en ambas partes hay que aplicar el "cherchez la femme". Y algo más: ¿Cómo, de dónde supo Argerich que a la mujer adúltera apedreada por los fariseos, "nada le ha ocurrido en el propio hogar"? Si se basa en el argumento bíblico, para echar sentencias lapidarias contra el patriarca Abraham, hubo de haber seguido leyendo los versículos que siguen al 2 del cap. XX del Génesis; así se evitaría el desagradable trance en que se le pone demostrando su parcialidad, su encono y sus aseveraciones falsas, pues "Abimelech no había llegado a ella, y dijo: Señor, también matarás a la gente justa?"

Extraña es la manera de pensar de Argerich: ensalza al libertino Don Juan que seduce por doquier con sus besos, como antítesis de Shylok; canta loores a la cortesana Friné, personificación del vicio, que con cálculo finísimo, supo sobornar a los jueces libertinos, desnudándose delante de ellos. Pero se guarda muy bien de mencionar que Jehová castiga con la muerte a la meretriz, mientras que los griegos casi deifican a las hetairas, como a sacerdotisas de Afrodita; y omite que fué Jehová quién mató al primer masturbador, el vicioso Onan, y el mismo castigo aplicó a Sodoma y Gomorra, por el vicio de homosexualismo, conocido y practicado por los arios Borgias, bajo el nombre de "vicio griego", también ario.

Pero el mito del rapto de Helena y de que toda Grecia se levantó en armas contra los troyanos, cede en la faz moral, a la leyenda de Simeón y Levi, cuya contestación rotunda he citado. La guerra Troyana es un reflejo poético de aquellos momentos de la vida humana en la época protohistórica, cuando en una tribu disminuía considerablemente el número de hembras o de machos, cosa que dió, probablemente, origen a la poliandria y a la poligamia, respectivamente (A. Castellanos, *La familia primitiva*, Rosario, 1923), y esto, al mismo tiempo, explica fácilmente, tanto el hecho de Sara con Abimelech, como el de Ruth con Booz ("horrorosos" para Argerich). Sólo que éste no lo conoce, como ignora muchas otras cosas por el estilo, y por eso es que dice: "Sulamita vaga husmeando como una perra en celo".

Claro, porque es judía, pero se cuidará mucho de pronunciar una sola palabra de Agripina la Menor, Mesalina, los Borgia, Catalina II de Rusia, prototipos todas ellas de la vida disoluta y del libertinaje; no dirá ni una sola palabra, probablemente, porque son arias.

Pero prosigamos con el autor: "Ese Dios único, individualista, impuesto por la fuerza, aislado, tirano, sin control, imagen y semejanza antropomórfica del semita...." Aquí se ha desenmascarado solo el señor Argerich, y ni valdría la pena de seguir discutiéndole, pero por respeto a los otros colaboradores de esta revista, única en el país, por respeto al mismo país, voy a seguir y trataré de batirlo con las mismas armas que él emplea. es decir, con el texto de la biblia. Citaré algunos versículos.

Exodo XXXIV, vers. 6 y 7: "Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado..."

Ibid., XXIII, vers. 4 y 5: "Si encontrases al buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás entonces desamparado? Sin falta ayudarás con él a levantarlo."

Este Dios, según Argerich, "resultaba incomprensible para el alma aria" (pág. 370); a no ser que "el descendiente del ario se adelantó (en vista de la derrota de Jehová, ¿no vé?) creando al Mesías", y mandó perdonar al prójimo setenta y siete veces, copiando o inspirándose en lo que acabo de citar, como también en el conocidísimo adagio bíblico: "amarás a tu prójimo como a tí mismo", y en el talmúdico: "lo que a tí es odioso, no harás a tu prójimo".

Después de esto, yo no sabría afirmar que el cristianismo ario, según se desprende de las afirmaciones de Argerich, es infusible con el judaísmo semítico. Pero así ha de pensar el polaco Gumplovicz, y ha de ser cierto, sobre todo para aquél, pues la afinidad antisemítica de ambos salta a la vista. En efecto: Argerich dice que "el semita es un forastero en el planeta", y Gumplovicz lamenta que "los judíos ni supieron, ni sepan todavía desaparecer". Yo, por mi parte, me atreveré a decir, completando, pero sin lamentaciones y sin regocijo, la frase de polaco, que los

judíos *no sabrán nunca* desaparecer, pese a quien pese. Porque un pueblo que dió al mundo individuos como Spinoza, Mendelssohn, Minkovsky (el matemático), Hertz, Cantor y Einstein, *no puede* desaparecer, como tampoco lo puede un pueblo en cuyo seno nacieron Aristóteles o Fidias, Miguel Angel o Leonardo, Beethoven o Goethe, Shakespeare, Ameghino, Tolstoy, Poincaré, France.

Volviendo ahora a los conceptos que emite Argerich, tropezamos (pág. 371), con que Jehová desempeña en el drama el papel de garañón... ¿No advierte qué papel destina a los otros miembros de la "sagrada familia"? Si es Vd. un antisemita poco leído, no obstante ser ya bastante envenenado; como cristiano, como católico resulta Vd. bastante torpe, ya lo ve. Y vamos de mal en peor, pues en la misma página dice: "La tendencia a la "individualidad cerrada germina en el egoísmo del aislamiento, "y puede hacerse racial. Lo estamos viendo". Yo le diré dónde: en los conventos... arios, claro está, pues los judíos, por fortuna o por desgracia, no los tienen. Y si alguien es forastero en el planeta, no lo son precisamente los semitas, si no los otros que se aíslan en los innumerables conventos, renunciando o más bien desobedeciendo (nominalmente, pues en caso contrario se castrarían), a los preceptos de la Naturaleza y a su imperativo categórico de la reproducción. "Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra", fué el precepto de Jehová el semita; "Matad la carne, pues el hombre es hijo del pecado", fué el lema del cristianismo, que aun perdura en círculos eclesiásticos, felizmente, muy pequeños, y esto, aquí entre nosotros, "¿chi lo sa?". La deducción que se impone aquí, es completamente contraria a las afirmaciones de Argerich. En criollo se llama a esto: "colgarle a otro el perro muerto".

Más adelante dice Argerich, que el monoteísmo no representa un progreso. ¡Vaya una novedad! Opino que no es más que un reflejo de la historia del pueblo, en el momento de plasmarse su religión. El judío, nómada en el desierto monótono, forzosamente tuvo que crearse una religión monoteísta. En cambio, los griegos, que habitaban un hermoso suelo accidentadísimo, rodeado por mares y cortado por numerosos riachos, bosques, valles, y colinas, tuvieron que concebir una hermosa religión politeísta. La

misma palabra "dios", (en hebreo "El", "Eloáh", "Elohim", a la par que "Elón"-roble), significa fuerza, robustez, lo que indica que, en la vida del desierto, la mejor defensa, el único amparo, es la fuerza. Algo más: el himno *ario* compuesto por el doctor Martín Lutero, también principia así: "Eine feste Burg ist unser Gott" (un castillo robusto es nuestro Dios), magnífico reflejo de la época. De paso, la música de este himno de guerra, de batalla, también compuesta por Lutero, fué perfectísimamente amalgamada por el judío Meyerbeer, en la conocida ópera *Hugonotes*. (Nótese de nuevo la "infusibilidad" del alma aria con la semita). En cuanto a que la religión monoteísta es "la negación de la biología y del sudor social en las edades", me declaro decididamente en discrepancia, pues opino que la religión o, mejor dicho, las religiones, independientemente del número y del aspecto de los dioses con que cuentan, no representan más que una faz, la mitológica, del pensamiento humano, en el camino de la búsqueda de la Verdad. Empezando, digamos, por Homero, a través de Pitágoras, Demócrito, Aristóteles, Platón, y terminando con el mito de Jesucristo, se observa en el desarrollo del pensamiento humano, una perfecta sinusoide, hablando gráficamente en el lenguaje físico-matemático, pues la gráfica del periodo (longitud de onda) es completa: empezamos por la mitología de Homero, pasamos a los cuatro elementos, al átomo, y después de otras peripecias simétricas, volvemos a la mitología cristiana. De modo que no es ni progreso, ni retroceso, ni negación de biología, etc.

No comentaré lo del "socialismo judío que es un mimetismo, un caballo troyano", etc., pues ello es tan rotundo como infundado; sonoro, es cierto, pero de ahí no pasa.

Menos perdonable es la confusión que se ha deslizado al usar el término "economía política", pues se confunde lamentablemente el concepto de un proceso histórico, con el nombre de una ciencia. Esta no puede influir en la marcha y el desarrollo de aquél.

Y ahora, unas acotaciones.

Pág. 374. "La raza modifica el clima", y la explicación que sigue, no es más que balbuceo infantil, pues en caso de ser verdad tanta belleza, hace mucho que tendríamos temperaturas distintas de las actuales, en el Ecuador y en los polos, y no necesitaríamos

buscar lugares de veraneo, porque, con transformar el clima, el problema estaría resuelto.

Pág. 375. "El grupo hebreo... no percibe la sinfonía, y sólo oye el golpe del gong que llama al banquete". Véase: *Los intereses creados* de Benavente; Sancho Panza en el *Quijote*; *El jardín de los cerezos* de Chejov, y el famoso "time is money" anglosajón. Y Vd. mismo, en el artículo de que nos estamos ocupando, quiere imponer a Yankinlandia el arancel, "desfacedor de entuertos", debido a cierto desequilibrio de la balanza comercial en el mercado de huevos, pollos y gallinas. Sólo que se ha dormido, y no oyó el golpe del gong, pues el yankee le ganó el tirón y le comió la breva. Y no podrá decir Vd. que en este caso "son los judíos que en la sociedad aria han venido a representar el papel de perturbadores del ritmo de nuestra evolución", pues en todos los casos citados se trata de puros arios, y en el último, del pueblo anglosajón, luego ario.

Todas las inculpaciones que se hacen en el artículo al comunismo, sólo pueden referirse a la primitiva forma del mismo, durante la época protohistórica de la humanidad; puesto que su forma actual que se está ensayando en el "conato ruso", no es otra cosa que una intención, bien justificada desde el punto de vista proletario, de imponer aunque sea manu militari, orden y organización social y estatal, a la anarquía reinante en la producción, característica del régimen capitalista que aun conserva suficiente proporción de aquello que lo acerca al feudalismo con todas sus delicias. Y no "reformas" necesita el actual régimen de propiedad, sino *una reforma*; claro, de tal índole, que puede asustar a muerte a la gente acomodada, que quiere marchar hacia el futuro, "acordes al ritmo que imprime nuestra experiencia racial y social". Esta es la cosa: siempre con el ritmo, siempre despacito, de acuerdo con lo que dice la experiencia, alias "nuestros padres, nuestros abuelos", en fin, la tradición. Mire usted que ese es un sendero peligroso; en la vida privada lleva al adagio: "por la calle de mañana se va a la plaza de nunca". En cuanto a la vida político-económico-social, lleva al estancamiento, que una ráfaga histórica barre con la misma crueldad e ímpetu de que Vd. maldice tanto, pero que indefectiblemente destruye los privilegios de las clases usurpadoras.

Ibid. "Los teorizadores son seres que sueñan despiertos.... obedeciendo a un simplismo inconsciente, magnificado por el fanatismo o el interés..." Imposible hacer concordar el sonambulismo fanático con los cálculos del interés, que requiere estar bien despierto, con los cinco sentidos alerta, y en tensión, y que lo atestigüen las gentes de la Bolsa.

Ibid. "Marx envenenó al proletariado..." Punto de vista típica y esencialmente burgués, al que conviene y siempre convenirá que la clase obrera, la despojada, la desheredada, la expoliada, permanezca tranquila y obediente, esperando sumisamente las "reformas" que la clase que vive de rapiña y del "sudor social", (que Argerich usó fuera de lugar) se digne regalar magnánimamente. Hasta entonces, "la paz reinará en Varsovia", la paz apoyada en bayonetas, como lo atestigüaron las horcas de Chicago, las numerosas prisiones de Siberia y las tristemente célebres celdas en las fortalezas de Pedro y Pablo, de Schlisselburg, de San Angelo, etc.

Y si bien no deja de ser cierto que la "economía política" (yo diría: "el factor económico") no es más que un arco de la circunferencia, tal vez, un tantico mayor que un grado, esto no representa ninguna novedad. Lo dijo hace mucho el coetáneo de Marx y Bakunín, el pensador y economista ruso Lavróv, en sus obras: *Los problemas del entendimiento de la historia*, *Cartas históricas*, *Ensayo sobre la historia del pensamiento* y *A quién pertenece el porvenir*, donde desarrolla la interdependencia de muchos factores sociales, entre ellos, el económico; fundando así la escuela del "Realismo histórico", un poco más amplio, más general que el materialismo económico y que el histórico. Este sistema, bien conocido en los círculos socialistas y revolucionarios de Europa, pero ignorado u omitido entre nosotros, junto con la obra de Mijailovski, continuador y popularizador de Lavróv, sirvió de fundamentación filosófica a todo el programa mínimo de los S. R. (socialistas-revolucionarios), actuales enemigos acérrimos de los bolcheviques, cuya ala izquierda se había separado del partido S. R., a principios del siglo actual, no contentándose con el programa mínimo de éste; de ahí su nombre impropio de "maximalistas", cuyo programa, en sus nueve décimas partes, es el adoptado por el bolsheviquismo actual. En el *eslavo* Lenin, y

subrayo *eslavo*, se fusionaron, pues, el marxismo semita y el realismo histórico ario de Lavróv.

Hecha esta digresión, volveré a las acotaciones.

Pág. 379. "Lenin tomó de Pablo, el evangelista judío, la máxima — "qui non laborat non manducit" — y del antropomorfismo ventrílocuo, la otra admonición: — "ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Los que son contrarios a la emancipación del proletariado; que pretenden atribuir origen divino a la división de la humanidad en ricos y pobres y que viven de la extorsión de conciencias en el confesonario y fuera de él, interpretan esta última cita (Génesis III, 19) como una maldición para el género humano, castigo impuesto por haber caído en pecado mortal, el de haber comido el fruto de la Ciencia. Los bienaventurados, pues, son aquellos que pueden pasarse la vida sin mover un dedo, porque "el vivo vive del zonzo, y éste de su trabajo", como dicen en los arrabales porteños. Yo no tengo tan mala opinión de los arios, como podría resultar la del autor del artículo en cuestión, si siguiésemos el parecer de su lógica.

Pág. 379. "... Parecen estupradores del medido paso histórico...". En realidad, no merece ninguna contestación una invectiva, a más de gratuita, absolutamente falta de contenido y de cultura elemental.

Pág. 380. Me voy a referir a la divergencia o, más bien, controversia que sostuvieron con Marx—, Kropotkin y Bakunin de un lado y P. Lavróv de otro. El primero llamando hacia la revolución, proclamaba la entrega del poder conquistado a la burguesía, pues el estado del desarrollo económico de los países europeos, aun no había completado el ciclo de la "concentración del capital" (posible, según Marx, únicamente en presencia de la clase burguesa), y "conditio sine qua non", para la posibilidad del advenimiento del socialismo; mientras que Bakunin y Kropotkin, negando la necesidad de tal concentración, se inclinaban hacia la revolución social inmediata. Al mismo tiempo Pedro Lavrov, contrario a la filosofía de Marx a la que oponía su "realismo histórico", en cuanto al fundamento del programa, discrepaba también con el mismo en lo tocante de las fuerzas creadoras del capital, como algo exclusivo, pues era una consecuencia lógica de su

comprensión de la historia como proceso: de este modo se hacía innecesaria la famosa "concentración", y el cambio del régimen de propiedad se hacía posible de inmediato. Sólo que para ello era suficiente el método de la propaganda verbal, mientras que sus dos contrincantes rusos exigían el ejemplo de los hechos: de ahí el terrorismo fundado en Rusia por Bakunin.

Pág. 380. "Su (del judío) tierra de promisión se ha estilizado en motivos del Pactolo". Permítame el señor Argerich que le diga que está mal, pésimamente informado, y ahora mismo le voy a corregir la información que le han suministrado con toda mala fe. En primer lugar, en numerosísimos versículos de distintos pasajes de la biblia, el "Dios de Israel", aġ hablar de la tierra prometida, la describe siempre como "chorreante de miel y leche", y no de oro, como finge soñar su informante, señor Argerich. Y en segundo lugar, si alguien ha codiciado oro, fué un ario, el rey frigio Midas, el de las orejas de asno, que había solicitado de Apolo la facultad de convertir en oro todo lo que tocase, y que casi se muere de hambre debido a su codicia. Es él quien tuvo que dejar su funesto don en el río Pactolo, que según la leyenda, fué la fuente de las riquezas de Cresos, el cual también, como por encargo, era ario. Como ve, el semita no tiene nada que ver en esto, y me alegro mucho de haber disipado un poco su mala información al respecto. Pero aun me falta hacer algo en este sentido. Hay en la misma página 380 un párrafo difícil de descifrar, a causa de la poca claridad de su lenguaje, en el que se habla de "programar la lucha político-social contra el avasallamiento del "centralismo y las normas económicas artificiales". No sé si lo he entendido bien al autor, pero, según mi interpretación, cabe la siguiente aclaración:

La piedra angular del programa-mínimo del partido S.-R. (socialistas-revolucionarios), era la "socialización" de la tierra labrable, prados, bosques, en fin, de todo lo que atañe a las industrias agropecuarias. Consistía esta proyectada medida revolucionaria, en la entrega de extensiones de tierra en las condiciones mencionadas, a las "obschinas", o sea comunas rurales. instituto, orgánica, diríase biológicamente ruso, que existía desde los mismos comienzos del pueblo ruso, sobre todo en el centro y en el este del imperio; y aun en la Rusia Blanca y en Ucrania existían bosques comunales, potreros comunales, etc. Como el pueblo

había empezado a prestar mucho oído a la continua e incansable propaganda S. R., el gobierno zarista en 1910-1911, durante el ministerio de Stolypin, decidió fundar un Banco especial que concediese préstamos en condiciones aparentemente liberales a aquellos campesinos labriegos (mujiks), que consintieran en abandonar a la "obschina", convirtiendo en propiedad particular su parcela de tierra, pues en aquélla no existía este derecho de enajenación, ni tampoco lo otorgaba la "socialización" proyectada en el programa de los S.-R. Como se ve, este paso estaba destinado a minar la acción socialista y revolucionaria, disolviendo por medio de un proceso "natural", la "obschina", célula embrionaria de las comunas socialistas introducidas ahora en Rusia, con ciertas modificaciones que vinieron a beneficiar enormemente a la mayor parte de la población, que son los campesinos; no obstante, estos también ahora carecen del derecho de enajenación a terceros, de sus respectivos lotes cultivados o cultivables, como también está introducido el instituto de las "redivisiones" periódicas o esporádicas. Todo esto se acerca mucho al "año jubilar", o "yobel" que prescribe el Levítico a los judíos. Ya ve el señor Argerich que la mentalidad aria y la semita, aun a través de los siglos, no son tan paralelas que solamente hayan de juntarse en el infinito, sino que, como lo he indicado varias veces aquí, tienen puntos de contacto, y hasta a veces de coincidencia.

Pág. 381-382. Me voy a referir al exclusivismo del concepto que habría sostenido Marx sobre el materialismo histórico. Resulta que Marx no pretendía tanto, y fueron los marxistas franceses quienes lo propalaron. Como consecuencia de esto, la famosa frase de Marx: "Quant á moi, je ne suis pas marxiste" (claro, marxista francés). En la correspondencia sostenida por Marx con Lavróv y con otro economista ruso; Joukovski, criticándoles éstos el materialismo con el cual pretendía explicar todos los fenómenos sociales, Marx contestaba textualmente: "Mi crítico, al decir esto, me hace mucho honor y mucho agravio, pues yo nunca pretendí tal cosa. Usted bien sabrá que más de una vez he sostenido que los mismos fenómenos provocan a veces resultados distintos y hasta diametralmente opuestos". Resulta, pues, poco verídica la afirmación que los bolcheviques vendan los ojos a los obreros, pues la palinodia de Marx (y no de Engels), hace mucho que es conocida entre las masas obreras ru-

sas. Y, a propósito: ¿Quiénes más que el ruso Plejánov y el alemán Káutski, ambos arios, se habían encerrado en el dogma del marxismo, cobrando por esto fama de “marxistas ortodoxos”?

¿Y cree sinceramente el autor que la supresión de la esclavitud se debe a la concepción económica aria? Me parece que está en un error; para convencerse de ello, que lea lo que traigo a continuación:

“ Cuando se vendiere a tí tu hermano, hebreo o hebrea, y te hubiere servido seis años, al séptimo año le despedirás libre de tí. Y cuando lo despidieres libre de tí, no lo enviarás vacío: le abastecerás liberalmente de tus ovejas, de tu era y de tu lagar; le darás de aquello en que Jehová te hubiere bendecido”. (Deuteronomio, XV, vers. 12, 13, 14).

Fué *esto* la piedra fundamental de la renuncia al “trabajo sin compensación”, y nótese la diferencia entre este modo de manumitir a un esclavo, y el modo de libertar a los siervos, recién en el siglo pasado, en Prusia y Austria, donde no se les dió ni un palmo de terreno, para labrar, y en Rusia, donde, proveyéndolos de míseros lotes de tierra no menos mísera, se les gravó de impuestos tan grandes en beneficio de los terratenientes “perjudicados”, que recién en el año 1911, empezaron algunos de los libertados a finiquitar la paga que amenazaba ser eterna, a no empezar la magna Revolución.

Más adelante, en la página 383, dice el autor que los cien millones de rusos *de descendencia aria*, hicieron una revolución, y “el campesino por sí y ante sí, y aun en contra de Lenin, la prescripción de la tierra que ocupaba... no en favor del soviét, sino defendiendo su parcela...”

Recientemente, en la pág. 379, acaba de decir que sólo los semitas, “como estupradores del medido paso histórico, son atraídos por el imán de sus intereses y de su objeto concreto”. Ahora resulta que el mismo pecado cometen nada menos que *cien millo-*nes de arios. ¿En qué reside, pues, la diferencia entre las respectivas concepciones económicas del judío y del ario?

Estamos cerca del final, y aun no hemos descubierto el “fantasma del comunismo” con que nos quiso asustar Ärgerich, o que, por lo menos, pudiese justificar tan pomposo nombre del artículo de que nos ocupamos. Sí, hemos visto mucho odio innmercido, muchas omisiones y poquísima preocupación por investigar más hon-

damente, más honradamente el asunto. Pero el autor cree, a pies juntillas, que la panacea, por lo menos para el país que habitamos, está en "la constitución nacional puesta en marcha honradamente...". Admitimos. Pero... ¿quién lo hará? ¿Los antisemitas sanguinarios Treitschke y Bernhardi en Alemania, su reproducción Henry Ford, "made in U. S. A.", o aquellas hordas seudopatrióticas que en el año 1910 saqueaban y quemaban bibliotecas en el barrio judío de Buenos Aires, y en el 1919 pegaban balazos por el crimen inaudito de ser judío o parecer serlo, por las luen-gas barbas?

Para terminar, sólo me resta agregar pocas palabras de rigurosa actualidad. El famoso Henry Ford, antisemita citado por mí varias veces en el transcurso del presente artículo, — según los telegramas aparecidos en los diarios durante los primeros días de julio, ha "cantado la palinodia", retractándose de toda su propaganda antijudía, debida, según él, a la mala información que tenía respecto de ellos. Dicen las malas lenguas, en los mismos diarios, que esto se debe al hecho de que está por salir de las fábricas del mentado una nueva marca de autos; y también, que como en Nueva York hay cerca de un millón y medio de judíos, cuyos votos pueden pesar en la balanza electoral,—no está demás conquistarlos de un modo o de otro en vísperas de las elecciones presidenciales, puesto que es un hecho la candidatura de Ford para el sillón de Lincoln y Wáshington. ¿Será ésto una nueva diferencia entre la concepción económica judía y aria, o, simplemente una nueva muestra del "desinterés" ario?

Y para concluir:

Hay gente, como el articulista del cual nos hemos ocupado, que odian al judío, buscando por todos los medios de denigrarlo, a sangre y fuego, — en la edad media, en el renacimiento y después del mismo, hasta en la actualidad. Hay otros que, en conferencias públicas o en obras escritas, como disculpándose de agravios inferidos por otros, tratan de ensalzar al judío, calificándolo como dechado de virtudes. Los unos y los otros, a mi parecer, están en un error: los judíos, como los arios, tienen virtudes y defectos, defectos y virtudes, y como tales habría que tratarlos y considerarlos, si se quiere ser honrado.

N. CAPLÁN.

Rosario.

EL SENTIDO ETICO Y MISTICO DE LA OBRA DE FAUSTINO BRUGHETTI

LA íntima vivencia del artista puede expresarse de dos maneras: o por la forma pura — clasicismo, modernismo — o por el sentimiento y el pensamiento que se sobreponen a la forma. A despecho del juicio limitado, exclusivista con frecuencia, de los artistas y críticos, ninguno de esos modos es desdeñable y cada uno de ellos cumple su función propia, tiene un área de influencia peculiar sobre el espíritu humano. La forma clasicista, por ejemplo, sirve a la belleza eterna, a esa necesidad tan propia del hombre de objetivar y fijar su visión estética del mundo con prescindencia de todos los problemas interiores. La forma modernista, que desecha los cánones consagrados y se arroja con precipitado ímpetu, tanteando en el vacío, a descubrir nuevos módulos de belleza, obedece a un enérgico imperativo, implícito en el destino de nuestra época, que lleva al desplazamiento de los ejes vitales, los cuales dejan de estar al servicio de la vida para entrar al servicio del espíritu. Este último movimiento es el único que corresponde, en lo exterior, a la sensibilidad viviente, colectiva, del momento actual. Aparte de estas tendencias, puramente formales y sensitivas, se desarrolla la otra corriente, que podría denominarse de arte interior, en la que el artista utiliza la forma instrumentalmente para expresar su emoción o su pensamiento. Este es, sin duda, el aspecto superior del arte, en el que se cumple la más alta finalidad; pero también el menos gustado por la multitud, en razón de que requiere en el espectador cualidades más complejas, sensibilidad más refinada. No obstante, como se ha dicho, cada una de esas fases de la creación artística ejerce una función propia y contribuye a la elevación integral del

hombre; hecho que los artistas, en general, son los que más se niegan a reconocer, pues rechazan y desautorizan con sectarismo fanático, revelador de primarios egoísmos o de singular miopía, todo arte que difiera del género que ejercita cada uno de ellos; sin reparar en que esa actitud imposibilita, o dificulta, la solidaria cooperación, tan necesaria en el campo intelectual, y les entrega inermes y aislados a la indiferente beocia pública.

Esta índole espiritual de arte interior es la menos frecuente; tan rara y esporádica que no llega a alcanzar carácter colectivo; pues exige en el creador, además del dominio de la técnica, personalidad consciente y definida, capaz de asumir una posición individual frente a la vida común. Ello implica, además, como consecuencia, la posesión de cualidades éticas tan relevantes que revisten la categoría del estoicismo heroico. No a otro precio, en efecto, que el del sacrificio personal, de la renuncia a los beneficios inmediatos, puede acometerse una obra artística cuyo fin esencial consista en la elevación moral del hombre; y más aún en esta época, y en nuestro medio, donde los valores eticistas no logran cotización. No extrañará, por lo tanto, si se tienen en cuenta esas premisas, que Faustino Brughetti, quien ha hecho un apostolado de su arte, no haya conseguido aún los fáciles favores del éxito exterior en la medida que corresponde a su vasta obra selecta. Se requiere, para ello, un estado de cultura colectiva que nos encontramos lejos de alcanzar, pero al cual, indefectiblemente, nos elevaremos algún día. La estética de Brughetti no se puede medir con cánones externos. Pertenece a un plano en que se funden la belleza con la ética y la primera deriva de la segunda. No quiere esto decir que aquí la estética consista únicamente en la calidad elevada de la lección moral. Sería, entonces, ese arte, preceptivo y su valor, puramente conceptista. Más altos son los quilates que contiene. Consiste su belleza fundamental en la armonía, serenidad y permanencia del estado de alma que traduce. Es este un plano difícil de escalar. Aparte de poseer una esencia de bondad inalterable, dilatada y honda como el mar, es preciso haberse macerado largamente en aguas de sufrimiento. Es necesario haber descendido, muchas veces, a las lóbregas cavernas de la desesperanza, y haberse debatido con ahinco atado por los grilletes de la impotencia. Y cuando el ímpetu se ha agotado en es-

tériles reacciones, cuando han cegado los ojos para el mundo, a fuerza de llorar interiormente, cuando el odio a la maldad se ha trocado en amor a los caídos y en infinita piedad por la ceguera humana, recién entonces empieza a clarear en lo íntimo del ser el alba de una aurora, cuya luz es de esencia inextinguible, y que alumbra la vida desde adentro, revelándonos un universo maravilloso donde ya no rige la ley del perecer y en el cual se realiza la comunión del alma consigo misma. Ese estado de espíritu constituye un eje vital en cuyo derredor empieza a girar otra vida nueva, inflamada por el resplandor suavísimo de una paz inmaterial, en la que vibran las armonías inefables de lo absoluto del ser. Cuando el alma se ha elevado a esa cima mística contempla la realidad con nuevos ojos y la ve bajo su aspecto de eternidad. Atraviesa el velo mágico en que se envuelven las cosas y va derecha a su esencia permanente. Entonces se le revela un género de belleza que no puede ser gustada ni conocida por el hombre natural, porque no estriba en las formas, ni en las apariencias, sino en la esencia secreta de lo perdurable. Este modo de belleza no está hecho para los ojos físicos, no alimenta la sensualidad visiva, se dirige rectamente a los sentidos suprasensibles y nutre el centro mismo de las almas. Así, al representar a la naturaleza, o a los seres, tomará de ellos la esencia, la chispa de eternidad que se oculta bajo el manto de lo efímero. Y cualquier cosa que exprese, cualquiera intención que el artista ponga en la creación de sus obras trasuntará en realidad lo mismo: la sensación de la permanencia, la comunión de las almas.

Tal el caso de Brughetti y la índole de su arte; del cual se puede afirmar, sin que ello le sea desmedro, que está ausente de él la gracia, en general. Otro es el valor que lo categoriza. La sensualidad formal, acariciante de la mirada, está aquí substituída, sobre todo en las figuras, por un acento hierático, solemne, de profundidad moral, que reviste el tono de la rigidez y a veces linda en la afectación. Pero esa llama ustoria que las anima, dándoles relieve trágico, prende en lo íntimo de nuestra sensibilidad, fijando sus caracteres inalterables. Este módulo de las figuras se transforma en el paisaje, donde se hace más visible la serenidad y la dulzura acercándolo al alcance de la estimación profana.

Y es que, probablemente, en el amor de Brughetti hacia los hombres existe algo, todavía, de ese resentimiento estudiado por

Scheler, en el cual se contienen los residuos del odio y es una forma pasiva de la venganza. A causa precisamente de su amor al hombre ideal no puede aún ver Brughetti con amor al hombre concreto. Percibe en él con harta evidencia sus imperfecciones y defectos y no logra sustraerse a esa impresión que le impide entregarse a la contemplación de la belleza y a la complacencia de la forma. El sentimiento ascético le domina y marca sus figuras con ese sello de tensa rigidez.

En cambio, en el paisaje se abandona libremente su alma y se transfunde en las formas, impregnándolas de suave, deleitosa paz. Hay paisajes de Brughetti, especialmente otoñales e invernales, en los que se siente el alma liberada, enajenada de sí misma, flotando en el ambiente, consubstanciada con él, en una confortante sensación de íntima delicia que le recuerda su reino originario.

Como es lógico en un arte de esa especie la tónica general en que se inspiran sus cuadros es la emoción y la ética. No es la belleza formal, ni el ostentoso triunfo, lo que seduce y capta su inspiración; es el sentimiento íntimo, el dolor de los humildes, la tragedia silenciosa. Busca, como Jesús, sus compañeros, los hijos de su espíritu, entre las almas anónimas, en la recóndita media luz de las pobres conciencias solitarias. Así, sus cuadros *Amor filial*, *Interior de herrería*, *La oración*, *La muerte del bastardo*, *Eterna comedia* y principalmente *Cristo ante el dolor humano*, que es su obra maestra, donde Brughetti ha expresado su más alto ideal consistente en la redención del ser humano, por medio del dolor. Seguramente es, de todos, este cuadro el que hace más sensible esa íntima serenidad, y en la cual se funden los contrastes y se resuelven en unidad, y en quieta unción del espíritu, las tormentas exteriores. El tema, de atrevimiento dostoyewskiano, consiste en el descenso de Jesús a los infiernos sociales. La escena se desarrolla en un luperco, donde las esclavas blancas velan el cadáver de una de ellas, denotando en sus gestos y actitudes que la augusta presencia de la muerte les ha develado toda la abyección estéril en que naufragan sus vidas. La angustia desesperada que las azota ha invocado la figura de Jesús, y éste se aparece al fondo de la sala, no con gesto triunfal de redentor, sino en actitud contrita y macilenta, como si él fuese el culpable de toda la ignominia que gravita sobre aquellas almas laceradas.

Dijérase que medita sobre lo menguado de su triunfo, puesto que al cabo de dos mil años no ha logrado que rediman sus doctrinas a esos seres indefensos, condenados al oprobio, sin clemencia alguna, por los mismos que dicen seguir su religión. La iluminación del cuadro acentúa el sentido de este símbolo, pues así como destacan en primer término, bañadas por la luz, las doloridas desnudas pecadoras, la imagen atormentada del Nazareno ocupa el fondo del cuadro, casi sumergida en la penumbra. Pareciera que el dolor ha transfigurado y exaltado a estas almas precitas, vistiéndolas de mágico esplendor, mientras la excelsa conciencia de Jesús ha asumido sobre sí la sombra de todo aquel sufrimiento irredimido. La religiosa belleza de esta obra alcanza las proporciones de lo sublime moral.

Se advertirá, por lo dicho, que el arte de Brughetti se desarrolla en un plano de metafísica ética, si se me permite la expresión, de muy difícil acceso para los estetas de la forma pura, y ello explica y justifica todas las incomprensiones que ha de padecer su obra necesariamente. Lógico es, por otra parte, aun cuando sea doloroso para el autor, que toda obra destinada a renovar el espíritu humano tenga que sufrir la prueba de un prolongado ostracismo antes de lograr el triunfo; pues necesita ir modificando nuestra sensibilidad para ponernos en condiciones de juzgarla con acierto.

El hombre natural, que en mayor o menor grado lo somos todos aún, no siente el acuciamiento del más allá, sino el aguijón de la sensualidad presente. Si su nivel es muy bajo perseguirá tan sólo en la vida los placeres carnales y tangibles: el arte será para él un inútil desvarío; si ha evolucionado más solicitará del arte el complemento y trasunto de ese sensualismo físico, que a lo sumo elevará al plano intelectual. Pero una obra como esta de Brughetti que le habla del dolor, de la miseria, de las almas humildes y proscriptas, trascendiendo una serenidad supraterrestre, le despertará instintiva repulsión, porque advertirá que, en vez de confirmarlos, socava los fundamentos de su primario existir. Mas viene luego el desgarramiento de ese rosado mundo ilusorio, se derrumba el andamiaje de su universo rajásico, individualista, y entonces la conciencia perturbada masca la angustia del fenecer y comprender recién que no puede nutrirse de lo exterior solamente, sino que ha de buscar dentro de sí las fuentes

de agua vital. Al retornar la vista en esa ocasión hacia el fondo de sí mismo no encuentra más que el vacío; extiende los brazos en derredor y sólo palpa las sombras. Las antiguas creencias le abandonaron, la fe de su niñez es ya ceniza; en los hombres sólo encuentra el egoísmo, el interés material, que distingue con clara percepción aunque revista la túnica religiosa o el amplio manto del arte. Replégase en ese instante la conciencia sobre sí para sumirse en amargo pesimismo. Es en medio de esa noche cuando empieza a tornarse luminoso aquel arte del dolor que tan extraño y oscuro le pareció en otros tiempos. Ahora comprende que aquella obra le hablaba de otro mundo suprasensible del que hoy es habitante desorientado. Quiere negarlo también, desechándolo como una especulación más, pero comprende que allí, reforzando la teoría, hay un testimonio humano: la vida de sacrificio del pintor, quien tuvo que renunciar a los lauros mundanales para forjar ese foco espiritual. Siente, pues, en lo íntimo de su alma el calor de la germinación de una nueva verdad que no depende ya del voltario asentimiento de las gentes, ni del azar de los tiempos. Ha surgido ya su ser a vida imperecedera, a la comunión espiritual del hombre; y en esa labor titánica, prometeica del artista encuentra su evangelio, que a la vez es fuente de verdad y belleza. Por primera vez, entonces, se da cuenta del sentido que encierra esa rigidez, ese hieratismo, que es a manera de vértebra de la estructura moral; necesaria, tal vez, en ese instante, aun cuando pueda ser superada en un grado más alto de la evolución, cuando hayan desaparecido en el espíritu del artista los vestigios del resentimiento.

Así, pues, la obra de Brughetti no es posible apreciarla plenamente a primera vista, ni siquiera estimarla en su valor estético si se carece de cierta sensibilidad interior. Es necesario vencer primero no pocas objeciones mentales y formales para descender al fondo del alma de este artista que traza con su pincel un camino de liberación del hombre a la vez que lo predica con la pluma y lo practica en su vida.

Puede estar tranquilo, sin embargo, respecto del porvenir; porque en vez de su enemigo, el tiempo resultará su mejor aliado, como sucede en toda obra por cuyo intermedio habla el espíritu.

ANTONIO HERRERO.

LA EXPOSICION DE JOSE MARTORELL

EN momentos frívolos, de improvisación, cuando los cultores del arte plástico lánzase sin disciplinas a una aventura creadora, las obras de José Martorell, expuestas en "Los Amigos del Arte", restauran el merecimiento técnico y los valores del dibujo clásico — olvidados por la superstición romántica del impresionismo o el juego intelectual de los futuristas. Y digo dibujo clásico, no para significar estrictamente una índole espiritual, sino por oposición a las maneras ultra-modernistas.

Su realismo, voluptuosamente descriptivo, al par que penetra el carácter de sus personajes, buscando, sin deformaciones, lo que ellos pudieran tener de típico; siente también en el esfuerzo técnico el drama de las formas que afronta, sin rodeos, en los más difíciles problemas de dibujo y color. Esta búsqueda de dificultades a vencer le ha asegurado la docilidad de sus medios materiales, dándole un "concepto" técnico, aunque no una "manera" de pintar. Las maneras de pintar casi siempre no son más que recursos para eludir los problemas. Martorell deja, a veces, la huella de su lucha, pero asegura a cada retrato la impresión diferenciada de su obra. Este doble aspecto del artista — espiritual y técnico — valora la sensibilidad moderna dentro de la invencible porfía de los pintores antiguos. De ahí que su obra tenga, fuera de su calidad esencial, un mérito representativo.

Martorell posee esa dignidad íntima que, en la antigüedad, ligaba los artistas a sus obras, en un sentimiento de perduración. Realiza su "métier" con severa honradez — se diría un espíritu medioeval templado en el paciente aprendizaje de alguna corporación. El mismo prepara los carbones que usa en sus trabajos. Los fijativos empleados los elabora, de acuerdo a modernas fórmulas alemanas, en los laboratorios químicos de la Universidad

de La Plata, bajo la dirección del doctor Herrero Ducloux que ha buscado, científicamente, cumplir las exigencias del artista. Los cartones son atentamente seleccionados y sometidos a experiencias reactivas. Acaso no pasará mucho tiempo antes que los fabrique él mismo. Esto nos da una idea de la seriedad con que realiza su obra.

La prolija tenacidad de sus dibujos todo lo analiza en una disección descriptiva, logrando denunciar en el modelo de las superficies la construcción interior de sus temas. Su realismo, sin despreciar cierta vehemencia lírica, es ajeno a las formas abstractas o simplemente genéricas; la intimidad individual, de rasgo típico y sustancia peculiar, es lo que mueve el patetismo rotundo de sus carbonces.

Su arte nos trae a la memoria la figura renacentista de Holbein por la visión crítica de su realismo donde todo se clasifica y ordena en una síntesis inteligente. Y Durero, acaso hubiérale dado el estremecimiento romántico de sus dibujos, si — siendo menos español — pudiera desoir la voz profunda de su raza. En ella es necesario buscar su filiación atormentada y dramática. Alguien, en oportuna sugestión, ha nombrado a Lenbach como ascendiente inmediato de su arte. Por su intento psicológico que le lleva a expresar la verdad moral sin caer nunca en lo impersonal, podría hermanárseles — aunque diversifique sus temperamentos la visión analítica de Martorell, ajena a esa abreviación racional del dibujo que suprime los análisis en las partes innobles del retrato. En el gran buccador germano la caracterología explica enteramente su arte; en nuestro artista es un aspecto, el más importante, es cierto, pero no al punto de absorber todo su mérito. En ausencia de expresionismo encontraríamos otros muchos valores capaces de justificar su obra.

Pero hay además una diferencia fundamental que separa a todos ellos de Martorell, impuesta por la calidad de los motivos. Mientras aquellos dicen delicadas sutilezas psicológicas, refinada espiritualidad, matices complejos... al denunciar sus personajes representados (son ejemplos los retratos de Erasmo y de Bismarck); éste, poniendo en sus líneas un ímpetu agresivo, de trazo justo, pinta y modela las figuras dándoles relieve escultural y cierta adusta gravedad a sus expresiones. Sus retratos tienen una belleza áspere, reconcentrada y primitiva. Su ejecu-

ción briosa jamás diluye sus líneas en sombras de esfumino; todos los valores los alcanza con líneas, hasta el color que, en suaves tonalidades, tocadas de guach, adquiere flexibles expresiones de óleo.

Dije que el arte de Martorell tiene savia hispánica. Y en verdad, esa penetración a lo hondo que nos hace sentir el misterio, un poco melancólico de la raza; esa austeridad espiritual de sus caracterizaciones; ese dinamismo inquieto y torturado... dan fe de su agudo temperamento ibérico. Nombres del siglo XV podrían explicarnos su secreto espiritual, o acaso, en edad contemporánea, aquel malogrado escultor catalán, a quien el clima castellano le diera la claridad, el vigor y la precisión de su nervio regional: Julio Antonio. Sus figuras raciales recuerdan en más de un punto la profunda emoción autóctona de los retratos de Martorell.

Gran sincretizador, su obra espeja un vasta sensibilidad. Y con ser tan vehemente y tan español, su composición, clara, lógica y equilibrada revela a un iniciado renacentista que subordina todos los elementos de su obra a un concepto central y unificador. Tal sucede en *Retrato de Don José Martorell y Veciana, Carlos el capaz, Agiolina* y algunos más. Pero en otros, su nervio veinteaño aún, barroca sus figuras, en líneas estremecidas y dolorosas, como puede observarse en *Tropero de Malarque*, donde trazos absurdos dispersan la composición.

La plástica hispana ha destacado siempre la preferencia de cierto sentido dramático en la expresión de caracteres. Ello débese por mitades al temperamento nacional y a la calidad de los personajes ambientes que fueron sus motivos: ascetas, hidalgos, guerreros... La recitud de aquellos seres daban a la observación artística las líneas duras y rotundas de sus caracteres. La época misma propiciaba estos ejemplares. Hoy, nuestro caos cosmopolita, donde la esencia humana se deslíe en una mezcla sin formas morales preponderantes, ha llevado a Martorell, devoto a su abolengo artístico, a buscar sus tipos en esos seres anónimos tirados en el gesto por el dolor espeso de sus vidas. Julio Antonio también los buscó en el anonimato castellano donde la reciedumbre de sus caracteres tiene la fuerza de un pensamiento esculpido en piedra.

Internado en las provincias norteñas en busca de naturalezas típicas, encontró en los valles de Humahuaca a *El Chango*



El barrendero de Jujuy (fragmento).

De la exposición Martorell.



Marcelino el chichero.

De la exposición Martorell.



Retrato del poeta Bufano.

De la exposición Martorell.



Angiolina.

De la exposición Martorell.

Eloy Toconaz. La tragedia de ese niño envejecido le confió el secreto de una raza degenerada. Una tristeza noble surge de ese retrato que es, sin esfuerzos plásticos, el mejor logrado. Un dejo de repugnancia rictúa levemente el labio superior y por su mirada turbia y tranquila asómase a la vida toda su desesperanza. De su conjunto emana un patetismo grave, silencioso y resignado, dando, a mi sentir, la nota emotiva más acentuada de toda la exposición. En tierra de Huarpes, pinta más tarde *El retrato de Bufano*. Nuevas ansiedades han presidido su ejecución. Esto tratado con un lirismo doloroso y delicado. Sus líneas, en curvas amplias, penetran el propósito espiritual del artista, dando un encanto inverosímil al ideal sereno y trashumante del poeta. Martorell ha sentido, en este retrato, al espíritu intenso que impuso a la materia los rasgos de su tortura.

Toda la obra de este artista está dictada por una simpatía humana de sinceridad acre y valiente. Decir lo que cada ser tiene de genérico, pero buscar sugerencias más radicales en lo típico de la individualidad observada, tal parecería ser el lema expresionista de Martorell.

Se les ha objetado a estos retratos una falta de atmósfera. Sin embargo, sus figuras jamás aparecen acartonadas y es porque la objeción tiene sólo asidero en los fondos y no en las figuras mismas. No puede, pues, tomarse como falla desde que el artista realiza todos los valores en la parte noble de los cuadros. Esto no quiere decir que carezca de imperfecciones. Sus figuras son demasiado dinámicas y atormentadas. Su autor tiene una impetuosidad romántica que no siempre consigue dominar en la unidad cerrada y conceptual de su obra. Las líneas por veces traicionan su intención severamente realista, abriendo las figuras al ensueño. Así ha podido decir, en justa expresión, un crítico sagaz: "a menudo sus líneas van cargadas de biografía".

Pero esas mismas imperfecciones explican la simpatía que nos acerca su labor. Un sentido de perfección insatisfecho, arma su tenacidad estética y el desarrollo de una voluntad que lucha, dolorosamente, por el ideal entrevisto. ¿Qué nos traerá en su próxima exposición? Todo podemos esperar de este hombre joven, en quien se anticipan las mejores calidades de los grandes artistas.

ERNESTO LACLAU.

NUESTRA DEMOSTRACION A ALFONSO REYES

CON el éxito esperado realizóse la noche del 24 de agosto el gran banquete que por iniciativa de la revista *Nosotros*, ofrecieron los escritores argentinos al ilustre escritor mejicano don Alfonso Reyes, Embejador de la República de Méjico ante la nuestra.

En la fiesta, que se efectuó en los salones del "Círculo Italiano", dominó el espíritu de cordial amistad que caracteriza a las comidas de *Nosotros*.

En nombre de los intelectuales argentinos ofreció la demostración el rector de la Universidad don Ricardo Rojas. Hablaron después: en nombre de *Nosotros*, el secretario de la revista don Emilio Suárez Calimano; por la revista *Valoraciones*, el joven escritor Anibal Sánchez Reulet y nuestro gran poeta Fernández Moreno recitó una "Salutación a Alfonso Reyes". Luego se puso en pie el obsequiado y una vez acallado el largo aplauso con que se le saludó, dió lectura al magnífico discurso que a continuación encontrarán nuestros lectores, el que fué leído con una emoción que fácilmente podía verse trasmitida a los oyentes.

Ocupaban la cabecera de la mesa: a la derecha de Reyes, el ministro de Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna; a la izquierda, el rector de la Universidad doctor Ricardo Rojas; la señora esposa de don Alfonso Reyes, los directores de *Nosotros*, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, Alejandro Korn y Roberto J. Payró.

Asistieron también:

Alfonsina Storni, Fernández Moreno, Enrique Larreta, Julio Noé, Emilio Suárez Calimano, Gustavo Villatoro, Fernando Ortúzar, Leopoldo Díaz, Vicente Veloz, Pedro Henriquez Ureña,

Isabel Lombardo de Henriquez Ureña, Aarón Bilis, Juan Torrendell, Aníbal Sánchez Reulet, Juan Carlos Rébora, Alfredo Colmo, Emilio Lazcano Tegui, Octavio Pinto, Francisco de Veyga, Héctor Díaz Leguizamón, C. Córdova Iturburu, Adelia di Carlo, Ignacio Córdoba (hijo), Fanny Anitúa, José Gabriel, Emilia Bertolé, Guillermo de Achával, Lilia Lacoste, Pedro Herreros, Nydia Lamarque, Ernesto Mario Barreda, C. Villalobos Domínguez, Vicente Martínez Cuitiño, Carlos Obligado, Jorge Luis Borges, Francisco Chelía, Emilio Pettoruti, Luis Reissig, Ernesto Morales, Pedro V. Blake, Arturo Lagorio, Ruggero Palmieri, Julio Rinaldini, Jorge Max Rohde, Fermín Estrella Gutiérrez, Gregorio Fingermann, Víctor Mercante, Roberto Hinojosa, Juan Burghi, Mayorino Ferraría, Faustino Brughetti, Julián Urgoiti, Arturo Mom, Eduardo Mallea, Carmen Muñoz, E. Soriano Bravo, Rafael Muñoz, Alejandro Márquez, Diego Ortiz Grognet, G. Lotti Catán, Armando Paolini, Celestino Ford Richard, Jenny Gomberg de Ford Richard, Germán Elizalde.

DISCURSO DE RICARDO ROJAS

Señores: Los organizadores de este banquete me han encomendado la grata misión de ofrecerlo en nombre de los escritores argentinos, al eminente escritor mexicano que viene a Buenos Aires investido de una doble embajada: como representante diplomático de su gobierno y como mensajero espiritual de su patria.

Después de haber entregado sus credenciales de ministro a las autoridades de la República, debíamos también recibir solemnemente a don Alfonso Reyes en nuestra república de las letras, para lo cual trae como credenciales sus propios libros de poeta, de historiador y de filósofo, que tan justo renombre le han dado en todos los pueblos de nuestro idioma.

Viene a la Argentina este diplomático escritor, para continuar la obra que tan sutilmente iniciara Amado Nervo, cuando seducía los ánimos con el sortilegio de su arte, logrando así más fácilmente ser creído si tenía que rectificar las calumnias del cable internacional, durante los trágicos años de la revolución.

Para continuar esa tarea, poseéis las cualidades de vuestros



A. Reyes
por BILIS

ALFONSO REYES

por *BILIS*

inmediatos antecesores: la inspiración lírica, la información intelectual y el sentido de la vida, que por peregrina conjunción se dan en vos equilibrados dentro de una sola personalidad vigorosa, igualmente sensible a la realidad y a las ideas, como en los humanistas de los mejores tiempos.

Tales virtudes bastarían para auguraros el éxito más lisonjero en vuestra misión, pero os lo auguramos además, porque podéis contar con la amistad de los escritores argentinos, que conocemos vuestra obra, admiramos vuestro talento y amamos a vuestra patria mexicana con un amor cada día más consciente y más profundo.

Hasta hace pocos años, México era para nosotros una comarca de leyenda, cuyo nombre evocábanos al Anahuac de los templos indios como un resto de la Atlántida misteriosa, o a la Nueva España de los templos cristianos como el más vigoroso trasplante del Renacimiento; o a la nación moderna que sangró durante un siglo entre revueltas, invasiones y tiranías y que levantó cadalsos para castigar la aventura de dos emperadores. Ya en las lecciones del Colegio, apoderábanse de nuestra imaginación las figuras de Netzahual Coyolt, de Cortés y de Iturbide, como singulares prototipos de aquellas etapas históricas, mientras la sombra de Maximiliano contemplaba con cierto asombro irónico el largo reinado de don Porfirio Díaz, sentado en su trono de Chapultepec, como un mago de los progresos materiales que a veces son para los pueblos una simple ilusión. Mas he aquí que a toda esa visión de leyenda, ha sucedido otra más actual y más humana, pues hoy sabemos que México es el avanzada de nuestra América latina, y un campo de experimentos que interesan a todas las naciones de nuestra raza. Esto es lo que en los últimos años vinieron a hacernos comprender los escritores que México envió a sus legaciones del Plata, y lo que Alfonso Reyes continuará enseñándonos con eficacia magistral.

Separados de aquella tierra hermana por una distancia enorme, casi nada sabíamos de su dolor contemporáneo y de sus posibilidades hoy en plena eclosión. Apenas si el canto de su alma nos llegaba en la voz de sus viejos poetas, cuando aprendíamos el nocturno de Acuña o el romance de Peza, divulgado por las

antologías de Barcelona. Igual ignorancia cubría allá las cosas argentinas, como consecuencia de nuestra separación.

La América española que solo era hasta hace poco tiempo una simple expresión geográfica, empieza a ser una expresión cultural, gracias al vínculo del idioma, y esto es lo que confiere hoy a los hombres de letras como Alfonso Reyes una misión histórica en los destinos de nuestro continente.

La embajada de Reyes tiene, pues, un significado trascendental, y auguro que ella ha de responder a nuestra esperanza, porque el joven embajador mexicano une a su sensibilidad de artista, a su erudición de maestro, a su cortesía de hidalgo castizo, un sentido práctico de hombre moderno, como para hacer que nuestra amistad no se reduzca a la huera figuración de las ceremonias, ni a la efímera locuacidad de los banquetes.

Sospecho que cuando hoy responda a nuestros discursos, es tan capaz de recitarnos sus versos como de hablarnos sobre la conveniencia de abrir una vía directa de navegación entre México y la Argentina, o de tender un cable propio para comunicarnos fraternalmente la verdad, o de firmar tratados para el intercambio de nuestros productos, comenzando, naturalmente, por los libros de los escritores que rodean esta mesa.

Brindo, señores, por el acercamiento intelectual de nuestros pueblos, llamados a entenderse a pesar de las distancias, puesto que hablamos la misma lengua, y profesamos los mismos ideales, cifrados aquí por el sol de nuestro escudo y allá por el ave caudal que estrangula a una serpiente.

Señor Embajador: en nombre de mis camaradas argentinos, brindo por la grandeza de vuestra patria, por el éxito de vuestra misión y por vuestra gloria literaria.

DISCURSO DE EMILIO SUÁREZ CALIMANO

“Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, *la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa*: esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une

también la comunidad, mucho más profunda, de *la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural*".

Habéis escrito estas palabras poniendo fin a vuestra *Visión de Anáhuac*, para puntualizar como "*la acción común*" y "*la contemplación común*" engendran "*un alma común*", que si por tales razones no existiera, necesariamente tendría que nacer en "*la comunidad de la emoción histórica*".

Habéis, así, marcado la solución de continuidad del México de hoy con el de Netzahualcóyotl y vuestra visión, tan clara como el aire de Anáhuac y tan certera como la cerbatana de Moctezuma, penetró la entraña del problema y lo redujo a la síntesis afortunada que acabo de enunciar.

Ella es, en suma, con muy ligeras variantes, la que marca, también, la hermandad de los millones de habitantes de Hispano América. Hombres de todas las razas han venido y vienen a estas tierras de América, asáz lejanas de las dulzuras geórgicas, hostiles y hurañas, "bravas y fragosas" como habéis dicho, a violarlas y dominarlas con ímpetus de conquistadores. La semejanza del esfuerzo, esa comunidad de que habláis, los ha unido y los une... Y después, cuando ya domado el lomo hirsuto de un continente quedan los instantes para tender la mirada tranquila del macho satisfecho por sobre la gracia de los trigales y la frescura de las vides, el paisaje asimil trae a las almas en contemplación, simil ansiedad, que el hombre tosco revela sin definir, pero que le acerca a su semejante, y que el hombre civilizado ya, concreta por él y la comunidad.

En los hombres que han sido o son la conciencia y el brazo de Hispano América, las palabras matrices de la común acción y las que han ayudado a caracterizar la idéntica emoción, han sido dichas, — gozando, además, de otra comunidad insuperable — en el mismo idioma.

Esta similitud del esfuerzo, de la emoción y de los medios expresivos, trinidad simbólica que guarda la unidad espiritual de H. A., permite que Alfonso Reyes, habitando en el paralelo 20 al Norte del Ecuador y a 100 grados Oeste del meridiano de Greenwich, haya podido ser también ciudadano de Madrid y de Buenos Aires a un tiempo mismo, actuando en la conciencia de

sus habitantes con la persuasión de sus palabras y el ejemplo de sus actos.

Ya teníais la prueba de ello antes de llegar, pero hemos querido ofrecérosloa viviente y cálida, reuniéndonos en torno vuestro. Ni necesitáis de presentación, ni yo, aunque tuviera el estro de Rostand, habría menester de glosar la balada de Castel Jaloux para hacer desfilar ante vuestra atención a estos brillantes cades de la Argentina que a nadie tienen por capitán... Nos conocemos y por ese conocimiento nos amamos.

"L'amitié, dont une aile est faite d'amour et l'autre d'intelligence" — uso vuestra definición — despliega aquí sus dos alas para acogeros: Estáis frente a lo más granado de la inteligencia argentina y no podéis dudar del afecto que la mueve a sentaros en su mesa...

En esta tierra, donde es tradición acoger con la más alta hospitalidad a los maestros, por que tanto hay siempre por aprender, os recibimos como uno de ellos. Sabemos de vuestra alta probidad intelectual. Habéis dicho, acerca del fin que perseguís al escribir tan honradas como sencillas palabras, y no debo resistir la tentación de repetirlas: "Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral"... "Nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual y, por consiguiente, depurar de paso todos los motivos de la conducta"... "Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez hecho de bien y de belleza..."

De esa fidelidad son prenda vuestros veinte años de escritor, en que habéis aspirado continuamente a la suma bondad y a la total perfección, buscando siempre la unidad, perfecta armonía... Y en este siglo desengonzado que nos toca vivir, los que aún amamos, por encima de todas las cosas, la herencia de equilibrio y medida legado de Grecia y Roma, saludamos alborozados cada hombre que contribuya a salvar y acrecentar el patrimonio custodiado y enriquecido por los hombres de 20 siglos, que es la gloria de nuestra raza y la más pura tradición de belleza "jamás vista por los siglos".

Y todos entendemos que guardar ese patrimonio significa, no encerrarlo en el arca, aislándolo del movimiento, como el avaro, a su oro, sino remozarlo con la nueva partícula de belleza que

nuestra alma pueda destilar. Los hombres de Nosotros — siempre nos habéis prestado el estímulo de deciros uno de nosotros — tenemos fé en esta nueva Grecia que se levanta en H. A.... Volvéis a vuestro Platón?... Volvemos!...

Está cerca de nuestras manos la antorcha. Aprestámonos a llevarla en alto en esta carrera de siglos y de civilizaciones.

Alfonso Reyes, sabemos que en las vuestras será mantenido con la misma entereza y grandeza que en las de nuestro Platón...

México y la Argentina son los dos extremos, las dos cabezas de esta cohorte que avanza imponente... Pero México, Argentina, como Uruguay, Chile, etc., son expresiones geográficas y políticas llamadas a desaparecer. Hispano América será el término que a todos nos dé la seguridad de nuestra grandeza y personalidad. *Civis romanus sum*. Ciudadanos de H. A. somos; digámoslo con igual énfasis que César, pero con la misma humildad que Cincinato labremos, también, nuestra heredad.

El nuevo México, que como César habla y como Cincinato trabaja, ha comprendido la misión histórica de nuestro continente y vuestra presencia aquí—antes la del llorado Nervo y la de González Martínez—es la muestra de esa comprensión, personificada ahora por vos fidelísimamente y antes por vuestros predecesores.

Os unió siempre con NOSOTROS la comunidad de comprensión de los altos problemas deparados por el destino a nuestro Continente, aparte de que, por la comunidad de esfuerzo, de emoción y de idioma eráis ya uno de NOSOTROS.

Por todo cuanto llevo dicho y, además, porque hoy está en vos presente el país hermano que al igual de la Argentina tiene un mismo horizonte, una misma inquietud y una misma apetencia de perfección, hasta el punto de que, como ha dicho vuestro Presidente: "el lenguaje de nuestros pueblos se confunde y se vuelve uno en cuanto queremos nombrar nuestros más graves cuidados nacionales y nuestras más altas esperanzas", Nosotros ha querido ofreceros su pan y su sal, sellando así con vos, y con vuestro país una vez más, la amistad sagrada que pudiéramos llamar de hermanos de armas.

DISCURSO DE ANÍBAL SÁNCHEZ REULET

La revista *Valoraciones* se adhiere al homenaje que NOSOTROS ofrece esta noche a D. Alfonso Reyes. Y lo hacemos recordando nuestra vieja amistad, grande en esperanzas, nacida hace años de la lectura de sus libros y subrayada después con el envío de colaboración en cada pausa de su apresurado andar diplomático.

Pero los documentos más sinceros de amistad son las conversaciones de Méjico y Madrid, dichas entre amigos, que nos repetía D. Pedro Henríquez Ureña y nosotros revelábamos luego como los únicos guardadores de un misterio ritual.

¡Magníficas conversaciones! Porque D. Alfonso Reyes es creador de buena conversación y de amistad:

Otros se juntan en fáciles corros
apurando mieles del trato...

Por eso cuando fuímos a recibirlo a su llegada era un amigo y casi nos pertenecía.

Valoraciones es una revista del siglo veinte. D. Alfonso Reyes es un hombre del siglo veinte.

Él nos ha contado cómo, después de las épocas de guitarreo y patinaje, aprendió a hacer versos; y en la Sociedad de Conferencias dijo unos dedicados a André Chenier. El *Ateneo* fué luego un laboratorio común de inquietudes y anhelo de perfección, momentos de helenismo vivo en Méjico, origen vago de la *Ifigenia Cruel*:

Helenos forzadores de la virgen del alma
los pueblos estaban sentados cuando echarais a andar

Pasa la adolescencia precoz y viene el hombre con disciplina, herido ya de tragedia, que, olvidando el modernismo abre sus sentidos a un mundo nuevo, sigue la "senda animada" de la perfección (¡admirable escuela!) y se entrega a la complicación de la imagen. Emplea todos los tonos de voz: desde la poesía íntima, casi callando, tejida de recuerdo y dolor:

Cancioncita sorda, triste,
desafinada canción.
Canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor...

hasta el desbordamiento de formas y colores del poeta que ha visto y ha tocado las cosas de su tierra:

Dé el monacillo su miel
y la naranja rugada
y la sedienta granada,
zumo y sangre — oro y rubí —:
que yo te prefiero a ti,
"amapolita morada".

Pertenece con Fernández Moreno en la Argentina y Moreno Villa en España, aunque los tres son poetas muy diferentes, a un mismo momento intelectual: la crisis del modernismo y la búsqueda de nuevas formas de expresión poética, antes de que otros *ismos* la encadenen, instante de libertad, "libertad creadora", que saben aprovechar los temperamentos personales.

Dice adiós a sus amables maestros y se pone a hacer poesía joven y vigorosa con la seguridad del que ha resuelto todos los problemas de su arte.

D. Alfonso Reyes posee la claridad mejicana: es un escritor de arquitectura compleja pero de líneas puras. Tiene de América el mirar tranquilo del que conoce los grandes paisajes, la distancia y, por fin, el mar:

¡Ay montañas, árboles, hombres míos:
he visto el mar!

Pero la reciedumbre de su tierra nativa no impide a su cultura tener formas mediterráneas; al contrario: Europa florece en América con fuerza joven.

¡Y ama a España!

Nuestra amistad con D. Alfonso Reyes es una tranquila comunión intelectual que hace más sincero este homenaje de *Valoraciones*.

¡Bienvenido, D. Alfonso Reyes, embajador de tierras amigas y de nuestra propia cultura!

Fernández Moreno leyó la siguiente

SALUTACIÓN A ALFONSO REYES:

SI yo fuera mejicano
y hubiera usado un sombrero
de esos que se abren en punta
y se abren en amplio ruedo;
de esos que echados atrás,
con la cinta por el cuello,
fingen aureolas de santo,
o un sol que fuera saliendo;
o que arrojados al campo,
desde el caballito tieso,
podrían servir de tienda
a un ceñido guerrillero;
de esos en cuyas alas,
en verbenas y jaleos,
más de un baile de colores
pespuntearon pies pequeños,
cuando fuera por el mundo
me llevaría uno de ellos,
y en mis trances melancólicos
me lo pondría un momento,
seguro que a su contacto,
caricia, perfume, alero,
yo sentiría en mi frente,
marchita por el recuerdo,
la patria toda lejana,
con su tierra y con su cielo.
Y un oleaje de puntillas,
y un sonoro taconeo,
y unas piernas incansables,
mitad carne y mitad nervio,
y una cintura flexible,
y un rostro, tal vez, moreno,
la boca, palabra y miel,
los ojos, palabra y fuego:

*hecha, la patria, mujer,
la mujer hecha deseo.*

*Puede ser que a Alfonso Reyes,
algo le ocurra de esto
y en sus cofres diplomáticos
se arrugue un sombrero de esos
que, cuando se sienta triste,
le acorra con el remedio.*

*¡Que mientras se encuentre aquí,
no eche de menos a Méjico,
porque no se ponga nunca
su sombrero!*

DISCURSO DE ALFONSO REYES

Ante todo, no me equivoco sobre el sentido de esta fiesta: sé que se destina a mi patria, y a ella se la ofrezco. Rindo un homenaje a las damas que nos acompañan esta noche, y mi agradecimiento a las simpáticas revistas que se unieron para esta manifestación amistosa, entre las que tengo tan firmes y antiguas amistades, y que representan, en nuestra América, uno de los esfuerzos más altos y felices en aquel orden tan esencial a las civilizaciones que a veces se confunde con ellas: la continuidad. Y en el caso, la continuidad en la buena calidad.

Mis palabras no pueden corresponder a la elocuencia y profundidad de los discursos que no pretende siquiera contestar.

Va a hablaros, — no el literato, no el Embajador — sino el hombre.

Amigos míos: Tenéis una manera de obligarme tan llena de naturalidad que no atino a daros las gracias, porque me parece que rebajo a la categoría de mero cumplimiento social lo que ha sido de vuestra parte un impulso de sentimiento espontáneo. No se dan las gracias al que nos alarga la mano de amigo. Se le corresponde con otra mano franca. Aquí estoy, pues, entre vosotros; aquí he de quemar un poco de mi vida, en la atmós-

fera de la vuestra, entre las provocaciones de vuestro trato: es todo lo que puedo daros a cambio de la acogida que me dispensáis. Aquí estoy con unas cuantas virtudes y unos cuantos defectos auestas. Vosotros — todos los que habéis querido asistir a esta reunión, los que tuvisteis la gentil iniciativa de convocarla, y vosotros, ilustres amigos que me ofrecéis el banquete — habéis preferido insistir demasiado en las escasas virtudes, fieles al profundo instinto humano, — indispensable al bien de la especie, precioso para las sociedades — que aconseja ayudar a cada hombre, dándole como un anticipo de crédito, en la ardua tarea de construir de sí mismo la imagen más parecida a su ideal. Todo sea para honra vuestra, generosos amigos. ¡Qué poco me reconozco en el retrato realzado que me dais de mí mismo! Pero ¡qué bien reconozco en él mis hondos anhelos, mis más recónditas y pudorosas esperanzas! Me viene de todos vuestros ánimos como una ráfaga confortante — a mí, hombre acaso nacido para la amistad, a quien un destino intencionado somete a la mayor gimnasia moral que pueda romper, — o templar para siempre — el corazón del hombre: a pasar de uno a otro pueblo, a ir de tierra en tierra, mal arraigando apenas en todas, y arrancando en todas, con los bruscos imperativos de la ausencia, los primeros brotes del afecto, las primeras flores de amores. ¿Qué me arroja, qué me impele a esta vida que tiene tanto de vagabunda? ¿Qué fuerza, qué sed me lleva y trae en el torbellino de esta gitanería dorada de la diplomacia? Yo era hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraimiento de las musas bibliotecarias. Pero el mundo no se estaba quieto: se oían gritos en la calle; y ¡mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien, afuera, llora o rie! ¡Mal haya el que puede vivir contento o cómodo siquiera cuando al lado sufren los suyos! Mi país necesitaba de todos, hasta del más humilde peón o el más humilde discípulo de las letras. Cada uno ha puesto a contribución lo que tenía: unos el cuerpo, otros el alma; agua y fuego, tierra y aire; amor y hasta rencor. Y los últimos, los que sólo sabíamos casar unas palabras con otras, salimos a dar la noticia, a contar el caso: a solicitar la amistad y el interés de los pueblos — todos somos de la misma carne — por un pueblo que sufría y que no se daba por vencido, por un montón

de hombres que habían acertado a poner las manos sobre las interrogaciones más crueles de su historia.

Y luego, todo amor es goloso. Un apetito arrastra otro. Nos vamos engriendo con la idea de vivir en todas partes y en ninguna, algo a vuelo de pájaro, y un poco sobre las crestas movedizas del tiempo. Nos va seduciendo esta ansia de penetración en el sabor de todas las comarcas, este gusto de catar y contrastar fronteras, esta embriaguez de ver avanzar a un tiempo las tropas de todo el mundo, este mareo panorámico de la tierra, de que los aviadores sabrían un poco, si su viaje fuera como el nuestro — no en las dimensiones del aire — sino a través del corazón de los pueblos.

Y ¿por qué no decirlo, una vez que me he puesto a confesarlo todo? Hay una alegría de místico en sentir que la morada humana es cosa provisional; hay una alegría de justo en reducir nuestros bienes al tamaño de una maleta de viaje; hay una alegría de soldado en saberse presto a levantar la tienda al primer toque del clarín. — Advierto que he dicho alegría, y pude decir melancolía, sin quitar a la emoción su aroma de voluptuosidad; porque la melancolía, si bien se mira, viene a ser — nada más — un dolor gustoso.

Ya tenéis aquí al mexicano; al mexicano de cuerpo entero, que no puede menos de hablar de melancolías hasta en medio de una fiesta amistosa. Cedo seguramente a la oscura inclinación de la raza, que pone tornasoles de llanto en todas las alegrías que contempla. Ya, desde los tiempos precortesianos, el viejo cantor náoa nos dice que la flor misma es un objeto de regocijos — ¡y de lágrimas! — Y el gran mexicano que todos amásteis y conocisteis, a quien es inútil nombrar, ¿qué era sino un gran maestro de melancolía cristiana?

Pero si insisto en este matiz saudoso de las emociones del viajero, es porque quiero que sepáis que el recién venido a vuestras costas va a amaros esta vez a ciencia y paciencia de lo que hace; no con los arrebatos algo huecos e insípidos de un primer afecto, sino con una sensibilidad madura y probada donde se han pintado ya las cicatrices de los años y de los sentimientos; que os trae una amistad consciente de lo que vale ganar y perder a los amigos; que os ofrece una comprensión —

modesta sin duda — pero hecha ya maleable por el contacto con las sociedades sucesivas en que se ha venido modelando.

Y al llegar aquí voy a responder a una pregunta que todos traeis, informada, y que he creído leer en vuestros ojos — cuando, más de una vez, me pareció que sentíase cierto resquemor o responsabilidad por haberme arrebatado — acaso — a otros amores. No, amigos míos: no estoy arrepentido de haber llegado a Buenos Aires. Cada ciudad tiene sus encantos, y nunca cupo mejor que aquí la frase pícaro de la comadre Celestina: “¡Pobre del mur que no tiene sino un horado, que si aquél le tapan, no habrá donde se esconda del gato!”

Yo podría, parodiando aquí a Marco Aurelio, — que comienza sus Pensamientos con la letanía de lo que debe a cada uno de sus familiares, maestros y amigos — comenzar aquí una larga enumeración de lo que debo a cada ciudad que he visitado. Abreviaré la historia: nací en Monterrey, al norte de México y sobre los regazos de la providencial Sierra Madre — las “montañas épicas” del gran poeta mexicano Manuel José Othón. De Monterrey aprendí la regla primera de toda geometría moral: que hay que tener un punto de referencia, un centro. Se apoya sobre mis montañas épicas toda mi geografía del mundo. De allí arranca mi trayectoria y allí tiene que terminar, en el cálido valle que abriga, de oriente a occidente, el Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra — dos lujos, dos juegos felices de la geología americana. Cuando fui a estudiar a la ciudad de México, me encontré allí con dos madrinas, a las que quisiera siempre haber sido fiel: la amistad y la ciencia. Por ellas puedo decir, como Boecio, que hasta entre las cárceles de las primeras pasiones bajó hacia mi la Consolación. Madrid y su trato confirmaron para siempre mi confianza en la bondad humana y en aquel goce fundamental que nuestro Rodó define así: “...aquel orgulloso *no importa* que brota del fondo de la vida”. París acabó de convencerme de que uno de los primeros deberes está en procurar que nuestra vida y cuanto de cerca nos rodea despidan, ante todo, un aliento de agrado; que la vida sea en lo posible grata y dulce; que se parezca — ¡ay amigos! — a lo que soñamos los hombres. Y la ciudad de Buenos Aires ahora: tan tensa y compacta como una música sin compases perdidos;

tan valiente que se deja penetrar de todos, segura de hacerlos suyos en pocas horas por una absorción psicológica que es mucho más, mucho más que la hospitalidad; donde siempre he tenido a quien admirar y a quien querer; donde — a la gente de mi patria — le parece, no sin razón, que está el otro platillo de la balanza hispanoamericana; donde me encuentro la atmósfera trabajada, por decirlo así, por el afecto y la simpatía que habéis derramado a manos llenas sobre mis amigos más caros: Nervo, Urueta, González Martínez, Urbina, Caso, Vasconcelos; también Trejo Lerdo y Mediz Bolio; donde todos vosotros, escritores, artistas, hombres públicos, dais ejemplo de una cordialidad mantenida, única, para cualquier camarada de las letras que viene a pedir sitio en vuestras tertulias; donde no he tenido tiempo de estar triste, porque me lleváis como arrebatado de unos brazos a otros, en claro calor de compañía; donde hasta el huésped más engreído y soberbio confiesa que vale menos que el solo gesto que tenéis de alargar la mano — tan franco, tan viril, tan puro... Yo os emplazo para deciros de Buenos Aires todo lo que siento y lo que pienso, cuando se remansan un poco las aguas de mi espíritu. Confiad, que ya me habéis ganado. Y éste es, por ahora, señores, mi manifiesto. Éste es mi Cartel de Amistad. Todos lo recojan.

CRONICA MUSICAL

Sociedad Cultural de Conciertos

SIN duda alguna de los tres grandes directores que nos han visitado este año, a saber: Ansermet, Krauss y Kleiber, el primero es el más equilibrado en conjunto, el que, sin oscurecer con ello su interesante personalidad, guarda un religioso respeto a la personalidad de los autores clásicos que interpreta, y, sabe sacar a relucir cuanto hay de nuevo, de fragante, de sugestivo, de caprichoso, de exquisito, de extravagante, de refinado, de chillón o de endiablado en las obras más modernas, de legítima, de dudosa o de falsa belleza.

Además — y este es uno de sus mayores méritos — su noble inquietud espiritual lo lleva a confeccionar programas, que sabe avalorar como es debido el auditorio inteligente, ya que se distinguen por lo novedosos y revelan el tacto sumo que posee este artista en tan delicados menesteres, así como su vasta cultura musical y estética que le permite cambiar de año en año, casi totalmente, el repertorio.

Con los autores modernos es un mago de la paleta orquestal: sabe echar mano, siempre oportunamente, a los infinitos matices que se requieren para dar intensa vida a la obra interpretada y mostrar desnuda la intención del autor...

La Sociedad Cultural de Conciertos puede enorgullecerse de haber contado con semejante director que une a sus indiscutibles cualidades interpretativas un gusto único para formar programas que en conjunto forman un instructivo viaje sintético a través del mundo musical antiguo y moderno.

De los seis conciertos de abono que dirigió, el cuarto fué el más interesante. Comprendió el programa de este inolvidable

concierto, las siguientes obras: *Concerto Grosso* en fa mayor Op. 6, N.º 2, para instrumentos de cuerdas, de Corelli; primera audición de la ópera *L'incoronazione di Poppea*, de Claudio Monteverdi; *Octeto* para flauta, clarinete, dos fagotes, dos trompetas, dos trombones, de Strawinsky; y, *Children's Corner*, de Debussy.

La visión musical no podía ser a la vez más amplia y más sintética. Por la voz de cuatro grandes autores, fundamentalmente diferentes en sus procedimientos técnicos y artísticos, dos clásicos y dos modernos, comparables entre sí sólo por su afán de crear belleza por belleza, la música habló en forma digna de la más respetable atención.

Sobrio en su factura, rico en su contenido, el *Concerto grosso*, de Corelli, fué como el preludio de esa fiesta del oído que culminó en *L'incoronazione di Poppea*, de Monteverdi, una de las páginas más inspiradas de la música de todos los tiempos.

Pocas veces en un lenguaje tan noble, tan digno, tan sincero, tan puro, logró hablar un autor con tanta elocuencia al corazón y al cerebro del oyente. Se presiente que el autor, de su pasión, de su sensualidad humana, se sirvió para crear el lírico mundo que en su cerebro bullía, pero se sirvió de ellas como se sirve el escultor de la creta para modelarla a su voluntad y transformar una masa informe en un trozo de belleza... Su sensualidad, su pasión, admirablemente frenadas por el arte, llegaron a la meta preparando el camino a otros espíritus, a Beethoven, a Wagner...

A la edad de 74 años escribió esta ópera Monteverdi, en 1643, y es de admirar la frescura, la juventud, la fuerza, el hondo hechizo de vida que tiene para nuestros oídos ansiosos de armonías nuevas. Secundaron eficazmente la bellísima labor del director, los distinguidos cantantes que tuvieron a su cargo la interpretación vocal de los personajes de la ópera.

El *Octeto* de Igor Strawinsky desconcertó a no pocos con sus raros y variados efectos conseguidos con ocho instrumentos a fuerza de un virtuosismo orquestal casi increíble.

Con Debussy en su *Rincón de los niños*, entramos en el reino de la vaguedad y de la fantasía líricas: el oído se abandona por el sendero musical y se pierde en el ensueño. La instrumentación

de esta deliciosa obra pianística es debida a André Caplet que no podía haberla hecho mejor ya que la versión pianística comparada con ella parece casi su reducción.

En el quinto concierto, después de una agradable *Sinfonía en la mayor* de Mozart, graciosa y elegante página, Ansermet dirigió la *Cantata N.º 68* de Juan Sebastián Bach, soberbia creación donde las masas corales mixtas de la Cultural así como los cantantes solistas tuvieron una notabilísima actuación.

Del sexto concierto citaremos *Introducción y Allegro*, para arpa, con acompañamiento de flauta, clarinete y cuarteto de cuerdas, bella obra en la que dió a conocer cualidades apreciables de arpista, la señorita Ana María Rodríguez Achával; la deliciosa página *Ma mère l'oye*, serie de cuatro piezas infantiles para orquesta; y fragmentos de *La historia del soldado*, de Strawinsky (historia leída, representada y bailada), de una fantasía desconcertante, de un humorismo jugoso y sano, donde a nuestro juicio descuellan los fragmentos, *Aires a orillas del arroyo* y *Pequeño concierto*.

Asociación del Profesorado Orquestal

La actuación del maestro Clemens Krauss, al frente de la Asociación del Profesorado Orquestal, no pudo ser más afortunada. Y en verdad que mereció en gran parte el entusiasmo, el fervor con que el público siguió sus diversas interpretaciones. Sus condiciones de conductor orquestal son realmente maravillosas; con su batuta llega a veces a una elocuencia tan cálida y tan expresiva, que convence plenamente a los espíritus más exigentes. De los tres directores que mencionamos más arriba, nos parece el más genial, aunque en ciertos momentos el menos equilibrado, quizás debido a un temperamento demasiado nervioso.

Para confirmar nuestra opinión sobre la excelencia de su batuta, daremos un pequeño dato: desde su primer concierto, cuando comenzó a dirigir la *Sinfonía Heroica* de Beethoven, la orquesta se nos antojó transformada, por no decir transfigurada, dueña de un alma luminosa y elocuente, que el maestro anterior, Henri Hadley, no hacía más que ocultar con sus versiones ruidosas y efectistas, huérfanas de colorido y de matices.

Es de lamentar que el repertorio que nos ofreció este joven maestro, fuera de escasa originalidad.

Sería de desear que los dirigentes de la Asociación del Profesorado Orquestal, se preocuparan un poco más de hacer que los directores y su orquesta renovaran los programas y que nos dieran a conocer parte de la infinidad de obras antiguas y modernas que desconocemos, reconocidas por críticos competentes, como obras de indiscutible valor.

Estamos hartos de oír siempre las mismas cosas por grandes que ellas sean: el público argentino es un público joven, pletórico de inquietud, ávido de novedad, que necesita educarse musicalmente, anhelo éste que supo satisfacer con inteligencia el maestro Ansermet al frente de la Sociedad Cultural de Conciertos.

De la presentación de Clemens Krauss ante el público argentino, recordamos con especial agrado, la *Sinfonía Heroica* que fué vertida con un fuerte sentido rítmico, con un deseo de remozamiento de la partitura no del todo loable pero hasta cierto punto eficaz y la magnífica rapsodia *Italia*, de Alfredo Casella, que ha construído con sencillos motivos populares, una partitura cálida, ebria de color y de contrastes sonoros y emotivos.

Memorable fué la audición dedicada exclusivamente a Beethoven para conmemorar dignamente su centenario con ese monumento sonoro que se llama la Novena Sinfonía. Inútil querer explicar las bellezas que encierra esta obra del más portentoso de los genios musicales y la enorme dificultad que supone el dirigirla con verdadera eficacia técnica y artística. El joven maestro vienes la virtió sino en forma perfecta, por lo menos con gran vigor y entusiasmo, alcanzando instantes de pleno acierto en el primer tiempo y en el estupendo *Scherzo* al que supo comunicarle la desbordante alegría de que está saturado. En el último tiempo hubiera estado tan admirable como en el *Scherzo* si los cantantes solistas y los coros alemanes hubieran sabido secundarlo dignamente.

Precedió a esta página única, la *Obertura de Egmont*, traducida con tanto brío, tal riqueza de comprensión, tanto fuego interior, que provocó una prolongada y justísima ovación.

Con la *Quinta Sinfonía* de Tschaikowsky, fecundo autor que



Caricatura de Kleiber

por Kantor.
(dibujo de La Razón)



Caricatura de Krauss

por Kantor.
(dibujo de La Razón)

suele caer con relativa frecuencia en frases efectistas, triviales o simplemente vulgares y que por ese motivo olvidando lo bueno que cuenta en su haber musical los críticos lo fustigan sin misericordia, se iniciaba uno de los programas. Esta sinfonia es uno de los aciertos de dicho maestro: es de admirar en ella el vigor orquestal, las frases melódicas fáciles y fluidas aunque no muy originales. La dirección del maestro Krauss fué un modelo de comprensión y la obra surgió desnuda en su cálida belleza.

Recordamos también con agrado sus bellísimas versiones de la *Primera Sinfonia* de Brahms, del fuerte poema de Strauss, *Till Eulenspiegels* y de la espléndida *Danza de Salomé*, del mismo autor así como su brillante interpretación de *Los maestros cantores* de Wagner, que nos hizo gustar como nadie la enérgica belleza de esta página inmortal.

De nuestros autores dirigió con acierto el notable *Poema Sinfónico Op. 29*, de Constantino Gaito; *Paisajes de estío*, obra sobriamente instrumentada, simpáticamente pintoresca de Floro M. Ugarte; una agradable *Danza nortea*, de Espoile, y un magnífico poema sinfónico sobre un tema árabe titulado *La Chellah*, de Juan José Castro que mereció el segundo premio en el concurso de obras sinfónicas de la A. P. O. aunque nos parece superior por la originalidad del contenido y de la instrumentación a la que mereció el primer premio, *El jardín voluptuoso* de Arturo Luzzatti, obra elegantísima que recuerda demasiado a Strauss.

La temporada sinfónica del Colón

La temporada sinfónica del Teatro Colón se desarrolló con gran éxito de público y de crítica.

El maestro Erich Kleiber es un director que conoce a fondo sus difícil oficio y que posee un sentido rítmico admirable. Su habilidad como dominador de masas orquestales es notoria, así como su conocimiento del gusto del público en general, como lo prueba el entusiasmo que despierta y las acaloradas discusiones que provoca con sus interpretaciones, algunas realmente dignas de todo elogio, otras en cambio un poco caprichosas o demasiado personales.

En general, este maestro descuella dirigiendo páginas de vigor, de fuerza, de alegría, de colorido o de entusiasmo: en cambio, en las páginas donde la ternura, la delicadeza, la honda emoción sean dueñas y señoras, nos parece un poco lánguido.

Bajo su prestigiosa batuta pasaron las nueve sinfonías del genio de Bonn: en todas ellas se distinguió en algunos tiempos, en los allegros, en los scherzos, allí donde el ritmo resplandece, y flaqueó — a veces sólo por instantes, — en los adagios, en los andantes, en los allegretos... Sin embargo sus versiones de la *Tercera* y de la *Novena sinfonías* nos parecieron casi perfectas.

Recordamos con intenso goce espiritual el *Concierto* para piano y orquesta Op. 73 de Beethoven. Difícilmente la interpretación de este concierto podría ser superada. El gran Backhaus que tuvo a su cargo la parte pianística estuvo sublime; nunca le oímos con mayor deleite que esa noche que supo ser técnico único y emotivo genial. La dirección orquestal a cargo de Kleiber fué inmejorable y una estruendosa y merecida ovación premió la labor de ambos artistas.

La obra culminante y de mayor interés estético que dirigió Kleiber fué la famosa *Misa solemne* de Beethoven que se escuchó aquí por primera vez. Obra de una dificultad enorme por la cantidad de elementos que requiere técnica y artísticamente, sólo un artista de la talla del que nos ocupa, podía dirigirla en forma digna.

Cinco Himnos a cual más inspirados componen esta misa que Beethoven juzgaba su obra más perfecta. De proporciones excesivas para que pueda adaptarse al culto, sin embargo: ¡qué maravilla sería poderla oír desde las naves de un gran templo!

La plegaria del *Kyrie* arrastra el ánimo con su dramática unción religiosa: en ella el dolor humano en lo que tiene de bello y de noble elévase como una ofrenda hacia el Ser supremo. De grandiosa belleza es el *Gloria*, menos intensamente místico que el anterior, pero que técnicamente lo supera y significa una nueva conquista en la evolución orquestal. El *Creao* es una página robusta y grandiosa que expresa en un lenguaje sublimemente humano su amor a Dios y su amor a la vida.

El *Sanctus* a nuestro juicio es la página cumbre: en ella el

sentimiento místico de Beethoven llega a la meta: la página que sigue al *Hosanna* es divina y la frase del violín solo, es de una belleza infinita: parece revolotear suavísimamente como un ángel sonoro por entre las nubecillas de las flautas, las celestes sonoridades de la orquesta, el ligero céfiro que forma el murmullo de las voces.

El *Agnus Dei*, inspiración de un hondo panteísmo, corona dignamente esta obra incomparable. El maestro Erich Kleiber, bien secundado por la orquesta — en la que descolló el violinista Carlos Pessina — las masas corales y los cantantes solistas, puso al servicio de esta obra todo su fervor de artista y se superó a sí mismo.

Entre las obras dirigidas por Kleiber en los conciertos de abono, recordamos las *Suites* números 1 y 2 para pequeña orquesta de Strawinsky, curiosas páginas de un cautivante modernismo, particularmente la segunda en sus cuatro tiempos, *Marcha, Vals, Polca, Galop*, donde lo pintoresco y lo humorístico fúndense con brujesca maestría que Kleiber hizo resaltar con sobrio buen gusto.

En el segundo concierto de abono Kleiber quiso sintetizar cuatro expresiones del nacionalismo musical a saber: el italiano representado por Respighi en *Le fontane di Roma*; el español por Falla en *Noche en los jardines de España*; el argentino por López Buchardo en *Escenas argentinas* y el tcheco por Smetana en *De mi patria*. La selección del programa, cuya intención no podía ser mejor, era bastante buena, no así la actuación de Kleiber como director y de la orquesta como traductora de dicho programa. La interpretación de *Le fontane di Roma* de Respighi, finísima página toda matices y delicadeza, fué lánguida; *Noche en los jardines de España* de Falla, obra pintoresca, llena de sabor español, casi perdió su carácter; más feliz estuvo dirigiendo las bellas *Escenas argentinas* de López Buchardo, de las que gustamos especialmente la titulada *Día de fiesta*. De los dos números de la obra de Smetana *De mi patria*, inspirados en motivos populares, orquestados con recursos de un gran brillo efectista que no requieren esfuerzo de comprensión, preferimos el primero *Bosques y prados de Bohemia* que constituía una primera audi-

ción y que el maestro supo matizar con aparatosa grandilocuencia muy del gusto de cierto público.

Los reparos que le hicimos a Krauss con respecto a los programas escasamente originales que nos diera a conocer son también aplicables a Kleiber en el resto de los conciertos de abono que dirigió. ¿Hasta cuándo tendremos que oír las oberturas *Tanhauser*, *Maestros cantores*, etc., de Wagner, y otras obras conocidas escuchadas infinidad de veces? Sin duda esas obras son excelentes y Kleiber las dirige como él solo sabe hacerlo, pero, ¿cuándo oiremos otras obras de igual excelencia que aun no conocemos y que directores de la talla del que nos ocupa podrían hacernos conocer maravillosamente bien?

Una cantatriz brasileña

En el teatro Odeón se presentó la cantatriz brasileña señora Julieta França de Telles de Menezes que es dueña de una voz de escaso volumen sonoro pero de timbre gratísimo, que une a su aterciopelada morbidez lírica, la flexibilidad del sonido, la gracia de los matices adecuados, la claridad, la limpidez de la dicción, la naturalidad de un órgano vocal admirablemente educado.

En la canción de cámara más que cantar débese interpretar lo que se canta, pero apresurémonos a añadir, que para interpretar en una forma digna hay que unir a una voz agradable y bien disciplinada, un conocimiento de la técnica de las diversas escuelas a que pertenecen los autores que se interpretan.

La señora Julieta França de Telles de Menezes, con tacto encomiable, sabe confeccionar programas de una variedad y un interés especiales, y como posee la perfección varios idiomas, canta cada lied en su idioma original, fraseándolo en forma clarísima.

Lo más interesante del programa lo constituía la parte dedicada a los compositores brasileños por tratarse de obras de valer, desconocidas entre nosotros. Fueron éstas: cuatro modernas, brevisimas y sabrosas composiciones de Héctor Villa Lobos, particularmente las tituladas *Sino d'aldeia* y *Pobre cega...*, *Canção do berço* de Oscar Lorenzo Fernández, tierna

canción de cuna; una bella *Cantiga* y la melancólica *Canção da felicidade* de Barrozo Netto, que a un profundo sentimiento popular une la más sencilla elegancia de factura; y *A casinha pequenina*, delicada inspiración del maestro Ernani Braga.

Cuando la señora Menezes, ante la insistencia del público que la aclamaba, tuvo que cantar algunas piezas fuera de programa, haciendo gala de una gentileza proverbial en los brasileños, incluyó entre ellas dos canciones de nuestros compositores: el *Nido ausente* de Julián Aguirre y *Vidalita* de Alberto Williams que matizó, fraseó y detalló exquisitamente. El maestro y compositor Ernani Braga fué su digno colaborador en el piano.

En un segundo concierto que dió en la Asociación Wagneriana la señora Menezes dedicó su programa íntegramente a los compositores brasileños. Diez eran los autores representados, quince las canciones a cantar: *Trovas*, *Soneto*, *Cantigas*, tres elegantes páginas de Alberto Nepomuceno iniciaron el programa que se continuó con la intensa *Virgens mortas* de Francisco Braga, *Num leque* de Homero Barreto y *A casa do coração* de Glauco Velasquez. Más moderna y más interesante era la segunda parte que comprendía *Os rios* de J. Octaviano, la exquisita inspiración *Suspira coração triste* de Luciano Gallet, la picaresca *Canção do violeiro* y *Meu coração* de O. Lorenzo Fernández, *Canto nocturno* de Aloysio de Castro y la ya escuchada anteriormente *A casinha pequenina* de Ernani Braga.

La tercera parte fué sin duda la más original y estaba consagrada a Héctor Villa-Lobos, en una *Suite* para canto y violín que quiere hacer revivir en un lenguaje lírico, la natural emoción de los aborígenes americanos, haciendo gala de una fantasía desconcertante.

Nathan Milstein

El violinista Nathan Milstein que se presentó por primera vez al público de Buenos Aires en el Teatro Odeón, es uno de los más grandes que nos han visitado. Su juventud admirablemente disciplinada en un estudio severísimo, ha dado frutos de una belleza sorprendente. Una sonoridad rica, llena, vibrante, un dominio absoluto de la técnica del instrumento, un alma de mú-

sico genial obediente al freno del arte, consciente de su alta misión y un gusto bastante depurado para elegir repertorio, son sus principales cualidades.

Bajo sus dedos la melodía ondula tranquila, serena, limpia, dando la sensación de que sus nervios totalmente dominados dejan cantar libremente su espíritu.

Los más difíciles pasajes técnicos le resultan tan clara, tan nítida, tan brillantemente vertidos, que más que una dificultad vencida a fuerza de talento y de estudio, parece un encantador juego perfectamente ganado a fuerza de naturalidad.

Mago del instrumento, conoce todos sus secretos: hijo del estudio serio y equilibrado conoce todos los caminos a seguir para adentrarse en el alma de todos los autores que interpreta: alma de verdadero artista, consigue reflejar el alma de esos autores con sencillez y verdad.

De sus interpretaciones recordamos la bella *Sonata* en mi mayor de Haendel, la *Chacona* de Vitali, las difíciles *Variaciones sobre un tema de Corelli* de Tartini-Kreisler, el magnífico *Concierto* en mi menor de Mendelssohn, los bonitos *Caprichos XX y XXIV* de Paganini, una deliciosa *Berceuse* de Schubert, la moderna página descriptiva el *Vuelo del moscardón* de Rimsky-Korsakoff y otras páginas no menos interesantes.

El pianista Arthur Hermelin fué su colaborador ideal.

Luciano Senac

En la biblioteca del Jockey Club dió una notable audición de piano Luciano Senac, joven concertista argentino que perfeccionó sus estudios en Viena. No obstante hallarse indispuerto, tuvo la suficiente serenidad de afrontar la interpretación del programa de una gran valentía técnica y artística. Es de notar como cualidades relevantes de este pianista, la brillantez y el vigor técnicos y la calidez de su temperamento, que sin el freno de un severo estudio lo habría llevado a la exageración y el énfasis líricos. Estas cualidades apuntadas las reflejó en forma excelente en *Estudios sinfónicos* de Schumann.

A *Danza santiagueña*, difícil y característica obra del compositor argentino Manuel Gómez Carrillo, que Senac ha impues-

to en algunos centros musicales de Europa, le imprimió un ritmo y un empuje singulares. Muy originales fueron sus versiones de una grotesca *Gavota* de Prokofieff, que armónicamente quisiera estar a un tiempo con Dios y con el diablo, y una curiosa composición *Il sacro furioso* del joven compositor austriaco Rudolf Reti.

Con las obras que completaban el programa, la vibrante *Rapsodia* de Brahms, el delicado vals *Liebcoleid* de Kreisler, el romántico y apasionado *Sueño de amor* de Liszt y la vigorosa *Marcha militar* de Schuber-Tausig demostró su facilidad para traducir certeramente las más diversas inspiraciones.

MAYORINO FERRARÍA.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN AGOSTO Y SETIEMBRE

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

- FRANCISCO CONTRERAS: *El pueblo maravilloso*. Novela. Agencia Mundial de Librería. 14, rue des Saints-Pères. París, 1927. 1 vol. de 276 págs. Precio: 5 pesetas.
- GUILLERMO ESTRELLA: *Los Egoístas*. Cuentos. Prólogo de Roberto J. Payró. "Babel". Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias. Buenos Aires, 1927. Serie A. Segunda edición. Vol. XIV. 1 vol. de 128 págs. Precio: 2 pesos.
- A. HERNÁNDEZ CATÁ: *Piedras preciosas*. Editorial Mundo Latino. Madrid. 1 vol. de 342 págs. Precio: 5 pesetas.
- LADISLAO REYMONT (Premio Nobel de 1924): *Los Campesinos*. IV. *Verano*. Traducción del polaco de R. J. Slaby y Fernando Girbal. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona, 1927. 1 vol. de 320 págs. Precio: 4 pesetas.
- JAIME TORRES BODET: *Margarita de Niebla*. Editorial Cultura. México, 1927. 1 vol. de 114 págs.
- JULIO ARIEL RODRÍGUEZ: *Los Dos Apóstoles*. Novela política y social argentina. Buenos Aires. Librería de A. García Gantos. Moreno 500, esq. Bolívar. 1927. 1 vol. de 224 págs.
- FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ: *Relatos catamarqueños*. Imprenta Mercatali, Acoyte 271. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 96 págs.
- MARIANO PICÓN SALAS: *Mundo imaginario*. Editorial Nascimento. Ahumada 125. Santiago. Chile, 1927. 1 vol. de 144 págs.
- SILVIA GUERRICO: *Los príncipes azules*. (Cuentos y Charlas de teatro). Pórtico por Mario Castellanos. Montevideo. Alberto Rossi, editor. 1927. 1 vol. de 144 págs.
- SARA DE ETCHEVERTS: *El animador de la llama*. Novela. Prólogo de Alfonso Storni. Editorial Tor. Buenos Aires. 1 vol. de 256 págs.
- EÇA DE QUEIROZ: *El primo Basilio*. Episodio doméstico. Versión castellana de Un aprendiz de hacer novelas. Prólogo de Isabel Mulder de Danner. (Los príncipes de la literatura, ts. X y XI). Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona, 1927. 2 vols. de 276 y 262 págs. Precio: Ptas. 3.50 c/u.
- UPTON SINCLAIR: *Oil!* Published by the autor. Long Beach, California. 1 vol. de 527 págs.
- MARIO CÉSAR GRAS: *La casa trágica*. Novela. Buenos Aires. Librería de

- A. García Santos. Calle Moreno 500 esq. Bolívar. 1927. 1 vol. de 288 págs. Precio: \$ 2.50.
- ALBERTO GUILLÉN: *El libro de las parábolas*. 1921. 1 vol. de 132 págs.
- ALBERTO GUILLÉN: *La imitación de Nuestro Señor Yo*. Prólogo de Gonzalo Zaldumbide. 1921. 1 vol. de 120 págs.
- ALBERTO GUILLÉN: *Laureles*. Lima, 1925. 1 vol. de 88 págs.
- JOSÉ M. DE PEREDA: *El sabor de la tierra*. Ed. autorizada por Vicente de Pereda. Ed., prólogo y notas de Raúl Moglia, prof. de castellano en el C. N. Manuel Belgrano (B. A.). — Librería "La Cotizadora Económica", de Emilio Perrot. Santa Fe 1785. Bs. As., 1927. 1 vol. de 238 págs. Precio: \$ 2.50.

Verso

- FRANCISCO SOTO Y CALVO: *Joyario de Poe*. Sociedad de Publicaciones El Inca. Ediciones especiales. Buenos Aires. Méjico 1416. 1 vol. de 128 págs.
- EDELINA SOTO Y CALVO: *Emociones*. J. Samet. Librero, editor. Avenida de Mayo 1242. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 152 págs. Precio: \$ 2.50.
- MARCOS LEBOVICH: *La Corcajada del Sol*. Versos. 1 vol. de 92 págs.
- ROGER VITRAC: *Cruautés de la nuit*. "Les Cahiers du Sud". Collection "Poetes" N° 4. Marseille, 10 Quai du Canal, 1927. 1 vol. de 64 págs.
- FRANÇOIS-PAUL ALBERT: *La prairie aux narcisses*. "Les Cahiers du Sud". Collection "Poetes" N° 5. Marseille 10 Quai du Canal, 1927. 1 vol. de 80 págs.
- ANDRÉ GAILLARD: *Le fond du cœur*. "Les Cahiers du Sud". Collection "Poetes" N° 6. Marseille, 10 Quai du Canal, 1927. 1 vol. de 80 págs.
- JULES SUPERVIELLE: *Oloron Sainte-Marie*. Edition ornée d'un portrait par André Lhote. "Les Cahiers du Sud". Collection "Poetes" N° 7. Marseille, 10 Quai du Canal, 1927. 1 vol. de 88 págs.
- ARTURO MARASSO: *Retorno*. Poesías líricas. Sosin y Toia, editores. Rivadavia 1589. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 160 págs.
- ALBERTO GUILLÉN: *Deucalión*. Prólogo de Ventura García Calderón. Segunda edición. 1 vol. de 136 págs.
- BARTOLOMÉ GALÍNDIZ: *Las tres ánforas*. Poesías. Agencia General de Librería y Publicaciones. Rivadavia 1573. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 112 págs.
- AMADO VILLAR: *Versos con sol y pájaros*. Canaán. Sociedad de Publicaciones El Inca. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 96 págs.
- SOLER DARÁS: *El contador de estrellas*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 96 págs.
- FÉLIX M. PELAYO: *Voces*. (Versos). Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 130 páginas.
- JESUALDO: *Nave del alma pura*. Poemas. Montevideo, 1927. 1 vol. de 120 págs.
- ALBERTO LARRAN DE VERE: *Horeb*. Sociedad de Publicaciones El Inca. Ediciones Especiales. Méjico 1416. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 128 págs.
- NICOLÁS BEAUDUIN: *Synopses*. París-Neuilly. Editions de "La Vie des Lettres". 20, rue de Chartres, 1 plaque de 56 págs.
- VICENTE NACARATO: *Pájaros heridos*. J. Samet, editor. Av. de Mayo 1242. Buenos Aires. 1 vol. de 80 págs.
- LUIS ECHAVARRI: *Los trabajos divinos*. (Poesía). Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 96 págs.
- M. LÓPEZ PALMERO: *Los Ojos nuevos*. Poemas. Sociedad de Publicaciones El Inca. Ediciones Especiales. México 1416. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 116 pp.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- C. GONZÁLEZ RUANO, F. CARMONA NENCLAROS: *Nuestros contemporáneos: José María de Acosta*. Renacimiento. Madrid, 1927. 1 vol. de 168 págs. Precio: 1 peseta.
- FÉLIX ESTEBAN CICHERO: *Puntos de vista*. (Ensayos literarios). Manuel Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 208 págs. Precio: 2 pesos.
- TEODORO DURET: *Manet y España*. Traducción y prólogo de Ventura García Calderón. Bernheim-Jenne, editores de Arte. 83, rue du Faubourg Saint Honoré, París (VIII). 1 vol. de 112 págs. con ilustraciones.
- FERNANDO DE LA VEGA: *Apuntamientos literarios*. Editorial Mogollon. Cartagena de Indias, Colombia. Año 1924. 1 vol. de 256 págs.
- FERNANDO DE LA VEGA: *Letrados y Políticos*. Cartagena. Colombia. Imprenta departamental. 1926. 1 vol. de 266 págs.
- ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA: *El hombre que silba y aplaude*. Crónicas teatrales. Editorial Latina. Selección Literaria. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 206 págs. Precio: \$ 2.50.
- FRANCISCO DONOSO G.: *Al margen de la poesía*. Ensayos sobre Poesía moderna e hispano-americana. Agencia Mundial de Librería. 14, rue de Saint-Pères. París. 1 vol. de 192 págs.
- JOSÉ LÓPEZ GONZÁLEZ: *Conducta*. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Buenos Aires. 1 vol. de 120 págs.
- CARLOS DÍAZ DUFOO (hijo): *Epigramas*. París, 1927. 1 vol. de 130 págs.
- NELLA PASINI: *Estudios literarios* (Literatura Italiana). B. A., 1927. 1 vol. de 210 págs.
- PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Apuntaciones sobre la novela en América* (De Humanidades, t. XV, pp. 133 a 146). B. A., 1927. 1 folleto de 16 pp.

Historia, Crónica, Memorias, Biografías, Viajes, etc.

- FIODOR DOSTOIEVSKI: *Journal d'un écrivain*. Dnievnik piçatelia. 1873-1876-1877. Traduction conforme au texte russe et annotée par JEAN CHUZEVILLE. Collection des textes intégraux de la Littérature russe. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint-Germain. Paris 1927. 3 vol. de 360, 384 y 412 págs. respectivamente. Precio de los 3 tomos: 36 francos.
- MARTÍN ALDAO: *Reflejos de Italia*. (Bérgamo-Milán, Pavía y los Lagos. Venecia-Perusa-Florenca y Ferrara. Roma). Roma. Tipografía Cuggiani. 1927. 1 vol. de 300 págs.
- MARTÍN ALDAO: *Las dos Españas de una dama argentina*. Segundo millar. Roma. Tipografía Cuggiani. 1927. 1 vol. de 240 págs.
- BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Biblioteca Argentina. Director: Ricardo Rojas. Librería "La Facultad" de Juan Roldán y Cía. Florida 359. Buenos Aires, 1927. Tomos 23 y 24. Edición en 2 vols. de 412 y 534 págs. Precio: 2 pesos cada volumen.
- FRAY DOMINGO DE NEYRA: *Ordenanzas, Actas primeras de la moderna provincia de San Agustín de Buenos Aires, Thucuman y Paraguay*. (¿1742?). Introducción de Jorge M. Furt. Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos. Tomo V. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de XXIV + 286 + 24 págs.

- MARIO BELGRANO: *Belgrano*. Buenos Aires. Imprenta Jerónimo Pesce. Pedro Goyena 1562. 1927. 1 vol. de 332 págs.
- FEDERICO GÓMEZ DE OROZCO: *Catálogo de la Colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la Historia de América*. Monografías bibliográficas mexicanas. Núm. 9. México, 1927. 1 vol. de 290 págs.
- GIUSEPPE PREZZOLINI: *Vita di Nicolò Machiavelli, Fiorentino*. A. Mondadori, 1927, Milano. 1 vol. en 16, encuadernado, de 260 págs. Prezzo: L. 25.
- DIONISIO R. NAPAL: *Hacia el mar*. (Antología argentina). Prólogo, selección y notas. Buenos Aires. Agencia General de Librerías y Publicaciones. Rivadavia 1573. 1927. 1 vol. de 448 págs.
- NORBERTO PIÑERO: *Discursos sobre Bartolomé Mitre*. Buenos Aires. Jesús Menéndez, Librero editor. Bernardo de Irigoyen 186. 1 vol. de 102 páginas.
- HONORIO J. SENET: *De lo nuestro*. La Plata. Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez. 1927. 1 vol. de 280 págs.
- MANUEL AZAÑA: *El Jardín de los frailes*. Memorias. Madrid, 1927. 1 vol. de 264 págs. Precio: 5 pesetas.
- RAFAEL CALZADA: *Cincuenta años de América*. Notas autobiográficas. Vol. II. Obras completas. Tomo V. Buenos Aires. Librería y Casa editora de Jesús Menéndez. Bernardo de Irigoyen 186. 1 vol. de 500 páginas.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE: *El Habeas Corpus*. La libertad y su garantía. Doctrina, Jurisprudencia y Legislación comparada. Buenos Aires. Valerio Abeledo, editor. Librería Jurídica. Lavalle 1368. 1927. 1 vol. de 238 págs.
- CÁNDIDO SEMEUR: *La liberación de la tierra*. M. Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 100 págs. Precio: \$ 1.20.
- ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ: *Freitas y su influencia sobre el Código Civil Argentino*. Seguido de la Introducción a la Recopilación de las Leyes Civiles del Brasil. Córdoba (Rep. Arg.). Imprenta de la Universidad. 1927. 1 vol. de 152 págs.

Filosofía

- CHARLES RICHET: *La Inteligencia y el hombre*. Estudios de Psicología y de Fisiología. Casa editorial Araluce. Calle de las Cortes, 392. Barcelona. 1 vol. de 448 págs.
- BERNARDO J. GASTELUM: *Inteligencia y Símbolo*. Colección Contemporánea Espasa-Calpe, S. A. 1 vol. de 228 págs. Precio. 5 pesetas.
- LUIS TORRES DEL HOYO: *La emoción erótica*. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid. 1 vol. de 306 págs. Precio: 5 pesetas.
- FRANCISCO ROMERO: *La Caracterología*. Folletos clásicos. Buenos Aires, 1927. 1 folleto de 12 págs.

Cuestiones Religiosas

- JULIO NAVARRO MONZÓ: *El Cristianismo*. Federación Sud Americana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1927. 1 vol. de 184 páginas.
- HENRI BARBUSSE: *Jesús*. Ernest Flammarion, éditeur. 26, rue Racine. París. 1 vol. de 250 págs. Prix: 12 francs.

HENRI BARBUSSE: *Les Judas de Jesús*. Ernest Flammarion, éditeur. 26, rue Racine. París. 1 vol. de 284 págs. Prix: 12 francs.

RICARDO ROJAS: *El Cristo invisible*. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 360 páginas. Librería "La Facultad", Florida 359.

Literatura infantil

CONSTANCIO C. VIGIL: *Mangocho*. Libro para los niños. Ilustraciones de Goldschmidt, Spiso, Domínguez Neira, Ugarte, Asha, Huergo. Dirección artística: Matilde Velaz Palacios. 1ª edición de 30.000 ejemplares. Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial Atlántica. Azopardo y Méjico. Buenos Aires. 1 vol. de 114 págs.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y NARCISO BINAYÁN: *El Libro del idioma*. Lectura, gramática, composición, vocabulario. Aprobado para uso del 5º y 6º grado de las escuelas de la P. de Buenos Aires. B. A. Editores: A. Kapelusz y Cia. 1242 Bmé. Mitre 1927. 1 vol. de 282 pp.

Filología, Folklore

MANUEL LIZONDO BORDA: *Estudios de voces tucumanas*. I. *Voces tucumanas derivadas del quichua*. Publicación de la Universidad de Tucumán. M. Violetti y Cia., impresores. Tucumán. 1927. 1 vol. de 402 págs.

JORGE M. FURT: *Coreografía gauchesca*. Apuntes para su estudio. Imprenta y casa editora "Coni". Perú 684. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 80 págs.

Música

ERNESTO DE LA GUARDIA: *Las Sinfonías de Beethoven*. Su historia y análisis. Asociación Wagneriana de Buenos Aires. 1 vol. de 494 págs.

JULIO LOTTERMOSER: *El Sonido y el Color y otros ensayos musicales*. Ilustraciones de Carlos Viale. Imprenta de Argentinisches Tageblatt. Tucumán 309. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 198 págs.

Teatro

JOSÉ C. PICONE: *La Revolución*. Editor: J. Samet. Avenida de Mayo 1242. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 100 págs. Precio: \$ 1.50.

NOTAS Y COMENTARIOS

CHARLES DE SOUSSENS

HA muerto Carlos de Soussens, el viejo poeta y amigo, huésped enfermo y resignado del Hospital Rawson, donde transcurrió sus últimos años, orgulloso quizá de su triste suerte



SOUSSENS

(foto de Caras y Caretas)

que le recordaría los hospitales del padre y maestro Verlaine. Ahora sí que puede decirse que ha desaparecido nuestro último bohemio.

Perteneció a la generación heroica que hizo coro a Rubén Darío, en la poesía y en la vida, vida fácil y amable en aquella Buenos Aires de fines del siglo pasado, a cuyos artistas les sobraban ocios — como que el ambiente, si no les daba nada tampoco les pedía mucho—, para vivirlos en sus paraísos artificiales. Formó Soussens en el grupo simbolista del Plata, aunque siempre persistió un poco del énfasis romántico en su porte y en sus versos nobles y sonoros. *Chateau Lyrique* había de intitularse románticamente el libro que reuniese sus poesías; románticamente edificó todos sus castillos de ilusión, sino en España, en el aire; y era el más caro recuerdo y el mayor orgullo de su existencia, haber sido besado, niño, por Víctor Hugo.

Hijo de un universitario suizo que fué rector de la Universidad de Friburgo, poseyó Soussens una exquisita cultura intelectual y social. El bohemio, aun en los momentos en que más olvidado parecía de sí mismo, sabía mostrarse caballero; y salvo que su inteligencia estuviera enteramente nublada, era diestro en apuntar oportunas alusiones y en aguzar flechas punzantes.

Llegado al país allá por 1890, en los días de la revolución no vaciló en tomar partido por la causa popular, peleando él también desde un cantón. Desde entonces perteneció al país, y si bien poeta francés, "Charles" fué de sentimiento, tan argentino, tan porteño, tan nuestro, *ancien régime*, como cualquiera de nosotros. Talentoso, ocurrente, gentil corazón, se le quiso de veras, y lo merecía: así pudo contar como amigos, y en algún caso también como mecenas, que él sabía aceptar con altiva dignidad, a distinguidísimas figuras de la sociedad culta porteña y de las esferas políticas, y desde luego, a todos los hombres de letras. Comida literaria sin discurso y sin lágrimas suyas, no era tal. De ese mundo que ha desaparecido, nadie, después de Ingenieros, ha formado en torno de sí, más rico, gracioso, característico anecdótico.

Fué de esta revista, a partir de su fundación, excelente amigo, y en estas páginas colaboró muchas veces, desde que lo hizo por primera vez en marzo de 1908, con una hermosa poesía, *Cantique des cantiques*. Hablando de él, como lo hemos hecho, con sencillez y verdad, creemos haberle rendido el mejor homenaje de nuestro cariño, que le sobrevive.

RICARDO GÜIRALDES

SABÍAMOS gravemente enfermo a Ricardo Güiraldes, pero no podíamos creer ni admitir que habría de dejarnos tan pronto quien después de *Don Segundo Sombra*, de 1926, nos había preparado a esperar una obra maestra y definitiva, en la evocación literaria de nuestra vida rústica.



GÜIRALDES

Sus libros iniciales fueron de tanteo: el *Cencerro de cristal* —prosa y verso— y los *Cuentos de muerte y de sangre*—ambos de 1915; pero ya mostró en ellos, por encima de la inexperiencia y las vacilaciones, cualidades de escritor original y audaz, precursor aquí en cierto modo, de algunos de los procedimientos estilísticos ahora en boga en la generación más reciente. Por eso, viéndolo así, ésta le contó en seguida entre los mejores de sus filas, y entre quienes más hicieron, primero como uno de los fundadores de *Proa*, después, en *Martín Fierro*, por imponer las formas de expresión de la llamada “nueva sensibilidad”.

En sus libros posteriores, hay talento, visión pictórica y aciertos numerosos de expresión, principalmente cuando, abandonándose él a reflejar sin retórica su aguda impresión de la vida campestre, anima hombres y cosas con trazos crudos y verdaderos; pero donde se reveló escritor maduro, sino completo, fué el año pasado en *Don Segundo Sombra*. De esta admirable novela, evocación del viejo tipo a punto de extinguirse del gaucho resero y domador, exaltación de su esfuerzo rudo y bárbaro, de su bravura y fortaleza en medio de la pampa despoblada y hostil — se ocupó largamente en estas mismas páginas Roberto F. Giusti, celebrando su honda y trágica visión de la pampa, su vigoroso sentimiento de la vida, su áspera poesía y valor duradero a pesar de sus caídas, más formales que sustanciales. A ese juicio, que es el de NOSOTROS, nos remitimos de nuevo, en estos momentos en que nos toca deplorar la muerte del novelista, en esta breve nota que acaso en la historia de las posibilidades literarias y los destinos truncos, encierra algo más trágico de lo que suele contener una necrología común. Y nos complace también, en esta hora de negaciones y afirmaciones igualmente frívolas, recordar que supimos apreciar hace 10 años el poderoso significado que encerraba la promesa de *Raucha* (véase NOSOTROS, noviembre de 1917) y tributar al autor el homenaje de nuestra simpatía intelectual en una comida de camaradería, celebrada en agosto del mismo año y ofrecida por nuestro director Alfredo A. Bianchi.

Ricardo Güiraldes se ha extinguido en la plenitud de la vida, a los 41 años, en Francia, donde fué a buscar la salud irremediablemente perdida.

“Babel”

BABEL, la revista de bibliografía que dirige Samuel Glusberg, ha dedicado su último número a Roberto Payró, de quien se han cumplido este año, 40 de actividad periodística y literaria. Colabora en él con páginas recientes o reproducidas, un grupo de escritores pertenecientes a las distintas generaciones que se han sucedido en estos cuarenta años, todos los cuales rinden a la obra del novelista el homenaje de su admiración y simpatía.

Los directores de NOSOTROS, solicitados especialmente por el director de *Babel*, lo han hecho en estos términos:

“Estimado compañero: Hemos aplaudido en las páginas de NOSOTROS otros homenajes que *Babel* con muy justo discernimiento de valores literarios ha dedicado a ilustres escritores argentinos; ¿cómo no hemos de adherir con entusiasmo al proyectado homenaje a Payró? Pensando en una novela que Payró comenzó a escribir treinta años atrás con el título de *Nosotros*, NOSOTROS resolvimos llamar esta revista al fundarla, y la firma de Payró autorizó los primeros números publicados. En esta casa se le quiere y se le admira—, y se enorgullece uno de nosotros dos, de haber escrito sobre la obra literaria de Payró, uno de los trabajos críticos en que más justicia se ha hecho al Maestro en nuestro país. Precisamente en el número que está en prensa, el 218, colabora Payró con un hermoso estudio de carácter histórico, y en el mismo número se juzga, como correspondía, la conducta del Jurado que le ha negado el único premio nacional de Literatura que le era debido: el primero.

“No es necesario que firmen esta carta los mejores amigos de NOSOTROS: las pocas firmas que recogiésemos apresuradamente en nuestra redacción, no dirían cuántos somos los que en esta revista nos adherimos al justiciero homenaje. Sin temor de equivocarnos, podemos asegurarle a Vd. que somos todos “nosotros”.

“Sin otro motivo saludan a Vd. cordialmente, *Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti*. — Agosto 5 de 1927.

Este número extraordinario recuerda oportunamente en el epígrafe el famoso consejo que dió don Quijote al poeta Lorenzo: “... Y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia.”

José M.^a Salaverría.

NUESTRO antiguo amigo y colaborador está de nuevo entre nosotros. Una vez más la nostalgia del Plata lo ha atraído y la larga travesía ha sido para él continua impaciencia de llegar.

José María Salaverría ama y conoce nuestra tierra, a la que lo vinculan largos años de estadas intermitentes y de perenne colaboración en los principales diarios y revistas.

No es un forastero ni un desconocido el que llega. Es casi uno de nosotros, que vuelve de un viaje más largo de lo acostumbrado. Y la ausencia corporal ha estado disminuída por sus libros, por sus artículos, por el recuerdo grato de su persona siempre vivo.

Repetimos aquí el abrazo con que lo recibimos al llegar y deseamos que su estada sea lo más larga posible, para disfrutar de su amena e interesante charla.

Guillermo de Torre.

EN TRE los jóvenes escritores españoles, Guillermo de Torre, hoy nuestro huésped, es uno de los que más rápidamente ha adquirido nombradía y aquél de entre ellos que mejor conoce la literatura hispano-americana del momento.

Su libro *Literaturas Europeas de Vanguardia* lo reveló como crítico de sólida preparación y muy agudas vistas, aunque el calor juvenil y partidario le hayan a veces estorbado para un juicio sincero.

Hélices, libro de poemas vanguardistas sirvió para colocarlo en el movimiento internacional de las nuevas escuelas, como representante conspicuo de España. Hoy nos llega investido con su representación de secretario de *La Gaceta Literaria*, de crítico de letras Hispano-americanas en dicha revista y en *Revista de las Españas* y de redactor de *El Sol*, vale decir, tres de las más importantes publicaciones españolas.

Viene a estudiar nuestro desenvolvimiento literario y a colaborar en el acercamiento intelectual de los países del Plata con la madre patria.

Ya sabe de Torre que tenía en NOSOTROS a viejos amigos y creemos inútil repetirlo, pues él conoce de sobra la solidez del afecto personal y simpatía literaria con que le distinguimos.

Amado Alonso.

LA nueva escuela de lingüistas españoles que bajo la dirección de Menéndez Pidal tanto descuella hoy en el movimiento universal, nos envía ahora, después de los dos jóvenes maestros Américo Castro y Agustín Millares, a Amado Alonso, que viene a dirigir los trabajos del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras.

Es también un maestro, por la importancia de la labor que ha realizado hasta hoy y la capacidad que en ella ha revelado, nuestro huésped, y no dudamos que su gestión al frente del Instituto corresponderá a las esperanzas que en él se tienen cifradas.

NOSOTROS le saluda amigablemente y le desea una próspera estada.

Folco Testena.

DESDE los primeros días de Setiembre se encuentra de nuevo entre nosotros, Folco Testena. En el número 218, anunciábamos que había leído en Roma a un grupo de literatos, petas y críticos, unas cuantas traducciones suyas de las poesías argentinas que integrarán el volumen *Antología de poetas argentinos modernos*, cuya edición preparaba. Lo que menos pensábamos en el momento de escribir esa nota, era que tan pronto estrecharíamos nuevamente su mano cordial, pues hacía apenas un año que nos había abandonado. Pero es que Testena es ya tan nuestro, que no puede soportar una ausencia mayor.

Como de costumbre, Testena, apenas llegado, se ha entregado de nuevo a sus actividades habituales: el teatro y el periodismo. Deseámosle una larga y agradable estada en Buenos Aires.

Arturo Orzabal Quintana.

EN el vapor Asturias, se embarcó el 8 del corriente con destino a Europa nuestro colaborador y amigo el doctor Arturo Orzábal Quintana, quien emprende este viaje con el principal propósito de examinar de cerca el desarrollo político internacional en Francia y Alemania, donde además explicará en conferencias el alcance de los principios del nacionalismo continental latino-americano que animan la gestión de la Alianza Continental, entidad de la que el viajero es presidente, y en especial modo insistirá sobre las causas que alejan a nuestro país de la Liga de las Naciones.

La revista NOSOTROS ha confiado al doctor Orzábal Quintana su representación en Europa. Desde Francia, Alemania y quizás desde Rusia nos enviará correspondencias sobre la política europea, que conoce como pocos y a la que ahora observará de cerca.

Décimo aniversario de la Revolución Rusa.

CON motivo de celebrarse el próximo 7 de noviembre el décimo aniversario de la Revolución Rusa, el cual será conmemorado con grandes fiestas que se realizarán en Moscú, el gobierno de la República Socialista Rusa ha resuelto invitar a una numerosa cantidad de intelectuales de todos los países del mundo, para que presencien dichos festejos y de paso conozcan *de visu* el verdadero estado de esa gran nación que se levanta entre las ruinas de la pasada catástrofe. En la República Argentina el gobierno del Soviet ha invitado a cuatro intelectuales que, aunque no son comunistas, han demostrado durante estos últimos diez años sus simpatías por la Revolución Rusa. Ellos son: el doctor Alfredo L. Palacios, el doctor Carlos Sánchez Viamonte, el señor Alejandro Castiñeiras y el director de NOSOTROS, Alfredo A. Bianchi. Por diversas circunstancias ninguno de los cuatro invitados ha podido embarcarse con la premura que se necesitaba para poder llegar a Moscú antes del día 7 de noviembre; pero es muy posible que algunos de ellos, aceptando esta admirable

oportunidad de poder juzgar, por sus propios ojos, uno de los experimentos sociales más interesantes del siglo XX, se embarquen para Rusia a fines de año o en el mes de abril del año próximo, a fin de presenciar las fiestas con que allí se conmemora el 1.º de mayo.

La literatura argentina en los Estados Unidos.

POR una carta que nos ha escrito Alfredo Coester, profesor de la Stanford University (California) y redactor de *Hispania*, revista de estudios de lengua y literatura hispánicas, nos enteramos complacidos que en su curso de Literatura Argentina del verano último, tuvo 21 alumnos, todos ellos maestros o maestras en colegios de los Estados Unidos. Nos es grato dar espontáneamente esta noticia a nuestros lectores, que sabrán estimar como nosotros la obra que realiza el profesor Coester por divulgar nuestra literatura, de la cual tiene conocimiento cabal.

NOSOTROS.